

aportes

Stbre. 79

Año 3, Nro. 10

v. tr. **3.** Contribuir cada cual con lo que le corresponde. **4.** Presentar pruebas para defender o demostrar algo.

aportar

I. (De *a-* + *puerto*) *v. intr.* **1.** Llegar a puerto. **2.** Llegar a un sitio no pensado y seguro el que se ha extraviado.

II. (lat. *apportare* < *ad* = *a* + *portare* = llevar) *v. tr.* **3.** Contribuir cada cual con lo que le corresponde. **4.** Presentar pruebas para defender o demostrar algo.



aportes

APORTES se imprime en los talleres gráficos de ABF, Lund. Su edición responde a la necesidad de información que tienen los uruguayos en el exilio sobre el desarrollo político y social en nuestro país y América Latina.

Sus materiales pueden reproducirse mencionándose la procedencia. Los artículos redactados por el grupo editor de la revista serán firmados expresamente.

Ansvarig utgivare (Editor responsable): G. Lezama

Utgivningsbevis för periodisk skrift (certificado de publicación periódica): Ub 11316, 18.12. 1978.

Se acepta canje con otras publicaciones.

La correspondencia y solicitudes de suscripciones deben dirigirse al Box 760, 220 07 Lund, Sweden.

APORTES aparece cuatrimestralmente. Precio del ejemplar: 10 coronas suecas. Suscripciones por un año: 35 coronas en Suecia y 8 dólares en otros países. (Los envíos al exterior son por vía aérea).

Los giros deben hacerse a nombre de APORTES y al postgiro número 441 69 24 - 1.-

ISSN, 0348 - 6400

SUMARIO

Sobre este número.....	3
M. Lowy y E. Sader, La militarización del Estado en A. Latina.....	5
Luiz Carlos Prestes, Los militares en Brasil.....	26
Volodia Teitelboim, Reflexiones sobre los "mil días" del gobierno de la Unidad Popular en Chile....	31
Andrés Cultelli, El MLN (Tupamaros) es un foco y un partido.....	42
Régis Debray, Golpes y contragolpes de la lucha ideológica.....	53
Información/Solidaridad.....	59
Guillermo Chifflet, UTAA, la larga marcha.....	64
Mauricio Rosencoff, Brindis con el viejo.....	67
M. Benedetti, Croquis para algún día.....	68



NUEVO POSTGIRO: Comunicamos a nuestros lectores y amigos que -a partir de esta fecha- todas las solicitudes de suscripciones, giros, etc., deben efectuarse a nombre de APORTES y al postgiro nro. 441 69 24 - 1.



sobre este número

El tema central de este número de APORTES está dedicado al llamado problema militar. Pretendemos, con los artículos que hoy publicamos, seguir aportando materiales a los publicados en los Nros. 5 y 8, de marzo y diciembre de 1978 respectivamente.

"América Latina es el continente clásico de los pronunciamientos y juntas militares. Las dictaduras militares son efectivamente un rasgo característico de su historia política, desde los caudillos militares que dirigieron el proceso de emancipación nacional a principios del siglo XIX", sostienen Lowy y Sader al comenzar el artículo que publicamos a partir de la página 5.

Luis Carlos Prestes, Secretario Gral. del Partido Comunista Brasileño, afirma que: "La acentuación de la actividad política de los militares refleja la agudización de la lucha de clases en toda América Latina, como consecuencia de la crisis de estructura, de la miseria creciente de las grandes masas trabajadoras, así como de la total incapacidad del capitalismo para dar solución a los problemas fundamentales que afligen a nuestros pueblos". (pág.26 y sgtes.)

Volodia Teitelboim, del Partido Comunista de Chile, dice: "Podremos, pues, a la luz del examen objetivo intentar la crítica y la autocrítica de lo acontecido, proponer las enmiendas a nuestra actuación, saber cuál es la línea de acción abierta y encubierta del adversario; vale decir, permitirá indagar más claramente en la estrategia y las tácticas propias y en las del enemigo. Será un prólogo a las rectificaciones necesarias para transformar la derrota del pueblo en victoria", en su artículo publicado en "Revista Internacional", nro.1, 1977,



Otros temas que integran este número son el de cómo definir al MLN (T) y el de la lucha ideológica en el seno de la izquierda. El texto del debate entre el dirigente del MLN, Andrés Cultelli, y los asistentes a una conferencia pública efectuada en Ginebra el 13 de noviembre de 1972, nos acerca un material poco conocido dentro del exilio latinoamericano en Europa y que entendemos importante para conocer el pensamiento político de esta Organización. El capítulo que publicamos del libro de Régis Debray "La crítica de las armas" (1974), está destinado a analizar aquello que el autor denomina: Golpes y contragolpes de la lucha ideológica.

El reportaje "UTAA: la larga marcha", publicado originalmente en MARCHA el 30 de abril de 1971, nos alcanza un pedazo de la historia de los cañeros y sus luchas relatado por sus propios protagonistas.

Finalmente, "Brindis con el viejo" de Mauricio Rosencoff viene, fraternalmente, a traernos al exilio el optimismo histórico de un prisionero político uruguayo.



LA MILITARIZACION DEL ESTADO EN AMERICA LATINA

MICHAEL LOWY y EDER SADER

artículo publicado en ZONA ABIERTA
nro.14, 1978

América Latina es el continente clásico de los pronunciamientos y juntas militares. Las dictaduras militares son efectivamente un rasgo característico de su historia política, desde los caudillos militares que dirigieron el proceso de emancipación nacional a principios del siglo XIX (Bolívar, San Martín, O'Higgins, etcétera). Desde entonces, las dictaduras militares han venido siendo uno de los medios utilizados con mayor frecuencia por las clases dominantes para imponer su orden en los momentos de crisis.

Después de la independencia, los regímenes militares fueron el medio de acabar con las resistencias colonialistas. Estos regímenes fueron, más adelante, el medio de ahogar las tendencias «plebeyas» que, en el seno de los movimientos emancipadores, amenazaban a la sociedad oligárquica. Finalmente fueron el medio de imponer la formación de los Estados nacionales contra las tendencias separatistas de las fracciones oligárquicas más atrasadas. Una vez establecido el nuevo orden, los caudillos dejaron de desempeñar un papel útil y cedieron el paso a

sistemas políticos más estables y más representativos del conjunto de las oligarquías¹.

A partir de los primeros años de nuestro siglo, cuando la economía primaria exportadora empezó a presentar los síntomas de una crisis más profunda y cuando las luchas sociales que la ponen en peligro empezaron a agudizarse, los regímenes militares fueron los instrumentos ideales para conservar los intereses establecidos. No se trataba ya de imponer un nuevo orden, sino de defenderlo, de mantenerlo. Por esta razón, las tiranías militares se convirtieron en la norma general en estas regiones atrasadas.

Cuando el proceso de urbanización provocó un ensanchamiento de las bases del poder político, los dirigentes de ciertos movimientos antioligárquicos salieron también de los cuadros militares, como demuestran los casos de los *tenentes* bra-

¹ Véase Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza, 1969.

sileños de los años 20, Marmaduke Grove, en 1932, en Chile, y Arbenz en Guatemala, en 1944.

Al final de la segunda guerra mundial, una vez consolidados los cambios realizados, en general, durante los años 30, y a causa del impacto de la ideología democrática que había presidido la victoria sobre el nazismo, se produjo una importante reducción del número de dictaduras militares. El sociólogo norteamericano E. Lieuwijn cuenta en el año 1947 solamente siete gobiernos dirigidos por oficiales del ejército, de un total de veinte².

Sin embargo, durante los quince últimos años hemos asistido a una multiplicación sin precedentes de los regímenes militares y a una eliminación progresiva de gobiernos «democráticos representativos», así como a la irrupción masiva del cuerpo de oficiales en la escena política. Junto a países gobernados frecuentemente por militares (Bolivia, América Central, etcétera), hay otros que, por el contrario, tienen tradiciones «cívicas» bien arraigadas. Brasil, que no había conocido jamás en su historia un régimen militar *stricto sensu* (el «Estado nuevo» de Getulio Vargas, 1937-1945, no fue en realidad una dictadura militar), está desde hace once años gobernado por las fuerzas armadas; Chile y Uruguay, que tenían una tradición semejante de gobiernos democráticos parlamentarios de tipo europeo (o con pretensiones europeas), están hoy también sometidos a poderes militares.

Podemos definir como «poder militar» una forma de Estado en la que la jerarquía militar (el cuerpo de oficiales superiores y medios) ocupa el sitio preferente en la vida política del país en cuestión, esto es, tiene los puestos clave del gobierno y los cargos más elevados del aparato estatal (ministerios, grandes empresas estatales, administración, etc.).

Teniendo en cuenta esta definición, podemos comprobar que la mayoría de la población de este continente vive actualmente bajo un régimen militar.

¿En qué consiste exactamente la militarización del Estado o la politización del ejército? Según el citado sociólogo, hay que librarse del mito que pretende que las fuerzas armadas de América Latina

son una institución esencialmente militar. «Que esto es un error se ve muy claramente si examinamos a fondo sus funciones reales. Para una organización de fuerzas armadas hay dos —y solamente dos— funciones militares legales: defender a la nación contra la agresión externa y detener al gobierno preservando el orden interno.» Ahora bien, como dice Lieuwijn las fuerzas armadas latinoamericanas no se enfrentan con ningún enemigo externo y, en vez de defender a los gobiernos constitucionales, tienden con demasiada frecuencia a derribarlos...³. En nuestra opinión, esta distinción no es lo bastante significativa: la acción de defender al gobierno y la de derribarle son *políticas* ambas. No puede definirse como «puramente militar» y «apolítica» una intervención del ejército en defensa de un gobierno «constitucional», bien por una acción represiva (la matanza de Tlatelolco en México, en 1968) o por una sublevación democrática (la insurrección «constitucionalista» de la República Dominicana en 1965).

La militarización del Estado no consiste, pues, en el paso de lo «puramente militar» a lo «político», sino en el hecho de que las fuerzas armadas invaden el conjunto del aparato del Estado, «colonizando» la mayor parte de las estructuras estatales y paraestatales (en la cumbre de la pirámide); en la fusión total o parcial entre los aparatos represivos y los demás aparatos del sistema de dominación política.

Esta militarización puede tomar la forma abierta y explícita de un *régimen militar* propiamente dicho, pero también otras formas más mediatizadas, más «subterráneas», en las que las fuerzas armadas no ocupan los primeros puestos de la escena política, no «gobiernan» directamente, pero ejercen entre bastidores un control más o menos estrecho sobre los que desempeñan formalmente el poder.

² E. Lieuwijn, *Militarismo e política na América Latina*, Río de Janeiro, Zahar, 1964, p. 8.

³ E. Lieuwijn, *Generals vs. presidents: neo-militarism in Latin America*, Nueva York, Praeger, 1964, p. 95.

bien van ocupando progresivamente ciertas estructuras estatales, tales como la administración de determinadas regiones «vitales», la extensión «ilimitada» de la justicia militar, etc. Esta es la situación actual de Colombia, por ejemplo.

Los regímenes militares y las dictaduras civiles suelen designarse habitualmente por el término común de *Estados de excepción*. Esta terminología nos parece muy poco fundada, ya que parece considerar implícitamente al Estado «constitucional» democrático (formal) o parlamentario como la *norma* y al Estado militar como la *excepción*. Ahora bien, la historia de América Latina desde la independencia hasta el siglo XX, y sobre todo a lo largo de los quince últimos años (y lo que estamos diciendo resulta igualmente válido para Asia, Africa y Europa del sur), nos sugiere precisamente la hipótesis contraria: la «norma» es la dictadura militar o civil; la excepción, el régimen representativo constitucional. El sociólogo Heinz Sonntag, en su excelente artículo sobre las formas de Estado en América Latina, reconoce esta dificultad y trata de eludirla con el concepto de *Estado de excepción permanente* en América Latina. Ahora bien, en nuestra opinión hay aquí una *contradicción «in adjecto»*, pues si la excepción se hace permanente no se trata ya de una excepción...

Pero por encima de la divergencia terminológica se plantea una cuestión fundamental: el hecho de que el ejercicio del poder de las clases dominantes en América Latina (y en otras partes) exige la utilización habitual y constante (y no excepcional) de la represión como forma principal de dominación.

Gramsci definió el Estado como «una hegemonía acorazada de represión», entendiéndolo por hegemonía el conjunto de estructuras e instituciones capaces de administrar un consenso social en torno a la clase dominante⁴.

Estas estructuras, los «aparatos ideológicos» (escuela, Iglesia, partidos políticos, prensa, radio, etc.), no pueden nunca mantener la dominación por sí solos y exigen siempre la presencia de una «garantía última» del orden social, en forma de instrumentos coercitivos, los «aparatos

represivos» (ejército, policía, fuerzas paramilitares, etc.). Sin embargo, en la medida en que el eje del poder se desplace claramente hacia los aparatos represivos, puede hablarse de un «Estado con dominante coercitiva», término provisional que nos parece preferible al concepto equivoco de Estado de excepción.

En América Latina, el carácter explosivo de las contradicciones sociales ha provocado constantemente desplazamientos de esta clase. Pero en los últimos quince años estamos asistiendo a una nueva etapa histórica, caracterizada por la extensión de los Estados con dominante coercitiva en la mayor parte del continente, como consecuencia de una profunda *crisis de hegemonía*: los aparatos ideológicos, incapaces de desempeñar satisfactoriamente su papel de generadores de consenso, han sido apartados o absorbidos por los aparatos represivos y en especial por las fuerzas armadas. La escuela, la universidad, la Iglesia, los partidos políticos, sufren crisis cada vez más intensas y ven formarse en su interior focos de impugnación ideológica del orden imperante. La excepción más importante es México, donde el conjunto complejo de los aparatos encargados de difundir la ideología oficial de la revolución mexicana —coronados por el Partido Revolucionario Institucional (PRI)— ha sido capaz de asegurar una constante adhesión (o neutralización) de las clases populares, haciendo poco frecuente el recurso masivo a los instrumentos represivos (como en 1968).

Es importante destacar que la militarización del Estado no significa en modo alguno un uso *exclusivo* de la represión como forma de dominación; no sólo los aparatos ideológicos siguen desempeñando su papel, sino que el mismo ejército tiene un papel también ideológico al difundir ciertos temas que varían según la coyuntura: desarrollo económico, unidad nacional, defensa contra la subversión, et-

⁴ A. Gramsci, *Noite sul Machiavello, sulla politica e sullo stato moderno*, Torino, Einaudi, 1955, p. 132.

cétera. En realidad, hay que distinguir entre el concepto de «régimen militar» y el de Estado con dominante coercitiva, pues ambos no coinciden siempre. Hay regímenes militares en los que la represión no desempeña un papel más importante que en un Estado llamado «constitucional» (Perú) y, por el contrario, ciertos regímenes «civiles» pueden estar asentados casi exclusivamente sobre la represión y el terror (Haití).

Para comprender el comportamiento de los militares en el poder hay que tener en cuenta que no constituyen ni una clase ni una «casta», y que su práctica política no queda explicada completamente por sus orígenes sociales. Así, por ejemplo, el predominio de la oligarquía agraria en la jerarquía de la marina y la composición pequeñoburguesa del ejército de tierra —para poner un ejemplo que se encuentra frecuentemente en América Latina— pueden ayudar a comprender las diferencias de comportamiento e incluso los conflictos entre las distintas ramas de las fuerzas armadas. Sin embargo, «la unidad de las fuerzas armadas», además de un mito, es un fenómeno real: la pertenencia común a una *categoría social*. Una categoría social es un grupo que se define por su relación con las instancias extra-económicas de la estructura social, bien sean ideológicas (intelectuales, estudiantes) o políticas (burócratas, militares). Pues bien, del mismo modo que existe una cierta unidad en el comportamiento de los estudiantes, independientemente de su origen social, en toda categoría social se da una cierta comunidad extraclasista, determinada por relaciones comunes con los aparatos ideológicos o políticos. Por eso, como elementos dirigentes del aparato represivo del Estado, los militares constituyen una categoría social relativamente homogénea, cuyo comportamiento se define en buena medida por esta determinación específica. La consecuencia es una relativa autonomía del Estado militarizado, respecto a las clases dominantes, aunque siga siendo, en último término, el guardián del orden instaurado por esas clases. Esta autonomía es más importante en las formas de Estado llamadas «bonapartistas», donde los militares

aparecen en el escenario político como arbitros por encima de las clases sociales y más restringida en los regímenes donde a través de un complejo militar-industrial y/o por la cooptación de generales en los consejos de administración, se produce una verdadera fusión social entre militares y empresarios (Brasil).

Por consiguiente, el origen social pequeñoburgués de la mayoría de los oficiales profesionales de los ejércitos latinoamericanos no es, contrariamente a lo que dicen los análisis habituales de la «sociología militar» norteamericana, un dato decisivo, *salvo* cuando el aparato militar entra en crisis y la unidad artificial de los cuarteles deja paso a los conflictos entre las clases sociales que atraviesan a la institución armada.

FACTORES DE LA MILITARIZACION DE LOS REGIMENES LATINOAMERICANOS

Bajo esta tendencia a la militarización de los Estados latinoamericanos se encuentra un proceso de profundas modificaciones de las relaciones sociales. Por un lado, el desarrollo capitalista que se produce en los países más importantes entre los años 50 y 60 exige nuevas formas de acumulación de capital. Por otro, las luchas políticas pasan, a partir de la revolución cubana, a una nueva fase, con objetivos nuevos, nuevas alianzas y nuevas formas de expresión.

Ni que decir tiene que no existe una separación estricta en la práctica entre los factores económicos y los políticos. El tránsito a un nuevo modelo de acumulación capitalista no es un fenómeno puramente económico. Las *nuevas condiciones de explotación de la fuerza de trabajo* que éste aporta introducen ya los factores políticos de su realización. Se hacen necesarias nuevas relaciones entre las clases. Pero el modelo de acumulación que se concretará será la resultante de esas nuevas relaciones sociales, establecidas según la capacidad que tenga cada clase, capa o fracción de clase para imponer sus intereses. La distinción entre factores económicos y políticos no tiene por objeto establecer una diferencia clara

entre esos dos niveles, lo que va en contra de su propia esencia. Al hacer más clara la especificidad de ambos factores, lo que se pretende es aclarar las condiciones particulares de cada situación.

El Estado, como centro de poder en la sociedad, es la expresión dominante de las relaciones de poder vigentes. Resultante de la fase de acumulación capitalista y de las relaciones entre las diferentes fuerzas en la lucha de clases, el Estado es, simultáneamente, el instrumento de las clases dominantes para consolidar o modificar un modo de acumulación y para consolidar o modificar el equilibrio de unas fuerzas sociales determinadas. Por esta razón, el Estado, la lucha de clases y la acumulación de capital se interpenetran en todos los niveles. Cada uno de estos fenómenos está presente en la configuración de los demás, constituyendo su conjunto lo que llamamos «la formación social».

¿Cuáles son las causas que explican la tendencia hacia la militarización del Estado en América Latina desde los comienzos de los años 60?

Es evidente que la revolución cubana es uno de los acontecimientos históricos decisivos para comprender esta evolución. La revolución cubana trastornó profundamente los sistemas de dominación tradicionales, desencadenando o intensificando una crisis de hegemonía sin precedentes en el continente. El conjunto de los aparatos ideológicos —escuela, Iglesia, partidos políticos— quedó afectado, en un grado mayor o menor, según los países y los períodos. Esta crisis tomó diversas formas: radicalización extrema del movimiento estudiantil, aparición de una corriente cristiana revolucionaria en ciertos sectores del clero, escisiones rebeldes en diferentes partidos «populistas» tradicionales (APRA en el Perú, Acción Democrática en Venezuela), etc.

Como consecuencia tanto del desarrollo económico como del impacto de la revolución cubana, se produce en América Latina una intensificación significativa de las contradicciones sociales. Esta se manifiesta por la irrupción de capas sociales hasta entonces inorganizadas (campesinado), desarrollo y «politización» de los con-

flictos industriales, aparición de fuerzas radicales de oposición al *statu quo*, impugnación de la disciplina en el seno de las mismas fuerzas armadas, etc.

Para poder enfrentarse con estas múltiples amenazas y para sustituir al sistema de hegemonía en quiebra se sustituye el Estado «constitucional» por un Estado militar o con predominante coercitiva, reemplazando el personal político tradicional por los cuadros militares. Podríamos invertir la fórmula de Gramsci hablando del Estado como de una represión envuelta en hegemonía; cuando la capa protectora (los aparatos ideológicos) se disuelve o adelgaza, el núcleo coercitivo sale a la superficie.

Estos factores político-sociales e ideológicos se combinan con una determinación fundamental, de naturaleza económica: el nuevo modo de acumulación de capital en América Latina y sus implicaciones en la vida del Estado.

Partimos así de las características predominantes en el proceso de desarrollo capitalista latinoamericano del período precedente, es decir, *grosso modo*, desde la primera guerra mundial hasta fines de los años 40. En este período, la larga crisis del mercado mundial creó condiciones favorables al cambio del centro motor de las economías latinoamericanas, que del sector primario exportador pasa a ser el sector industrial interior. La fisura entre la producción y el consumo, tan característica de las economías periféricas⁵, pareció destinada a desaparecer. La reducción de las exportaciones latinoamericanas, que tuvo como consecuencia una contracción de la capacidad importadora de estas economías, liberó, por un lado, fondos y, por otro, consumidores que permitieron un desarrollo industrial del tipo «sustitución de importaciones»⁶.

⁵ Véase Celso Furtado, *La economía latinoamericana*, Santiago, Editora Universitaria, y Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*, México, Era, 1973.

⁶ Celso Furtado, *op. cit.*; Maria da Conceição Travares, *Auge e declínio do processo de substituição de importações no capitalismo financeiro*, Rio de Janeiro, Zahar; Ruy Mauro Marini, *op. cit.*

Este proceso de industrialización se inicia en las ramas de producción de bienes de consumo final, de un desarrollo tecnológico menor y que aprovechaban a la vez la abundancia de mano de obra y las disponibilidades locales de materias primas. Estos sectores de vanguardia son las industrias textiles y alimenticias. El crecimiento de estas ramas, llamadas de «bienes-salario», implica el aumento de la demanda de los asalariados.

Esto no significa, sin embargo, que la fisura ya mencionada entre las esferas de la producción y del consumo tienda a cerrarse. El proceso de industrialización latinoamericana se produce sin romper con su base primaria exportadora, lo que hace que su modo de producción y de circulación deba adaptarse a esta base.

Lo dicho requiere una pequeña explicación: las burguesías industriales latinoamericanas se constituyeron como apéndices de unos sistemas primarios exportadores. Las exportaciones producían las divisas necesarias para importar máquinas. Las condiciones de apropiación monopolista de la tierra engendraban una importante reserva de mano de obra capaz de proporcionar fuerza de trabajo a bajo precio. Muchas veces era precisamente la demanda del sector primario exportador la que constituía, en su mayor parte, el mercado consumidor para las industrias locales.

A partir de la crisis de 1929, la alteración de las condiciones del mercado mundial produce cambios significativos en los sistemas de poder en América Latina. Por un lado, estos cambios fomentan la industrialización y, por el otro, la ausencia de una burguesía industrial políticamente independiente de la base rural determina la aparición de un poder de compromiso en el que los intereses industriales son defendidos por gobiernos que se apoyan en una amplia base social, lo que les permite, a partir de un pacto fundamental con la antigua oligarquía, hacer inclinarse progresivamente la balanza del lado de la industria. Vargas en Brasil en 1930, Cárdenas en México en 1934, el gobierno liberal en Colombia por la misma fecha, el Frente Popular en Chile en 1938, Perón en Argentina en 1945, dan una nueva

orientación a la acción del Estado, fomentando las condiciones necesarias para crear un mercado interno. Estos regímenes se diferencian mucho unos de otros a causa de las diversas alianzas y las diferentes relaciones de fuerzas, así como de la diversidad de las etapas del proceso de desarrollo en las que se establecieron. Pero todos tienen en común el dirigir un proceso de industrialización extensiva, reforzando el papel del Estado e incorporando nuevos contingentes de mano de obra al mercado del trabajo urbano, sin romper la relación de dependencia creada por la economía primaria exportadora que les proporciona las divisas necesarias para las importaciones. Esto es lo que induce a Ruy Mauro Marini a afirmar: «A partir, pues, del modo de circulación que caracteriza a la economía exportadora, la economía industrial dependiente reproduce, bajo una forma específica, la acumulación de capital basada en la sobreexplotación del trabajador. Por consiguiente, reproduce también el modo de circulación que corresponde a este tipo de acumulación, aunque lo haga de forma modificada; ya no es la disociación entre la producción y la circulación de mercancías en función del mercado mundial la que opera, sino la *separación entre la esfera superior y la esfera inferior de la circulación en el interior mismo de la economía*. Dicha separación, al no estar contrarrestada por los factores que operan en la economía capitalista clásica, adquiere un carácter mucho más radical»⁷.

Los regímenes políticos que se instalan a partir del proceso de industrialización,

y *Subdesarrollo y revolución*, México, Siglo XXI, 1969; Antonio Barros de Castro, «O modelo histórico latino-americano», en *Sete ensaios sobre a economia brasileira*, Rio de Janeiro, Forense, 1968; André Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1970; M. Peralta Ramos, *Etapas de la acumulación capitalista y alianzas de clase en la Argentina (1930-1970)*, Buenos Aires, Siglo XXI; A. Pinto, *Chile: un caso de desarrollo frustrado*, Santiago, Editora Universitaria.

⁷ Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*, pp. 63-64.

y que tienen por objeto el desarrollo, se mantienen gracias a una amplia base social. Nuevas categorías de funcionarios favorecidos por la extensión del papel de Estado y el aumento de la oferta de empleos en el sector terciario, profesiones liberales y pequeños propietarios favorecidos por el incremento de la renta urbana forman esta base. Incluso en el interior de las clases explotadas, nuevos contingentes de trabajadores incorporados a la fuerza de trabajo de la industria, que gozan de privilegios que no poseían antes en calidad de trabajadores rurales o subproletarios, constituyen la base de las relaciones sociales de tipo populista. La dinámica misma de esta industrialización extensiva, que proporciona las condiciones que permiten la existencia de los Estados de compromiso, irá más lejos de dichas condiciones. Después de haber empezado por las ramas productoras de bienes de consumo inmediato, dicha dinámica alcanza posteriormente a las ramas más complejas de bienes intermedios y de capital, como respuesta a las presiones ejercidas sobre la capacidad de importación del sistema, lo que produce un cambio del eje de acumulación por sectores.

Durante los años 50, las exigencias de esta transformación se hacen evidentes en México, Brasil y Argentina. Las burguesías gobernantes tratan de dar una respuesta de acuerdo con la lógica del proceso de acumulación, con mejores o peores resultados, según los casos.

A lo largo del proceso de sustitución de las importaciones, hay un momento en el que el importe global de las inversiones necesarias para pasar a una nueva etapa tiene que conseguirse teniendo en cuenta la escasez de capital interno y la disponibilidad de capital internacional. El recurso al capital extranjero debe ir acompañado de algunos cebos concretos. Los más importantes son una legislación favorable a la repatriación de los beneficios, la disponibilidad de recursos de infraestructura a un costo muy bajo y, sobre todo, el costo poco elevado de la fuerza de trabajo. En la medida en que el mercado mundial se amplía después de la guerra, la dependencia de los procesos

de industrialización periférica se acentúa, lo que se expresa por los modelos tecnológicos que predominan en ella, y que acelerarán el proceso de monopolización de la economía.

La introducción de una tecnología demasiado desarrollada para los modelos latinoamericanos produce un aumento de la productividad más que superior al desarrollo de la base productiva. Esto significa que el paro engendrado por la innovación tecnológica no queda compensado por las nuevas inversiones. Nos encontramos ante el esbozo de una crisis de realización.

La bipolarización de las rentas [...] por un lado tiende a ser un freno a la reproducción ampliada del capital y *exacerba las contradicciones*, por otro, por la reorientación de la acumulación del capital, tiende a subproducir una nueva modificación de la distribución de las rentas en favor de una tercera categoría —llamada generalmente clase media—, en detrimento de la clase obrera. Esta tercera demanda reanima el proceso de acumulación cuando puede manifestarse, es decir, cuando la represión/integración de la clase obrera se hace sin demasiada violencia¹.

Esta tercera demanda no es una creación artificial a *posteriori*, sino un producto directo del modo de acumulación mencionado. Por un lado, las características técnicas de las industrias modernas exigen un aumento del número de trabajadores improductivos, que, en las condiciones de formación de la mano de obra en vigor en estos países, alcanzan unos niveles de remuneración mucho más elevados que los trabajadores manuales. Por otro, las dificultades en la realización del capital provocan una desviación de la corriente de capitales de la esfera productiva a la del comercio y los servicios. Los empleos aumentan en esta esfera, produciendo otros tantos consumidores privilegiados.

En estas condiciones, el incremento del mercado no implica forzosamente el aumento de la remuneración de la fuerza de trabajo; pero sí, por el contrario, una

¹ Pierre Salama: «Vers un nouveau modèle d'accumulation», *Critiques de l'Economie Politique*, 16-17, 1974, pp. 58-59.

mayor explotación de dicha fuerza para garantizar una «superacumulación» capaz de sostener la intensificación del consumo de una base reducida de privilegiados. Esta necesidad de presionar para disminuir los costos de producción, y de compensar los límites del mercado con una subida de los precios de los productos, terminará por resultar incompatible con los regímenes populistas y de democracia burguesa.

No queremos decir con esto que los regímenes autoritarios se han extendido forzosamente por América Latina como una consecuencia de su industrialización. La burguesía no elige a capricho sus regímenes de dominación; éstos son el resultado de la relación de fuerzas sociales imperantes en cada situación.

Por el contrario, afirmamos que las condiciones políticas más favorables al desarrollo de la industrialización capitalista (y hablamos aquí de fase en un sentido *internacional*, porque, independientemente del nivel de desarrollo alcanzado en cada país por su industria, son las condiciones internacionales de acumulación las que no permiten la repetición de los procesos de sustitución de las importaciones para mercados nacionales relativamente cerrados, como en los años 30), garantizan la represión de las formas elementales de resistencia de las clases trabajadoras. Por esta razón, los regímenes que se apoyan sobre una movilización de masas de tipo populista en el marco de una democracia formal son, de un modo creciente, los momentos inestables de un equilibrio de fuerzas y no la «forma normal» de la dominación burguesa en el continente.

LAS FORMAS DE MILITARIZACIÓN DEL ESTADO

Las dictaduras militares tienen una cosa en común: que eliminan a los distintos organismos que permiten el equilibrio de representación de las diferentes fracciones de las clases dominantes. En su lugar surge un ejecutivo que concentra todas las funciones de gobierno y que se apoya directamente en las fuerzas armadas.

Las características propias de las fuerzas armadas —«profesionalismo», disciplina autoritaria, jerarquía rígida, ideología de defensa del orden— dan naturalmente a los regímenes militares un aspecto más claramente represivo. Este recurso más directo a la represión es ya un síntoma de la crisis de legitimidad de la dominación burguesa en el continente. Pero si miramos con más detenimiento, podemos distinguir entre los regímenes militares centrados sobre la función represiva (Brasil, Chile, Bolivia, Nicaragua, etc.) y los que combinan ciertas características parcialmente populistas con rasgos específicamente represivos (Perú, Panamá, etc.). En el interior de estos regímenes militares orientados hacia la represión debemos distinguir entre las dictaduras militares tradicionales, erigidas para mantener la sociedad primaria exportadora, y las dictaduras militares que surgen para responder a las contradicciones creadas por la sociedad industrial capitalista. Veremos que tienen caracteres diferentes, según las distintas funciones que ejercen.

Las dictaduras militares tradicionales

Como son el producto de una sociedad relativamente sencilla, su función lo es también: asegurar la realización de la sobreexplotación de los trabajadores rurales e impedir que el orden vigente se vea amenazado por la competencia y las luchas entre sectores oligárquicos rivales. Estos regímenes son, en cierto modo, mediaciones entre la oligarquía rural y las (o la) compañías extranjeras que controlan su comercio exterior. Reciben el apoyo de las oligarquías locales para que representen sus intereses frente al capital extranjero y mantengan el orden interno. Pero no representan al conjunto de la oligarquía local. Crean una base propia a partir del apoyo que les presta la compañía extranjera. Gracias a este apoyo, las tiranías militares tradicionales imponen el orden por encima de las interminables luchas de grupos. Pero los tiranos se encuentran unidos a ciertos clanes y utilizan el poder en su beneficio.

Por eso, estas dictaduras no llegan a

unificar a la clase dominante. El estigma de la corrupción que parece acompañarlas como su sombra no es más que la ausencia de un robo legal, institucionalizado. Por esta razón, son simultáneamente instrumentos de la empresa extranjera en su obra de control de la economía nacional y de la clase dominante local respecto a ésta. A tal descripción corresponden las dictaduras de Trujillo en Santo Domingo y de Somoza en Nicaragua, según Halperin Donghi:

En estos países tocados en época relativamente tardía por la expansión de las exportaciones, la dictadura se transformó en un instrumento de conquista del predominio económico por el sector gobernante: la familia Trujillo en Santo Domingo, la de Somoza en Nicaragua, llegaron a apoderarse de partes muy importantes del patrimonio nacional. Estos avances, que llevaron a la mediatización de las oligarquías tradicionales, fueron acompañados de los no menos significativos de los emisarios de la economía dominante: conquista de parte de la tierra dominicana por las compañías azucareras norteamericanas; de la nicaragüense por las empresas fruterías...

En uno y otro caso la implantación de los regímenes dictatoriales es, por añadidura, herencia de la ocupación militar estadounidense; *son los jefes de las guardias nacionales, que deben su situación al favor del ocupante, quienes —organizando tropas excepcionalmente bien armadas y mantenidas, que les son personalmente leales— logran contar con un aparato militar independiente de las bases más tradicionales del poder local, que se muestra, por lo tanto, menos permeable al influjo de éstas que el ejército al que reemplazan.*⁹

Examinemos ahora cuáles son los problemas que tratan de resolver las dictaduras, sobre qué relaciones sociales se basan y cuáles son las contradicciones sociales engendradas por estos regímenes.

A principios de este siglo, Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia compartían la dominación económica sobre Nicaragua. El gobierno nacionalista de Zelaya trató de utilizar esta concurrencia para mejorar las condiciones de la economía local. La United Fruit organizó entonces un movimiento armado que derribó al gobierno. La intervención directa de Estados Unidos, en 1911, permitió la «elección» de un nuevo presidente, miembro del partido conservador. Pero cuando las fuerzas de los Estados Unidos se retiraron de Nicaragua, en 1924, estalló una

guerra civil. En 1926, los norteamericanos desembarcaron de nuevo, obteniendo que los generales liberales y conservadores firmaran la paz. Pero entre los liberales opuestos al gobierno títere había ya ciertas fuerzas que expresaban las aspiraciones de los trabajadores. Para éstos, la cuestión fundamental era la situación de explotación a la que les sometía la fuerza extranjera. Sandino, que había sido trabajador agrícola y minero, al frente de un pequeño ejército, se mantuvo contra la Guardia Nacional y las fuerzas de ocupación hasta 1930. Después de la derrota y muerte de Sandino, el general Anastasio Somoza, comandante de la Guardia Nacional, dirigió un golpe de Estado, comienzo de su largo reinado.

La dictadura de Somoza se impuso gracias a la fuerza de la Guardia Nacional, que eliminó la amenaza sandinista y aseguró la existencia de un Estado nacional liberado de un ejército de ocupación, pero garantizando la dominación económica de la empresa norteamericana, sin oposición.

El poder personal o de un clan (Trujillo, Duvalier, Somoza, Stroessner) mantenido por una guardia fiel y privilegiada corresponde a las necesidades de una sociedad simple, de las que basan su economía sobre la exportación de productos primarios. Para asegurar el máximo beneficio a las empresas exportadoras, el terror estatal aplasta implacablemente la menor manifestación de oposición. Las riquezas producidas por los sectores importantes de la economía no están destinadas al consumo de la población local, cuyas reivindicaciones tendrían, pues, por único resultado aumentar los costos de producción y disminuir, por lo tanto, los beneficios de dichas empresas.

Por eso estos regímenes utilizan la fuerza, la miseria y la ignorancia para reprimir a la población. Las energías revolucionarias que pueden desarrollarse en tal medio tienen sus ejemplos en la revolución mexicana de 1910-1915, la insurrección campesina de El Salvador en 1932,

⁹ Halperin Donghi, *op. cit.*, pp. 377-378.

la larga lucha de Sandino y la revolución cubana.

Otro factor disminuye su estabilidad. Estos regímenes, al apoyarse en el terror policíaco y proteger la corrupción del clan dominante, no ofrecen a las capas medias urbanas más posibilidades que la de aceptar las migajas del poder autocrático. En la medida en que estas capas aumentan y se refuerzan socialmente, lo hacen también los movimientos de tipo democrático y moralizador. Estas acciones de la pequeña burguesía encuentran apoyo en algunas fracciones de la oligarquía y no tienen otra consecuencia que repetir los ciclos de golpes de Estado militares. Pero, desde este punto de vista, la revolución cubana supone un giro decisivo. Fidel fue tolerado al principio por Estados Unidos porque no parecía ser otra cosa que un nuevo rebelde liberal contra una tiranía corrompida, que dentro de algunos años hubiera tenido que ceder el paso a una nueva tiranía corrompida. Pero al unir sus objetivos democráticos a las aspiraciones sociales más profundas de las masas trabajadoras, la revolución cubana dio paso a una nueva dinámica y cerró la puerta a las maniobras liberales de las viejas oligarquías.

Banzer, en Bolivia, es un caso más reciente. El ciclo restaurador de las fuerzas armadas bolivianas, tras la revolución de 1952, quedó cerrado en 1964 por el golpe de Estado de Barrientos. El carácter antiobrero de los regímenes de Barrientos y Banzer es muy significativo, si se tiene en cuenta la fuerza política del proletariado boliviano. Bajo este aspecto, ambos se asemejan más a las nuevas dictaduras militares que a las dictaduras tradicionales. Pero del mismo modo que las luchas revolucionarias del proletariado boliviano tuvieron que soportar el peso del sector rural y del atraso del país, la carencia de la base social correspondiente no permite que la dictadura militar boliviana siga el ejemplo del modelo brasileño. En Bolivia, la dictadura militar no es el instrumento del sector monopolista de la industria, sino sólo el instrumento mediador entre los sectores de la burguesía nacional y el imperialismo, por medio del control estatal de la produc-

ción minera. Y desde este punto de vista, por el contrario, la situación boliviana recuerda a las dictaduras militares tradicionales, teniendo como particularidad la nacionalización del sector minero, legado de la revolución de 1952. Pero la herencia más importante de aquella revolución es la experiencia y madurez del proletariado, que impide todo tipo de estabilización reaccionaria del país.

Las nuevas dictaduras militares

Estas tienen en común con las precedentes la función de enfrentarse a la capacidad de reacción de los trabajadores a la sobreexplotación. Por otra parte, en la medida en que corresponden a otra etapa del desarrollo capitalista, tienen tareas específicas. Analizando las condiciones particulares que dan lugar a tales regímenes, Emir Sader señala la existencia «de una crisis de hegemonía en el interior del sistema político que lleva invariablemente a coaliciones de carácter reformista —reformismo pequeñoburgués, reformismo obrero— al gobierno, intentando la reordenación del sistema de dominación por la atenuación de la lucha de clases, mediante la colocación de dirigentes de masas conciliadores». Estos gobiernos serán «la última solución posible en el interior del sistema en vigor a finales de los años 30 y comienzos de los 40: democrático parlamentario como régimen de gobierno, populista como ideología, autoritario y elitista en su funcionamiento. En la medida en que estas soluciones intermedias no llegan a instalarse de forma perdurable, el sistema político está condenado a un fracaso definitivo»¹⁰.

El carácter antiobrero de este tipo de dictaduras es más evidente que en las dictaduras militares tradicionales, porque se enfrentan a movimientos obreros mucho más desarrollados, que han madurado a lo largo de períodos de libertad relativa. Como éstas se producen en estadios más

¹⁰ Emir Sader, *O Estado militar na América Latina*.

avanzados de la concentración capitalista, su función de ordenar los conflictos internos de las clases dominantes se cumplirá en un sentido de aceleración del proceso de monopolización del capital. Es, pues, lógico que las representaciones políticas excluidas que expresan los diversos grados de conciliación de clases sean reemplazadas por gobiernos que reflejan los intereses del capital monopolista. Así, pues, la expresión política de tales intereses implica una acción global mucho más compleja que la dirección política de los antiguos sectores primarios exportadores. Allí donde antes estaban el viejo tirano y su clan, la nueva dictadura militar erige la institución de las fuerzas armadas en órgano dirigente. El triunfo de la dictadura militar se mide por su capacidad de hacer de las fuerzas armadas no solamente el órgano central del poder, sino también el partido único que expresa los intereses de la fracción hegemónica del capital.

«Las fuerzas armadas son el último elemento afectado por el sistema de dominación, y se apoyan sobre su estructura jerárquica, lo que no les preserva de las luchas de clases, pero sí disminuye su permeabilidad a los efectos de la violenta lucha social y política que afecta al conjunto de la sociedad. Por estas razones representan, en tanto que institución, el último punto de apoyo para la reconstrucción de las condiciones de la dominación política y de la explotación económica»¹¹.

El ejemplo más acabado de estos regímenes es la dictadura militar brasileña. Esta fue preparada por las condiciones de la acumulación capitalista a partir de la mitad de los años 50. El proceso de industrialización se desarrolló gracias a una entrada masiva de capital extranjero que imprimió un gran dinamismo a las industrias de base y de bienes de consumo duraderos, para un sector consumidor urbano restringido y de ingresos elevados. Pero la capacidad de obtener capitales extranjeros depende de la capacidad del régimen para contener las reclamaciones obreras, de asegurar tasas elevadas de explotación y de racionalizar la economía, eliminando las unidades productivas

menos rentables, al mismo tiempo que se opera una nueva concentración de la ganancia a favor de los sectores dinámicos.

El régimen político que había presidido la etapa anterior del proceso de industrialización se había mostrado absolutamente incapaz de responder a las nuevas necesidades. El peso político atribuido a todas las fracciones burguesas en el modelo democrático representativo impedía la realización de una política coherente y racional de concentración capitalista. Las relaciones de tipo populista con las masas impedían asimismo la aplicación de una política de bloqueo salarial.

En la medida en que el movimiento popular comienza a sobrepasar a los dirigentes populistas y hace frente a las nuevas necesidades de la acumulación capitalista, la burguesía abandona el populismo. Pero sus organizaciones políticas se encuentran impregnadas de este mismo populismo (PSD, PTB) o son ya incapaces de superarlo en el cuadro de la democracia parlamentaria (UDN). Las fuerzas armadas aparecen así como el «brazo armado» de una amplia coalición. La política de depuración de la izquierda y de la corriente populista, para evitar las concesiones a las masas, elimina progresivamente de la escena política a todos los dirigentes burgueses y vacía a las instituciones civiles de todo poder. En el proceso de lucha contra la «subversión», y de «racionalización» del aparato político y económico del Estado, las fuerzas armadas se presentarán en tanto que espina dorsal del Estado, reduciendo progresivamente a un papel puramente decorativo a los poderes legislativo y judicial y a los partidos, controlando la fuerza de presión de la prensa, las universidades y la Iglesia.

Sin el contrapeso de las representaciones políticas, la dictadura militar aplica la política del capital monopolista para vencer la crisis económica que se había abatido sobre el país desde 1962. Utiliza una política de bloqueo de salarios, represión de la vida sindical, restricción de

¹¹ *Ibid.*

créditos, facilidades al capital extranjero, aumento de la tasa de explotación y reducción del mercado de consumo de «bienes-salario»; acelera la concentración monopolista y la desnacionalización de la economía.

La dictadura militar no se consolidará hasta diciembre de 1968, con la liquidación de los vestigios de la república burguesa. Durante este año, las contradicciones acumuladas por la crisis económica y por las soluciones que se han aplicado, así como por la represión política, van a llegar a su límite. Ante la extrema impopularidad del gobierno militar, las viejas instituciones burguesas manifiestan algunas intenciones de «devolver a los militares a los cuarteles». Pero esta oposición burguesa, ante los primeros síntomas de radicalización de una oposición popular, vuelve atrás y se eclipsa. La burguesía seguía siendo inmadura y frágil. La dictadura militar vuelve a tomar la iniciativa, dando un nuevo golpe que tiene como consecuencia el desmantelamiento de toda la vida sindical y política. Más que una nueva victoria de las fuerzas armadas, el Acta Institucional núm. 5 va a expresar un cambio decisivo en el régimen. Bajo el pretexto de la necesidad de «luchar contra la guerra revolucionaria», la dictadura militar suprime los partidos oficiales y el Parlamento, retira toda la autonomía que le quedaba aún al aparato judicial, retira sus derechos políticos a los líderes burgueses que representaban una alternativa política y pone bajo su control directo los principales aparatos ideológicos, desde la universidad hasta la prensa. El aparato represivo policíaco-militar adquiere una autonomía significativa en el interior de las fuerzas armadas, dada la forma misma por la cual el régimen se consolida. Todo esto impedirá a la dictadura crear canales de expresión institucionales para los diversos sectores de la clase dominante, y su legitimidad ideológica reposará sobre su éxito económico. Para esto contaba ya con los efectos de la recuperación económica que se hacían sentir desde 1967. El crecimiento continuado de la producción nacional, realizada gracias a la explotación exacerbada de las masas trabajadoras, ofrece

perspectivas extraordinarias de rentabilidad a los grandes inversionistas, y supone una elevación significativa de los ingresos de las capas privilegiadas de las clases medias urbanas. Esto impide la tentativa de oposición burguesa durante el período.

La fórmula mediante la cual la dictadura militar asegura la recuperación capitalista protege la «vía monopolista» al desarrollo capitalista. La sobreexplotación de los trabajadores favorece la acumulación, pero sin desarrollar el mercado interior de «bienes-salario», campo que no tiene ningún interés para el capital monopolista en Brasil. La aceleración de la transformación capitalista en agricultura se hace también por medio de un proceso acrecentado de proletarianización del campesinado, y contribuye a disminuir los costos de la producción industrial. La llamada a los capitales extranjeros y la política de créditos van a intensificar la dominación imperialista sobre la economía. La constitución de un sistema para financiar el consumo de bienes duraderos amplía las condiciones de realización de los sectores productivos privilegiados por el capital imperialista.

La dictadura militar brasileña presentaba al principio una apariencia bonapartista en la que las fuerzas armadas se unían al gran capital sin responder a reivindicaciones inmediatas de sus aperturas. El peso creciente del aparato económico del Estado presentó una tendencia a reforzar el poder de la burocracia burocrática frente a los capitalistas privados. Pero en el proceso mismo de afirmación de la política favorable al gran capital, el cuerpo de oficiales de las fuerzas armadas fue absorbido por éste. Los generales y sus tecnócratas dejan de ser defensores del sistema capitalista simultáneamente autónomos ante la clase capitalista. Hoy, forman parte de esta clase. Han sido integrados en la dirección de las grandes empresas. Este cuerpo de oficiales que dirige los centros de poder político es ya el representante privilegiado del gran capital. En este sentido se puede hablar de un «partido militar» como expresión principal de los intereses capitalistas.

La misma crisis de hegemonía produjo a dictadura de Barrientos en Bolivia (1964), de Onganía en Argentina (1966), de Bánzer en Bolivia (1971), de Pinochet en Chile (1973). La incapacidad de la burguesía para componer una fuerza social que pueda batir a la izquierda en el cuadro de la democracia representativa, y la incapacidad de la izquierda para vencer a la reacción burguesa, abren el camino a la solución militar. El nivel de violencia del golpe de Estado del 11 de septiembre en Chile puede ser explicado por la calidad de los enemigos que ha debido vencer. La solidez y la flexibilidad de la democracia parlamentaria chilena le habían servido para institucionalizar la redistribución hecha por el Estado de los excedentes dejados por el monopolio extranjero en las minas. El sistema político funcionaba para regular las relaciones entre los grupos dominantes y entre estos grupos y el enclave extranjero, para captar el apoyo de los «sectores intermedios», integrados de muchas maneras en los aparatos burocráticos, y para integrar el movimiento obrero en la legalidad en vigor mediante el reconocimiento de los derechos sindicales y políticos elementales para sus sectores más organizados. Cuando este sistema no permite ya contener la dinámica autónoma del proletariado, y la burguesía siente la necesidad de eliminar a este último, la burguesía se olvida de las tradiciones legales del país y de la madurez política de dicho proletariado. Estos dos factores habían impedido asimismo el golpe de Estado en el momento de la llegada de Allende al poder en 1970.

El ascenso progresivo del movimiento obrero y popular chileno se hacía sentir desde finales de los años 50. En 1958, Allende no pudo ganar las elecciones por unos 30.000 votos. La progresión continuada de la coalición de izquierdas obligó a la burguesía a abandonar a su candidato conservador en 1964 y a unirse en torno a la «revolución en la libertad» de Eduardo Frei, alternativa kennediana a la revolución cubana. Después de tres años de éxito aparente, el régimen se muestra incapaz de mantener las tímidas reformas que la DC había prometido. La base

social en el campo, conseguida por el comienzo de la reforma agraria, no compensaba ni la ruptura del bloque burgués debida a la reacción de la oligarquía rural ni el crecimiento de las energías revolucionarias del campesinado, que desbordaba las posibilidades del régimen. La base social urbana que la política populista de alojamiento y de equipamientos colectivos había conquistado no compensaba tampoco los desbordamientos provocados por la izquierda revolucionaria.

En 1970, la izquierda en su ascensión se enfrenta a la burguesía dividida. El proyecto de la DC de organizar el mercado interno y la integración de las clases populares en el Estado burgués es reemplazado por el proyecto de la UP de reconversión de la economía en función del consumo popular y de la democratización del Estado. Tal proyecto lleva a su extremo límite las contradicciones que desgarraban la organización política chilena.

La existencia de un gobierno constituido fundamentalmente por los partidos tradicionales del proletariado chileno, en una coyuntura semejante de crisis económica y de ascensión de las masas, debía abrir por sí misma un período prerrevolucionario. La crisis económica no podía ser afrontada de una forma consecuente por la burguesía, que no disponía del poder gubernamental y tenía miedo a la orientación que podía tomar el proceso. Por otra parte, la crisis capitalista se agravó por la reacción de la burguesía frenando las inversiones y estimulando la especulación¹².

El movimiento de masas, empujado por la crisis y estimulado por la existencia de un gobierno popular, se extiende y se radicaliza. En la medida en que las vías institucionales —privilegiadas por la política de «democratización del Estado»— muestran sus límites, los primeros embriones de un doble poder se hacen sentir. La política del MIR, basada en el desarrollo de estos embriones, cesa de ser

¹² Véase *Critiques de l'Economie Politique*, 16-17, 1974, artículos de Mauro Marini, C. Sepúlveda y Eder Sader.

una simple proclama al conjugarse con la dinámica de las fracciones numéricamente más importantes de la clase obrera, y de sectores de la misma UP.

Pero, coherente con su propia estrategia, la UP busca su estabilidad llamando a una intervención creciente de las fuerzas armadas.

Del lado de la burguesía, la DC y la derecha en general deben también acabar buscando una solución militar. El objetivo de la DC no era, evidentemente, una dictadura militar que le arrebatara las perspectivas de dirección política. Su estrategia era la «desestabilización» del gobierno: llevar todas las reivindicaciones hasta el fin y exacerbar todos los descontentos, y, al mismo tiempo, mantener a la UP presa del «Estado de derecho», lo que le impedía resolver en su favor las contradicciones creadas. Pero una política tan arriesgada no puede ser puesta en práctica indefinidamente. Las fuerzas sociales que se desencadenan tienen una dinámica propia que sobrepasa a los aprendices de brujo. Y si la movilización de la derecha consigue desestabilizar el gobierno, no consigue en cambio derribarlo. Por el contrario; a cada ofensiva de la reacción, la contraofensiva popular empuja al gobierno a dar nuevos golpes contra el régimen burgués. La «desestabilización» institucional abría el camino a una nueva institucionalización del «poder popular».

La burguesía, tras apercibirse de esta situación, desplazó el campo de batalla al interior del Estado burgués, y particularmente de las fuerzas armadas. La preservación casi integral de las fuerzas armadas tradicionales, con su ideología del orden y su disciplina ciega, permitió a éstas jugar el papel de agente privilegiado de la «restauración». Al hacer esto, las fuerzas armadas van más allá de la liquidación de Allende y de la resistencia popular para restablecer de inmediato el orden democrático, como lo deseaban los demócratacristianos. El proceso visto en Brasil, entre 1964 y 1968, cuando la dictadura militar coexiste con los vestigios del «poder civil», no ha tenido lugar en Chile. El Parlamento no ha mantenido siquiera su fachada, y los partidos políticos

burgueses han desaparecido. La universidad sufre la intervención militar, y los medios de comunicación de masas han sido puestos de inmediato bajo el control militar directo. El aparato judicial cae bajo la dirección de las fuerzas armadas. Estas comienzan a ejercer el gobierno en tanto que institución, guardando su propia jerarquía, después del sangriento «estancamiento» de septiembre.

El Estado se reduce prácticamente a las fuerzas armadas, que acumulan las funciones ejecutiva, legislativa y judicial y buscan llegar a ser el verdadero partido único de la clase dominante. Para alcanzar este último objetivo, insisten sobre los defectos del sistema de partido al que se atribuyen la división del país, la amenaza de revolución social; en lugar de esto, la dictadura ofrece su ideología de unidad nacional, mediante la despolitización del país y su sumisión a la dirección militar.

La dictadura acentúa su eficacia represiva por el monopolio de la fuerza, por la centralización nacional, por su disciplina monopolítica. La posibilidad que tiene de imponerse en tanto que representación adecuada de la burguesía depende de su éxito en la liquidación de la resistencia y en el restablecimiento de la economía.

La destrucción de todo el aparato legal no quiere decir que la dictadura haya conseguido de un solo golpe dirigir toda la vida nacional. Incluso si no se tiene en cuenta que la izquierda y el movimiento obrero se han reorganizado en la clandestinidad, la burguesía no ha liquidado definitivamente todos sus antiguos medios. Si es cierto que no existen hoy partidos burgueses, en la verdadera acepción de término, se encuentran grupos de presión que actúan en el interior de las fuerzas armadas y fuera de ellas. La misma DC se ha transformado (¿temporalmente?) en un grupo de presión, que utiliza su base social potencial para ejercer una cierta influencia sobre diversos sectores de las fuerzas armadas. Flanqueando a la DC otros organismos cumplen la misma función: la Iglesia, los grandes periódicos, el colegio de abogados, etc. En cuanto a las fuerzas armadas, tratando de superar la división política existente en el seno de

sociedad, llevan esta división en su propio seno. La supervivencia de la dictadura militar está ligada a su capacidad de ordenar la acumulación capitalista en el país. En este período, aparte los sacrificios de las masas trabajadoras, que se traducen en el desempleo masivo y en salarios que provocan malnutrición y miseria, se han asestado algunos golpes contra los sectores del pequeño y mediano capital, como lo muestra su desaparición de la vida económica. El régimen debe mostrar a la oposición latente en esos sectores su capacidad de conjurar la revolución al tiempo que asegura tasas elevadas de explotación de la fuerza de trabajo. El argumento tiene su peso, pero afecta de una forma muy débil a aquellos que ven la salvación del capitalismo pasar por encima de ellos en tanto que capitalistas. La presión ejercida sobre los capitalistas en general es mucho más fuerte que la habida en Brasil, ya sea por la profundidad de la crisis chilena, ya sea por las particularidades de la política económica de la junta chilena, que, orientada hacia el liberalismo económico, abre el país a la dominación de las grandes compañías sin contrarrestarla con la acción del Estado. Desde el punto de vista político, si bien es verdad que su tradición política es mucho más importante que la de sus homólogos brasileños, los capitalistas se ven, sin embargo, más constreñidos por la amenaza del proletariado. Por tanto, la oposición burguesa no se arriesga a una oposición abierta, y utiliza su descontento en influenciar a ciertos sectores de las fuerzas armadas para que hagan el régimen más blando.

Pero ¿cómo hacer más blando un régimen cuya estabilidad viene justamente de la omnipotencia de sus centros de mando? Si el régimen chileno es el más duro entre las nuevas dictaduras militares, es porque la sociedad chilena ha sido la más contaminada por las tendencias de «desagregación» de las clases explotadas. Su eficacia represiva se obtiene en detrimento de su legitimidad. Si llega a ofrecer nuevas perspectivas para el desarrollo capitalista, recuperará su legitimidad ante los sectores que se benefician de ese desarrollo. Pero si antes de conseguirlo las

contradicciones que crea este régimen producen una crisis en el sistema de dominación, a causa de su rigidez, el conjunto del Estado se verá afectado por ello.

Las coaliciones militar-populistas

Existen manifestaciones particulares del proceso de militarización del Estado, en las que gobiernos civiles de tendencia populista, cuyo origen está en sistemas democráticos representativos, se encuentran bajo el control de las fuerzas armadas. Son situaciones en las que no se dan todavía las condiciones de un golpe de Estado militar, pero en las que el desarrollo de la lucha de clases exige ya una intervención creciente de las fuerzas armadas. Estas últimas no son ya «la última reserva del orden» que se mantiene fuera del juego político para no intervenir más que «en última instancia», pero tampoco son aún las ejecutantes directas de la política. Su intervención continuada y su control directo sobre las acciones políticas indican la agravación de la crisis y la imposibilidad inmediata de resolverla.

No se trata, en este caso, de gobiernos militares con proyectos populistas, como en Perú, ni tampoco de gobiernos militares con una fachada civil, como era el caso de Bordaberry en Uruguay.

En estos dos casos, un golpe militar ha destruido ya la institucionalización democrática representativa y establecido un nuevo equilibrio político. En el caso de una coalición militar-populista, la inestabilidad política proviene del hecho de que la democracia representativa ya no es capaz de asegurar la estabilidad de la dominación burguesa sin que los factores necesarios para la puesta en funcionamiento de una dictadura militar estén aún reunidos.

Una situación similar es necesariamente transitoria; si se prolonga, como en Argentina, todas las contradicciones del sistema se agravan. Este tipo de coalición no acumula la eficacia de la represión militar y la eficacia de la movilización populista: al contrario, éstas tienen tendencia a anularse y estimulan el desarrollo de las luchas sociales.

En Argentina, la primera solución militar (1966-1973) no tuvo éxito, pero el gobierno peronista tampoco consiguió obtener la estabilización política del país.

La dictadura militar se impone con el golpe de Estado de Onganía, en 1966. Desde 1955, fecha de la derrota del movimiento obrero que se encontraba bajo la dirección de la burguesía populista (Perón), el gobierno de Frondizi dio la prueba de que era imposible gobernar contra ese movimiento obrero (incluso si el peronismo y la izquierda fueran duramente reprimidos) en condiciones democráticas representativas. Este último gobierno fue derribado por el golpe militar de 1962, que inaugura un período de gobierno civil bajo control directo de las fuerzas armadas, encargadas de las necesarias purgas políticas.

El fracaso de estas fórmulas híbridas en las que las tareas civiles eran asumidas por los representantes de las diversas tendencias radicales, revela la imposibilidad de un gobierno representativo contra el peronismo. Las capas medias, base social por excelencia del radicalismo, se sentían llamadas por la oposición peronista.

La dictadura de Onganía busca al mismo tiempo liquidar la democracia parlamentaria y dividir al movimiento obrero. A partir de la posición de fuerza que el golpe militar le confiere, Onganía intenta negociar con la burocracia sindical peronista.

La irrupción semiinsurreccional del movimiento obrero en 1969, expresión de una dinámica proletaria autónoma frente a la burocracia sindical ortodoxa, destruye las bases de la «estabilidad» proyectada por Onganía. En 1970, un nuevo golpe de Estado destituyó a Onganía y llevó a la presidencia a Levingston, quien sería destituido poco después por Lanusse.

Ninguno de los avatares de la dictadura militar logró doblegar la capacidad de lucha de la clase obrera. Frente a la combatividad de sus fracciones revolucionarias, no le quedaba otra alternativa al gobierno que dividir a la clase obrera mediante concesiones a los dirigentes sindicales corrompidos. Al hacer esto, la dictadura argentina no ha podido jamás

ofrecer al capital imperialista una fuerza de trabajo tan barata como la brasileña. Ha perdido, por esta razón, la posibilidad de sentar las bases de una expansión capitalista del mismo tipo.

Reconociendo su derrota, las fuerzas armadas deciden —por una maniobra de Lanusse— efectuar una retirada organizada. La llamada de Lanusse a unas elecciones aparece como una estrategia de «retirada organizada» del «partido militar» para intentar: a) evitar la derrota abierta ante el ascenso del movimiento revolucionario, y b) mantener sus posiciones para poder conservar su papel de control sobre el gobierno de los civiles.

El éxito de esta fórmula debía depender de las tendencias dominantes en el peronismo, que unificaban el movimiento de masas en pleno desarrollo. El cálculo se reveló correcto: la confianza de las masas en Perón jugó un papel compensador frente a las fuerzas liberadas por la «apertura política». En el período crítico inicial, esta confianza sirvió para aislar a las tendencias revolucionarias. Cuando el proyecto burgués del peronismo empujó al ala izquierda de este movimiento hacia la oposición, las fuerzas armadas estaban ya relativamente recompuestas. El peronismo jugó su papel y, justamente porque lo jugó bien, quedó dividido y mostró una tendencia al desgaste. En esta etapa, apoyándose ya sobre el aparato militar que se mantenía intacto, el «partido militar» se mostró como el auténtico partido burgués. En estas condiciones, controló la progresión del peronismo, a quien incumbían la división y la disciplina de la clase obrera. Dado que esta última poseía ya una dinámica autónoma de clase, el gobierno peronista no tenía eficacia a los ojos de la burguesía y no representaba ya nada para el proletariado. El golpe militar de marzo de 1976 fue la consecuencia lógica de este *impasse*.

En Colombia, por el contrario, no hay una auténtica coalición populista militar. El gobierno es ejercido por un presidente elegido por el partido liberal, pero los límites de la acción del gobierno son dictados por las fuerzas armadas, que intervienen cada día más sobre la escena política.

La homogeneidad política de las fuer-

zas armadas en este país no es aún suficiente para permitirles presentarse como una *fuerza de recambio*. Siguen siendo una *reserva estratégica*. El equilibrio político durante los dieciséis años (1958-1974) de «unidad nacional» que ha durado el Frente Nacional (acuerdo entre los dos grandes partidos burgueses para alternar en la presidencia y repartirse los demás puestos clave en la administración) ha permitido evitar los golpes militares y limitar al ejército a su papel «natural». Pero una vez terminado el período del «Frente Nacional», la tentativa de las fracciones más modernas de la burguesía con vistas a modificar en su favor la estructura *congelada* del país no puede sino entrañar una crisis. Detrás de cada una de estas fracciones se puede escuchar el sordo ruido de las botas militares. La política populista del gobierno liberal ha sido inmediatamente sobrepasada por las luchas de masas, que la represión abierta comienza a ahogar. Por otro lado, sin ninguna esperanza de recuperar el poder por la vía electoral, los conservadores llaman ya a las puertas de los cuarteles. Los signos de la ineficacia del gobierno civil alimentan ya la pretensión de los militares al ejecutivo.

EL SEMIPOPULISMO MILITAR

Un tipo de régimen militar particular y específico es el «semipopulismo militar», en el que la primacía coercitiva no existe necesariamente, o es mucho menos pronunciada que en las formas mencionadas hasta ahora. En este tipo de régimen, el ejército intenta —y consigue en cierta medida— jugar el papel de aparato ideológico de masas de ciertos partidos populistas, y asegurarse un mínimo de consenso por un conjunto de reformas sociales y de medidas nacionalistas (o presentadas como tales). No se puede hablar de populismo en sentido estricto, en la medida en que no existe —o existe en un nivel muy débil— una movilización popular en organizaciones de masas sindicales o políticas, como la CGT argentina, la Acción Democrática venezolana, etc. La tentativa de estos regímenes para dotar-

se de instrumentos populares civiles, debidamente encuadrados y animados por militares, se salda generalmente con un semifracaso, del cual el SINAMOS peruano es el ejemplo clásico.

Estos regímenes se caracterizan habitualmente por el *bonapartismo*, es decir, por un grado relativamente elevado de autonomía respecto de las clases dominantes, y por una aparente posición de árbitro por encima de las fuerzas sociales antagónicas. En el bonapartismo militar, el ejército gobierna eliminando el personal político y las instituciones tradicionales (partidos, parlamento, magistrados, etcétera) de las clases dominantes, y realiza una política que intenta obtener un cierto sostén popular, salvaguardando siempre el orden social y económico establecido; todo ello coronado generalmente por un personaje de carácter carismático (el «bonaparte») que ejerce las funciones de árbitro en el seno del mismo aparato militar.

En los años 1940-1950, América Latina ha conocido múltiples ejemplos de bonapartismo militar metamorfoseado en bonapartismo populista civil: éste es el caso de Perón, del MNR boliviano, etc. En el caso de los regímenes militares semipopulistas actuales en el continente, este paso no se ha producido y el Estado mantiene su carácter militarizado.

Los tres ejemplos que se pueden mencionar hoy como pertenecientes a esta categoría son los regímenes de Perú, Panamá y Ecuador. El caso peruano es con mucho el más importante, por la envergadura de las reformas emprendidas y por su impacto político a escala del continente y más allá. Los regímenes de Panamá y de Ecuador parecen reducir su «semipopulismo» a ciertas medidas diplomáticas o económicas en contra de ciertos intereses norteamericanos.

En su análisis del régimen peruano, el sociólogo Julio Cotler define los dos ejes del modelo populista militar como «la modernización del sistema capitalista y la neutralización de la movilización popular»¹³. La modernización significa, por

¹³ Julio Cotler, *El populismo militar como mo-*

una parte, la eliminación de las estructuras oligárquico-tradicionales y, por otra, la reformulación del sistema de dependencia; la neutralización implica la desmovilización de todo movimiento popular que supere el cuadro o los ritmos del proceso de modernización propuestos por el régimen militar.

Las causas del golpe de Estado de octubre de 1968, que derribó el gobierno «constitucional» del presidente Belaúnde Terry, se sitúan en diferentes niveles de la realidad social:

a) la incapacidad del sistema político tradicional para modernizar las relaciones sociales —sobre todo en el campo— y para realizar las reformas necesarias para el mantenimiento del orden social; en particular la impotencia del gobierno y del Parlamento para dominar la resistencia de la oligarquía agraria y para decretar una reforma agraria ya urgente tras los movimientos campesinos de los años 60 y la tendencia de las guerrillas a enraizarse en la población rural descontenta;

b) la crisis de hegemonía, debida al debilitamiento, la corrupción y la desmoralización simultánea del gobierno y la oposición parlamentaria (el APRA), mezclados en escándalos políticos continuados, el último de los cuales fue el acuerdo «cesionista» con la International Petroleum Company¹⁴;

c) el nacionalismo autoritario modernista que constituye la ideología específica de los militares peruanos como categoría social permite comprender su reacción ante esta situación y el establecimiento de la junta «semipopulista» presidida por el general Velasco Alvarado.

Esta ideología comienza a constituirse a partir de 1958 con la formación del CAEM (Centro de Altos Estudios Militares), en el que enseñarán, al lado de los militares tradicionales, economistas *desarrollistas* próximos a la CEPAL (Comisión Económica para América Latina). Va a producirse así una combinación ideológica *sui generis* entre la problemática político-militar de la *counter-insurgency* y las preocupaciones socioeconómicas de tipo modernista y reformador. La conclusión práctica de este aprendizaje será, pues, la

siguiente: el desarrollo económico y el progreso social son las mejores garantías contra la subversión. Como señala en 1966 el sociólogo americano L. North, «la nueva ideología militar preconiza la mejora de las condiciones sociales y económicas para hacer desaparecer todo descontento sobre el que pudieran apoyarse los grupos revolucionarios»¹⁵.

El golpe de Estado de 1968 no es más que el último episodio de una serie de intervenciones políticas del ejército, que constituyen también los jalones de su evolución ideológica hacia una concepción «reformadora».

En 1962, el ejército toma el poder para impedir al presidente electo, Víctor Raúl Haya de la Torre, asumir la presidencia. (Desde 1932, año de la sublevación del APRA en la ciudad de Trujillo, el partido de Haya de la Torre es considerado como un «enemigo histórico» por las fuerzas armadas.) Durante la corta existencia del régimen militar (1962-1963), éste se enfrentará con el mayor movimiento campesino de masas de la historia reciente de Perú, en el valle de la Concepción; la intervención conjunta de las fuerzas policiales y militares conseguirá finalmente aplastar y destruir los sindicatos y las milicias campesinas dirigidas por el marxista Hugo Blanco.

Con la victoria electoral en 1963 de Belaúnde Terry, candidato apoyado por el ejército, éste se retira de la escena política para retornar poco después, en 1965, y hacer frente a un nuevo peligro para el orden establecido: las guerrillas rurales del MIR y del ELN. El estado mayor de las fuerzas armadas impone al presidente la suspensión de la Constitución y la concesión de plenos poderes al ejército, bajo la dirección del general Velasco Alvarado y del general Maldonado (futuros

delo de desarrollo nacional: el caso peruano, Mesa redonda de la International Political Science Association, Río de Janeiro, 1969, multicopiado.

¹⁴ Véase Víctor Villanueva, *O golpe de 68 no Peru, do caudilhismo ao nacionalismo?* Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 1969.

¹⁵ L. North, *Civil-military relations in Argentina, Chile and Peru*, Berkeley, 1966.

dirigentes de la junta de 1968). Esta operación de *counter-insurgency* conseguirá suprimir físicamente a los guerrilleros y sus simpatizantes campesinos.

Estas dos experiencias contribuirán en gran medida a reforzar entre los cuadros militares las conclusiones sacadas de los seminarios del Centro de Altos Estudios Militares: solamente el desarrollo económico, las reformas sociales, la modernización de las relaciones de producción pueden impedir las amenazas al orden establecido y el resurgimiento de los focos revolucionarios y garantizar la paz social y la «seguridad nacional». Según palabras del general Mercado Jarring, ministro de Asuntos Exteriores, en un discurso en la ONU en septiembre de 1969: «Los conceptos de bienestar, desarrollo y seguridad están estrecha y constantemente ligados, ya que la miseria y la explotación que se encuentran en la base de las naciones subdesarrolladas agudizan una situación explosiva cuyas consecuencias no quiero dramatizar aquí con palabras excesivas...» (citado por Julio Cotler, *op. cit.*, p. 12).

En estas condiciones, el escándalo del acta de Talara (el acuerdo entre el gobierno de Belaúnde Terry y la IPC, que contenía increíbles concesiones a la compañía petrolífera americana) no será más que la causa inmediata de la toma del poder por los militares en 1968. El nacionalismo será desde el principio uno de los ejes políticos centrales de la junta semipopulista, cuyo primer acto fue la expropiación de los bienes de la IPC (la refinería de Talara, etc.), seguido de una serie de medidas proteccionistas (200 millas de aguas territoriales, etc.) y, más tarde, de otras nacionalizaciones (Cerro de Pasco Co., etc.).

En todo caso, este conjunto de medidas nacionalistas no consiguió poner en cuestión la misma dependencia, sino sobre todo reformularla en términos más favorables a la burguesía peruana. Así, paralelamente a la nacionalización de la IPC, fueron firmados acuerdos y concesiones petrolíferas con una serie de otras empresas americanas o multinacionales: Occidental Petroleum Corporation, British

Petroleum, Getty Oil, Standard Oil of Indiana, etc.¹⁶.

Por otra parte, el gobierno militar peruano firmó en 1969 un contrato con la Southern Peru Copper para la explotación de los yacimientos de Cuajone, que se encuentran entre los más ricos del mundo; el cobre es desde entonces una de las principales exportaciones peruanas (234 millones de dólares en 1969, frente a solamente 10,9 millones para el petróleo).

Declaraciones diversas y repetidas del general Velasco Alvarado, primer presidente de la junta, muestran claramente los límites del nacionalismo militar peruano y su rechazo a una ruptura global del sistema de dependencia; en un discurso pronunciado el 28 de julio de 1968, el general señalaba: «El desarrollo de América Latina necesita del capital extranjero. Pero este capital no viene aquí por razones filantrópicas. Viene por interés. Se trata, por tanto, de un interés mutuo que debe ser normalizado de forma clara y justa para el beneficio de las dos partes.» Esta moderación explica a su vez por qué las autoridades americanas ven con una cierta comprensión el desarrollo de regímenes similares como el peruano; en su informe al presidente Nixon, en 1970, Nelson Rockefeller escribía: «Un nuevo tipo de militar empieza a aparecer en escena y se convierte frecuentemente en un potente factor de evolución social en las repúblicas americanas. Movido por una creciente impaciencia debido a la corrupción, a la ineficacia y al estancamiento del orden político, el nuevo militar se propone adaptar su tradición autoritaria a fines de progreso económico y social.»

Entre las transformaciones sociales emprendidas por la junta, la más importante

¹⁶ En un artículo titulado «Oil boom in the Andes», la revista norteamericana *Newsweek* señala: «A pesar del hecho de que el régimen militar peruano haya expropiado la International Petroleum [...] va a abrir el país a las compañías extranjeras [...] Por el momento, al menos, Perú, Ecuador y Colombia parecen inclinadas a dar primacía a la producción de petróleo frente al fervor nacionalista» (*Newsweek*, 18 de octubre de 1971).

ha sido, sin duda, la reforma agraria. Limitando la propiedad rural a 200 ha. en la costa y a 165 en la sierra, el gobierno militar ha eliminado las bases económicas de la antigua oligarquía agraria; por otra parte, el sistema de indemnizaciones (los bonos de la deuda agraria deben ser invertidos en la industria) obliga a los propietarios rurales expropiados a convertirse en capitalistas industriales¹⁷.

Los considerandos de la ley señalan que los objetivos de la reforma agraria son, aparte de la «justicia en el mundo rural», contribuir de forma decisiva a la formación de un amplio mercado y proveer los capitales necesarios para una rápida industrialización del país. Se puede añadir a estos fines socioeconómicos una dimensión política, expresada por el general Montagne, primer ministro y ministro de la Guerra, el 19 de julio de 1969: «La ley de reforma agraria es una barrera contra el avance del comunismo.» Todavía es pronto para concluir si estos diferentes objetivos serán o no cumplidos por la reforma agraria peruana, que aparece como la más radical entre aquellas que fueron otorgadas «desde arriba» (a diferencia de las reformas impuestas «desde abajo» por los campesinos, como en México y Bolivia).

El ejército peruano funciona en cierta medida como un partido político de nuevo tipo, con sus «militantes» uniformados, su «comité central» —la asamblea jerárquica de las tres armas—, sus diferentes alas y tendencias ideológicas, etc. A pesar de todo, no puede cumplir con todas las tareas de un aparato político: movilización/neutralización y encuadramiento de las masas populares, etc. De ahí la necesidad que tiene el Estado militar peruano de dotarse de instrumentos civiles capaces de sustituir a los partidos políticos o a las organizaciones sindicales tradicionales, o de competir con ellas: la Confederación de Trabajadores Revolucionarios del Perú (CATRP), el Movimiento Laborista Revolucionario (MLR), etc. (el término revolucionario se refiere a la revolución peruana comenzada en 1968). La más importante de estas instituciones es el SINAMOS (Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social), creado en 1971

y dividido en ocho regiones correspondientes a las regiones militares, en las que el comandante militar es al mismo tiempo el jefe de SINAMOS; el fin de esta estructura es asegurar el encuadramiento de la población sobre una base local (granjas, barrios de chabolas, barrios), e integrar en el aparato del Estado a los sindicatos, ligas campesinas y otras asociaciones populares.

Los motines populares de febrero de 1975 en Lima son un signo de la relativa ineficacia de estas instituciones; por otra parte, los conflictos internos cada vez más agudos en el seno de las fuerzas armadas parecen indicar una crisis del régimen militar (caída de Velasco Alvarado, etc.).

CONCLUSION

Después del 25 de abril en Portugal, muchos observadores se han planteado la cuestión de saber si el «movimiento de los capitanes» portugués iba o no a seguir la «vía peruana». Hoy se comienza, por el contrario, a pensar en la posibilidad de ver nacer fenómenos parecidos al MFA en América Latina.

Desde nuestro punto de vista, el MFA es el resultado de la conjunción de un cierto número de factores específicos de Portugal que tienen pocas posibilidades de encontrarse en América Latina:

a) la crisis de hegemonía de un régimen corporativo totalmente anacrónico, incapaz de asegurar un desarrollo económico y social real;

b) la existencia de un ejército en guerra, con un sistema de reclutamiento forzoso y general, que presentaba una cierta debilidad política en el encuadramiento profesional con relación a la masa de los soldados llamados a filas;

c) la crisis ideológica del cuerpo de oficiales, resultante del *impasse* de diez años de una guerra colonial perdida de antemano;

¹⁷ Véase Aníbal Quijano, *Carácter y perspectivas del actual régimen militar en Perú*, 1970, multicopiado, p. 15.

d) la introducción en las fuerzas armadas de oficiales de «complemento» de origen civil (los *milicianos*) para completar el encuadramiento de los oficiales de carrera, que llegó a ser insuficiente. Estos oficiales «civiles», de origen estudiantil, introducirán un fermento de desagregación ideológica en el seno de la jerarquía militar.

Negar la posibilidad, a corto plazo, de un MFA latinoamericano no significa que las fuerzas armadas y el cuerpo de oficiales permanezcan para siempre inmunizados contra la crisis ideológica que conocen los aparatos ideológicos (universidad, Iglesia, etc.) o políticos (partidos de masas, etc.) del continente. Es, sin embargo, probable que esta crisis no tome formas radicales (análogas a las del MFA portugués) más que en sectores minoritarios y marginales de la jerarquía militar. Para la mayoría de los oficiales de carrera, la elección continuará planteándose, en el

próximo futuro, entre el semipopulismo militar, la retirada parcial de la escena política o la instauración de un Estado predominantemente coercitivo (puede haber combinaciones híbridas entre estos tres modelos: Argentina 1974-1975).

Es difícil determinar con precisión si esta reducción del abanico político de las principales opciones posibles para las fuerzas armadas latinoamericanas es el resultado de factores sociales (origen de clase del cuerpo de oficiales), económico-corporativos (los «privilegios de casta») o ideológicos (conservadurismo autoritario de la formación de los militares). Lo más probable es que se trate de una fusión de estas diferentes determinaciones. El resultado concreto es que las fuerzas armadas continuarán, según todas las probabilidades, siendo en el futuro, como a lo largo de los quince últimos años, los guardianes del orden establecido, modernizadores, reformadores y represivos.

MICHAEL LOWY
EDER SADER

[Traducido de *Tiers Monde*, 68, 1976.]

CAUSA DEL PUEBLO

Box 227
191 23 Sollentuna

SUECIA

Sudestada

Postbus 117 85

Amsterdam

HOLANDA

Los militares en Brasil

LUIS CARLOS PRESTES

-Secretario General
del Partido Comunista Brasileño.-

Artículo publicado en la Revista
AMERICA LATINA, Nro.1, año 1976.



Agradezco a la dirección de la revista *América Latina* la invitación para participar en esta discusión sobre un tema que es sin duda de la mayor importancia y de gran actualidad.

La acentuación de la actividad política de los militares refleja la agudización de la lucha de clases en toda América Latina, como consecuencia de la crisis de estructura, de la miseria creciente de las grandes masas trabajadoras, así como de la total incapacidad del capitalismo para dar solución a los problemas funda-

mentales que afligen a nuestros pueblos. Porque, como expresaron todos los Partidos Comunistas reunidos en la Conferencia de La Habana, sólo el socialismo podrá dar solución a los problemas de nuestros pueblos. El imperialismo de Estados Unidos está obligado a recurrir en América Latina a la fuerza, a la reacción de tipo fascista para intentar contener el movimiento de liberación nacional de los pueblos latinoamericanos, que implícitamente es también una lucha contra el propio capitalismo, parte integrante de la revolución socialista mundial. Con esto no quiero afirmar que el imperialismo haya abandonado la búsqueda de posibles alternativas a la reacción de tipo fascista. Hoy todo indica que parece estar iniciando una tentativa de maniobra política con la bandera de la socialdemocracia, pretendiendo aniquilar la influencia de los partidos comunistas. La Conferencia de Caracas de los principales líderes de la socialdemocracia europea con representantes de diversas corrientes políticas de numerosos países de América Latina nos debe alertar ante esa maniobra.

Esa acentuación de la actividad política de los militares en nuestro continente coloca sin duda en el orden del día para los comunistas la tarea extremadamente difícil pero sumamente actual y decisiva del trabajo en las fuerzas armadas, la necesidad de estudiar la táctica de cada Partido Comunista en lo que se refiere a las fuerzas armadas. Esta tarea no es, ciertamente, nueva para los comunistas, pero ahora es más urgente e indispensable.

Es conocida la afirmación de Lenin de que "el militarismo jamás ni en caso alguno puede ser derrotado y eliminado por otro método que no sea la lucha victoriosa de una parte del ejército popular contra la otra parte"⁷. O, como decía basándose en la experiencia de la Revolución de 1905 en Rusia: "...si la revolución no gana a las masas y al ejército mismo no se puede ni pensar en una lucha seria. De suyo se comprende que el trabajo en el ejército es necesario"⁸.

No podemos dejar de partir de una justa comprensión del papel de las fuerzas armadas en toda sociedad dividida en clases antagónicas. Son creadas e instruidas para actuar como instrumento de dominación de clase. Eso significa que son educadas de acuerdo con los intereses de las clases dominantes; armadas y entrenadas no tanto para la defensa de la soberanía nacional contra un posible enemigo externo, sino principalmente para la defensa del "orden" vigente, del dominio de clase. Este es el papel principal que deben desempeñar. Esto es evidente en toda América Latina donde, principalmente después de la Segunda Guerra Mundial, fue en general entregada al imperialismo yanqui la educación de los militares latinoamericanos. En Brasil, por ejemplo, la propia educación orientada en lo fundamental en el sentido del combate contra el comunismo, lo que se acentuó después de la derrota de la insurrección de 1935, se ha tornado aún más violenta con la contribución del Pentágono que ha mantenido siempre el rumbo a transformar la "guerra fría" en real guerra contra el sistema socialista mundial, más fundamentalmente contra la Unión Soviética y, dentro del país, contra los comunistas.

Pero si este es el sentido en que se desarrolla el factor subjetivo en el seno de las fuerzas armadas, no podemos olvidar que en cada país ellas constituyen una parcela de la población y reflejan, en mayor o menor grado, la composición social y el nivel político de la propia población. No se trata solamente de soldados y cabos —militares de leva—, que provienen en su inmensa mayoría de las clases trabajadoras: obreros, campesinos y pequeña burguesía urbana más pobre. Se trata también de los oficiales, inclusive generales, de los sargentos o graduados, que en una organización disciplinada y jerarquizada, como son las fuerzas armadas, ejercen influencia dominante en los subordinados. Me refiero a lo que ocurre en Brasil, aunque pienso que el fenómeno no es muy diferente en los demás países del continente. ¿Cuál es el origen de clase de dicha oficialidad? Sólo disponemos de la estadística presentada por Alfred Stepan en su libro *Los militares y la política*, donde afirma que más de 70% de los alumnos de la Escuela Militar, donde se forman los oficiales, son de origen pequeñoburgués o de las "capas medias". En mi opinión ese dato puede ser incluso inferior a la realidad porque, de hecho, son los hijos de la pequeña burguesía más pobre los que buscan en Brasil hacer carrera en las fuerzas armadas. Ahora bien, como sabemos, las llamadas capas medias son bastante heterogéneas y sus miembros pueden tener o asumir en determinados momentos posiciones extremadamente diferentes o incluso opuestas, como pueden también mudar rápidamente de posición de acuerdo con las circunstancias. Lenin, en su obra sobre el izquierdismo ya se refería al pequeñoburgués "enfurecido" por los horrores del capitalismo, y

⁷ V. I. Lenin. *Informe sobre la Revolución de 1905*. O. C., t. 30, p. 319.

⁸ V. I. Lenin. *Las enseñanzas de la insurrección de Moscú*. O. C., t. 13, p. 372.

agregaba: "Son del dominio público la inconstancia de estas veleidades revolucionarias, su esterilidad y la facilidad con que se transforman rápidamente en sumisión, en apatía, en fantasías, incluso en un entusiasmo "furioso" por tal o cual corriente burguesa "de moda"⁹. Y, como en las condiciones de América Latina la revolución puede ser iniciada bajo la dirección de la burguesía o la pequeña burguesía, inclusive de los militares, es indispensable que no olvidemos que la revolución democrática y nacional sólo podrá ser llevada a su término si en su proceso la clase obrera conquista la hegemonía para que la revolución no retroceda y sea consecuente, avanzando en el sentido de la transición al socialismo. En tanto esa hegemonía no se consiga la revolución estará siempre sujeta a posibilidad de retroceso.

Pero volvamos al trabajo de los comunistas en las fuerzas armadas. Nuestro partido, el PCB, tiene una larga y variada experiencia en el trabajo entre los militares, teniendo aciertos y éxitos, mas también cometimos graves errores, que provocaron serios perjuicios a la revolución en nuestro país, errores principalmente de "izquierda" y de sectarismo. Realizamos un gran trabajo entre soldados y marineros después del movimiento popular de 1930, pero después de la derrota de 1935 y el fin de la Segunda Guerra Mundial nuestro trabajo se concentró entre la oficialidad por cuanto llegamos, en nuestro país, a una situación idéntica a aquella a que se refiere Lenin cuando afirma que "hacer propaganda entre soldados en servicio activo es difícilísimo y, a veces, casi imposible"¹⁰.

Debido a su propio origen de clase, la oficialidad no constituye un conjunto reaccionario, ni la diferenciación entre los oficiales y sargentos se hace entre una mayoría reaccionaria y una minoría democrática y progresista o viceversa. Desde el punto de vista político, existen en las fuerzas armadas (me refiero especialmente a Brasil) dos corrientes opuestas, correspondiendo en general a los dos grandes campos en que está dividida la sociedad brasileña, el progresista, democrático y patriótico y, de otro lado, el reaccionario, ligado al imperialismo, o entreguista. Pero los componentes de esas dos corrientes constituyen apenas una minoría entre los militares brasileños (los cuadros permanentes de las fuerzas armadas). Son como la vanguardia política de cada una de las dos tendencias citadas. En las fuerzas armadas de Brasil, la mayoría de la oficialidad y los graduados procura mantenerse apartada de la política, reducir sus actividades a la vida profesional y burocrática, haciendo de la carrera militar un medio de vida y procurando encubrir su pretendido apoliticismo con una posición de defensores del orden constitucional. De acuerdo con las circunstancias, esa mayoría puede ser ganada para un lado u otro por aquellas dos vanguardias políticas a que me he referido más arriba.

En este sentido, la experiencia brasileña en el periodo posterior al término de la Segunda Guerra Mundial es bastante rica e instructiva.

Como se dice en el Informe Político del Comité Central al VI Congreso del PCB: "Al final de la Segunda Guerra Mundial se ha abierto entre nosotros un proceso democrático, determinado por

⁹ V. I. Lenin. *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo*. O. C., t. 41, p. 14.

la conjugación de factores internos, derivados del desarrollo capitalista en el país y de la participación de nuestro pueblo en la lucha contra el fascismo, y de factores externos, resultantes de la victoria obtenida por la URSS y otras fuerzas antifascistas, el fortalecimiento del socialismo y del movimiento democrático en todo el mundo". Desde el comienzo de dicho proceso democrático, el imperialismo hizo esfuerzos por contenerlo, utilizando para ello su influencia en la cúspide de las fuerzas armadas de Brasil. Así, ya en 1945, depuso mediante un golpe militar a Getulio Vargas, que llamaba al pueblo a elegir una Asamblea Constituyente. Pese a las grandes posibilidades que el señor Vargas tenía para derrotar a los golpistas, prefirió capitular. Pero la corriente democrática y patriótica en las fuerzas armadas, apoyada en el movimiento de masas en ascenso en el país, no permitió a los generales golpistas suspender o aunque fuera aplazar las elecciones a la Asamblea Constituyente, elecciones en las que participaron los comunistas con su propia candidatura. En 1954, los imperialistas intentaron por segunda vez detener el proceso democrático en nuestro país, deponiendo nuevamente al señor Vargas que había llegado al poder a través del voto popular, por medio de un golpe militar realizado por la élite dirigente de las fuerzas armadas. Pero también esta vez la corriente democrática y antimperialista en las fuerzas armadas, reforzada con la activa participación de los militares en la campaña por la defensa del petróleo y por el monopolio estatal del mismo y en la lucha por el desarrollo industrial del país basado principalmente en los recursos internos, consigue ganar la mayoría de las fuerzas armadas para la defensa de la legalidad constitucional y llevar el país a las elecciones en las que fue electo el señor Kubischek para la Presidencia de la República, con el apoyo de los comunistas.

El imperialismo intenta entonces impedir que el Presidente electo tome posesión del cargo, pero es batido una vez más porque la corriente democrática y antimperialista consigue ganar a la mayoría de las fuerzas armadas y al propio Ministro de Guerra para la defensa de la legalidad contra los generales golpistas.

Más tarde, en 1961, la sorprendente renuncia del señor Jânio Quadros, Presidente de la República, fue una nueva tentativa del imperialismo para frenar en nuestro país el proceso democrático. El PCB eleva entonces la palabra de orden de defender la legalidad constitucional con la toma de posesión del vicepresidente, el señor João Goulart, lo que permitió a la corriente democrática y patriótica (democrática y nacionalista, como la llamábamos) ganar nuevamente para su lado a la mayoría de las fuerzas armadas. Los generales reaccionarios quedaron aislados y, para evitar la guerra civil y su derrota inevitable, buscaron un compromiso político, con el cambio del régimen político presidencialista por el parlamentarista, pero no pudieron impedir, como pretendían, la toma de posesión de la Presidencia de la República por el señor Goulart, lo que condujo a nuevos éxitos en el movimiento obrero y del movimiento democrático y nacionalista. Fue durante el Gobierno del señor Goulart cuando se restablecieron las relaciones diplomáticas de Brasil con la URSS, rotas desde el comienzo de la "guerra fría" en 1947.

Finalmente en 1964, fue cuando el imperialismo estadounidense consiguió la victoria por la que luchaba desde 1945. Había empeorado la situación económica en el país. La inflación galopante

¹⁰ V. I. Lenin. *La propaganda antimilitarista y las organizaciones de la juventud socialista obrera*. O. C., t. 16, p. 114.

en un estado de estancamiento económico colocaba a la nación ante el dilema de revolución o contrarrevolución. Sin embargo no había condiciones para la victoria de la revolución debido a la debilidad de los movimientos obrero y democrático, que fueron incapaces de vencer las vacilaciones de la burguesía y de la pequeña burguesía. Esgrimiendo la "amenaza comunista" o de un llamado "gobierno sindicalista", la corriente proimperialista se presentó como "defensora" de la Constitución y consiguió ganar a su lado a la mayoría de las fuerzas armadas. A esto contribuyó también la posición de las corrientes ultraizquierdistas, contra las que el PCB no entabló combate ideológico a su debido tiempo, corrientes que, en aquel período trataban de crear una fuerza paramilitar. Con el golpe militar reaccionario, más de cinco mil oficiales y sargentos de las fuerzas armadas fueron expulsados de sus filas y se impuso en el país una dictadura militar reaccionaria, que evolucionó, a través de métodos fascizantes a medida que crecía la resistencia popular a la política de la dictadura, al actual régimen militar-fascista.

Han pasado ya más de 12 años desde que se produjo el golpe militar de abril de 1964 y si por ahora no es posible efectuar previsiones sobre la marcha de los acontecimientos, lo evidente es que aumenta la resistencia y la oposición a la dictadura y que la propia pauperización de la pequeña burguesía no dejará de hacerse sentir en las fuerzas armadas. No hay duda de que históricamente la dictadura no tiene futuro y que el pueblo brasileño, teniendo a su lado la parte patriótica de las fuerzas armadas, derrotará al fascismo y abrirá el camino para el socialismo.

Quisiera hacer algunas conclusiones de cuanto he dicho para el caso de Brasil.

1. Los cuadros permanentes de las fuerzas armadas no forman un conjunto reaccionario ni la diferenciación entre ellos se hace sólo entre una mayoría reaccionaria y una minoría democrática, o viceversa. Existe siempre una mayoría pretendidamente apolítica, vacilante, que puede ser ganada para un lado o para otro.

2. Las fuerzas armadas, como parte del pueblo, aunque educada para defender los intereses de las clases dominantes y en el anticomunismo, siempre terminan reflejando el descontento popular con la política del gobierno, factor objetivo que tiende a superar el subjetivo. Entre los cuadros permanentes de las fuerzas armadas se refleja particularmente la situación en que se encuentra la pequeña burguesía urbana.

3. En el seno de las fuerzas armadas, la mayoría vacilante de sus cuadros permanentes es particularmente sensible a los problemas relacionados con el desarrollo económico del país. Esa mayoría inequívocamente da preferencia a las soluciones patrióticas. Quiere decir que no está comprometida con el imperialismo.

4. La mayoría vacilante y pretendidamente apolítica de los cuadros permanentes de las fuerzas armadas sólo admite participar en un golpe reaccionario si le parece que el gobierno se coloca fuera de la ley, o si se ha dejado convencer de esto.

5. Los cuadros permanentes de las fuerzas armadas en general son extremadamente sensibles a las cuestiones de disciplina en sus filas y celosos de su monopolio constitucional de institución armada nacional.

Reflexiones sobre los "mil días" del gobierno de la Unidad Popular en Chile

VOLODIA TEITELBOIM *

Si Lenin tomó muy en cuenta las enseñanzas de la Comuna de París y de la Revolución Rusa de 1905-1907, para sacar de esas experiencias de revoluciones armadas derrotadas las correcciones estratégicas y tácticas que condujeron a la Revolución de Octubre de 1917, para los chilenos es indispensable estudiar a fondo, extraer conclusiones teóricas y prácticas, aprender de lo sucedido en nuestro país durante los mil días de gobierno de la Unidad Popular, con toda su combinación de factores y rasgos típicos y atípicos. Encierran un material de análisis valiosísimo. Allí podremos apreciar a escala reducida, en un microcosmos social, dentro de un escenario localizado de un país de diez millones de habitantes, los caracteres de un drama político universal. Pueden observarse así, ante la realidad de la vida, méritos y tallas, aciertos y errores del movimiento popular. Es posible a la vez establecer los métodos y las técnicas en verdadero manual de cómo la contrarrevolución contemporánea puede ahogar una revolución.

Por supuesto, estos manuales no tienen en política otro valor que señalar un caso específico sujeto a leyes generales, con todas las variaciones y adaptaciones singulares de tiempo y lugar que caracterizan a cada revolución y a cada contrarrevolución.

Podremos, pues, a la luz del examen objetivo intentar la crítica y la autocrítica de lo acontecido, proponer las enmiendas a nuestra actuación, saber cuál es la línea de acción abierta y encubierta del adversario; vale decir, permitirá indagar más claramente en la estrategia y las tácticas propias y en las del enemigo. Será un prólogo a las rectificaciones necesarias para transformar la derrota del pueblo en victoria.

El papel de las elecciones y la «vía pacífica»

A nuestro entender, en última síntesis, los hechos de Chile demuestran que, en determinadas circunstancias, como consecuencia de una vasfa y compleja evolución histórica, tras un laborioso pro-

* Revista Internacional (Problemas de la paz y del socialismo), n.º 1 de 1977 (enero).

ceso de acumulación de fuerzas y de unidad de sectores interesados en el cambio social, es posible alcanzar, a través de las urnas, algo que es mucho más que una mera y aún importante victoria electoral, pero que es a la vez mucho menos que el poder real. Los sucesos de Chile creemos que además prueban que el triunfo con el voto no constituye por sí solo una garantía definitiva de su consolidación. Puede éste convertirse en un significativo paso adelante por un camino generalmente largo, minado, pródigo en curvas peligrosas, que a menudo se desliza entre abismos y encrucijadas. Pero, si no se completa, si no es seguido por la acción desplegada, mayoritaria y a la ofensiva del pueblo para transformar esa victoria en los escrutinios en poder real, refrendado por la disposición y la capacidad de las masas para mantenerlo y defenderlo, contra viento y marea, contra todos los intentos de desconocerlo y destruirlo por parte del adversario de adentro y de afuera; si no lo consigue, es probable, o mejor dicho inevitable, su derrota. En verdad, la victoria electoral habilita para ejercer sólo una parte del poder. Como comienzo de una nueva etapa y culminación de las anteriores, no nace de la noche a la mañana, de improviso, sino que es resultado del conjunto del proceso revolucionario, del desarrollo de la crisis de estructura en el país vinculada a la crisis general del capitalismo y a su agudización. Surge como corolario de la acumulación de factores previos que expresan la maduración de diversas formas de la lucha de clases.

Así se fue creando en Chile una situación prerrevolucionaria. El Partido Comunista concibió siempre el vehículo electoral como una forma de expresión en el combate por la transformación de la sociedad, para la cual había que contar con el respaldo de la mayoría.

El concepto de «mayoría política» es algo más sólido, más integral que una mayoría de votos, relativa o absoluta. Más que una idea aritmética o una noción mecánica, debe responder a un bloque social representativo de la mayor parte de la población. Sin embargo, debe tener además otra característica: la de ser una mayoría activa, vinculada no sólo a la acción continua, propia de un movimiento en desarrollo permanente, sino también animada por el concepto de la necesidad de defender dicho proceso por todos los medios posibles.

Pero dentro del proceso revolucionario chileno constituyó, sin duda, un error haber elevado las formas de lucha a la categoría de esencia, absolutizando en los hechos la vigencia de una sola vía. Esto contribuyó a atar las manos de las masas frente a los virajes previstos o impensados de la situación concreta. Si el desarrollo pacífico de la revolución correspondía a una posibilidad real y traducía la voluntad del movimiento popular chileno, debe contarse siempre con el ánimo adverso del enemigo dispuesto a todo, a impedir por cualquier medio la revolución. La beligerancia y la agresividad del adversario no puede ser una sorpresa. El enemigo opondrá la resistencia más enconada que le sea posible. Y tratará, si puede, de recurrir a las armas contra el pueblo.

A la luz de lo acontecido, pensamos que si en todo fenómeno hay una dialéctica de influencias y la verdad es siempre concreta, con aspectos fundamentales y secundarios, en el caso chileno, dentro de la viva interconexión entre lo político y lo militar, lo fundamental lo constituía, por cierto, lo primero, de lo cual lo segundo,

como se sabe, no es sino una parte, pero una parte sustancial. De allí el valor principalísimo de una política militar del movimiento popular. Ésta no consiste sólo en plantear una conducta respecto de las fuerzas armadas ni redundando exclusivamente en obligación y necesidad de establecer una sólida alianza con su sector potencialmente democrático. Significa también desarrollar una fuerza que pueda actuar, en lo posible, conjuntamente con la parte leal del ejército.

A la luz de esta experiencia, es indispensable lograr que el apoyo al proceso de avance se exprese no sólo en un respaldo de masas sino también en un sostén adecuado de fuerzas militares. Por supuesto, premisa de ello es la política positiva y creadora del movimiento popular sobre la materia, sin excluir, claro está, una responsabilidad particular de los comunistas.

Sobre el problema de la posibilidad del cambio de vía

Es vital, por lo tanto, devolver a este proyecto de desarrollar la revolución su condición eminentemente dialéctica, concibiéndolo siempre como un proceso sujeto a cambios, dependiente del antagonismo de los contrarios, que puede evolucionar, a veces con celeridad vertiginosa —como sucedió en la Rusia de 1917—, a la necesidad de pasar a otra forma de lucha. O sea, la perspectiva de tal o cual vía no puede ser vista como generalidad ni como principio inamovible, inalterable, de aplicación definitiva e inmutable durante un largo periodo histórico. Es posible que en otros países la transición de las formas no se produzca con el ritmo veloz con que sucedió en Rusia durante los meses que precedieron a Octubre; pero no es acertado, según nuestra experiencia negativa, atribuir a las formas de lucha el carácter de *invariante*, de una *constante* que pueda desentenderse de los zigzags y virajes a menudo acelerados de la situación, sobre todo en épocas de crisis políticas y de ásperas contradicciones.

Por supuesto, el tránsito pacífico sólo merece este nombre en cuanto excluye la guerra civil; pero no escapa, por las muchas vicisitudes y peripecias de su trayectoria, a la ley de que «la violencia es la partera de la historia». Debimos haberlo tenido siempre presente, aunque el asunto mismo del cambio de vía presupone tomar otro caballo para avanzar por la historia, y el cambio de caballo cuando se atraviesa el río es siempre difícil, y mucho más difícil cuando no está preparada de antemano la cabalgadura de relevo. Independientemente de tener clara la necesidad de este cambio deben existir la posibilidad y la capacidad de hacerlo. Esto no es un asunto que se decide sólo en el momento del cambio, sino que presupone un largo trabajo previo, una preparación inclusive de años que, el movimiento popular chileno no realizó. Y para ello se requiere organizar, no verbalmente sino prácticamente, la disposición de la vanguardia revolucionaria, a la cabeza de las masas, de aplicar en respuesta los métodos más enérgicos, si la situación lo requiere.

En verdad, en el Chile de la Unidad Popular prepararse para una y otra vía muchos lo consideraron una incompatibilidad absoluta. Porque la Unidad Popular vivió, asimismo, en este aspecto una ex-

perencia que no debe olvidarse: el título legal confiere legitimidad y, por lo tanto, agrega fuerza y puede contribuir, en consecuencia, a impulsar el avance; pero a la vez puede facilitar, en ciertos casos, al enemigo su empresa de preparar la insurrección o el golpe, a la par que puede a veces, cuando se entiende mal, maniatar al pueblo con ligaduras de esa misma legalidad, haciéndole más difícil ejercitar su derecho a legítima defensa. El pueblo no tiene por qué sentirse maniatado, como Gulliver, por las ligaduras de la legalidad, ya que lo primordial es su derecho legítimo. La legalidad debe considerarla también como un arma útil en la defensa de su justa causa y nunca como un cepo o una mordaza.

En efecto, mientras la reacción y el fascismo montaban la máquina de la conspiración, tras el slogan monocorde y majadero de que «la UP se salía de la legalidad», modificaron, agravando, el dicho de Odilón Barrot¹ de la constatación de que «La legalidad nos mata», pasaron a poner en práctica, como un corolario de ella, la consigna «Matemos la legalidad». La Ley de Control de Armas, para citar un caso, se convirtió efectivamente, según lo demostraron los acontecimientos, en una celada para desarmar al pueblo y poder masacrarlo inerte.

En íntima conexión con lo anterior, asumiendo el valor de posible respuesta o proyecto de solución al problema planteado, figura como exigencia básica la participación de las masas. Hemos visto que condición *sine qua non* de la viabilidad de la vía pacífica es el que la idea de la revolución gane la conciencia de la mayoría del pueblo y la impulse a la acción. No existirán elementos propicios para el estallido ni menos para el éxito de un levantamiento reaccionario si se consigue forjar una abrumadora superioridad de fuerzas en apoyo al proceso de cambios. La idea de la mayoría, tan cara a Lenin («La mayoría del pueblo está *con* nosotros», decía a fines de septiembre de 1917),² resulta válida como presupuesto del triunfo en una u otra forma de lucha.

Por lo tanto, el problema de la correlación de fuerzas es, a nuestro parecer, decisivo. Siempre es importante preocuparse de que el frente del cambio sea más fuerte que el de sus adversarios. Y que lo aventaje del modo y en la proporción más contundente posible. Que lo derrote en la suma y en la organización de fuerzas, tanto en el campo político, ideológico, cultural, propagandístico, en todas las esferas de la vida. Este frente amplio no sólo vencerá por el número sino también por la calidad de la unión y de la acción, por su espíritu de ofensiva. Su programa, a la vez, debe ser un común denominador de todos los factores, elementos y fuerzas integrantes, quienes, por lo mismo, se obligan a actuar en conformidad a él, ciñéndose a principios de unidad táctica y estratégica, golpeando todos a una y en igual dirección. Sólo así, actuando como una coalición real, evitando la formación de polos contrapuestos dentro del movimiento y la acción de francotiradores, desarrollando una sola línea programática, se puede derrotar al enemigo. Mantener, extender la amplitud y la fuerza del Frente, robustecer la mayoría, constituye un elemento que, como enseña la experiencia, permite asegurar el curso victorioso del proceso revolucionario.

Reiteramos: el adversario echará mano a la violencia a menos que sea incapaz de recurrir a ella. La revolución puede evitarse el costo de la sangre sólo si la mayoría está en situación de impo-

nerlo y la minoría no está en situación de impedirlo. Este podría ser el período que se vivió en Chile durante los últimos meses de 1970 y parte de 1971. Pero, por todos los medios, el enemigo se esforzará por recuperarse. Por lo tanto, no se trata de un sólo momento de peligro. El riesgo existe mientras subsista la reacción y se acrecienta si ésta consigue trocar la situación en su favor.

Por lo tanto, el problema de la correlación de fuerzas se caracteriza por su fluidez, por la posibilidad de mutación, porque no queda fijada de una vez para siempre, a menos que una revolución consolidada supere esta contradicción interna, elimine las clases antagónicas, para crear una sociedad sin clases.

De algún modo —que no puede equipararse, desde luego, con la situación de Rusia en 1917— en Chile subsistió durante todo el período de la Unidad Popular una dualidad de poderes: un gobierno legítimo, popular, por un lado, y un poder ilegítimo, reaccionario, apoyado por todos los sectores hasta entonces dominantes de la sociedad. Controlaba este último buena parte del Estado, además de palancas fundamentales de la economía y las finanzas, de los medios de comunicación de masas. También tuvo la habilidad de ganar para sus planes —aprovechando vacíos, incompetencias y las disparidades de líneas dentro de la Unidad Popular— a una proporción apreciable de ese vasto mundo, a menudo ambiguo y enraizado en sus valores, de la pequeña burguesía, asustada por el miedo que secretaba a destajo la fábrica de terror psicológico del enemigo. Entendía éste claramente que no saldría con la suya si no conseguía atraer a su lado a los sectores intermedios, con lo cual influiría, además, dentro de las filas de una base social heterogénea, con distintos grados de conciencia política, que no era una masa ideológicamente compacta ni impermeable al clima de histeria ladinamente fomentado por cuenta de la CIA. Si se desplegó una estrategia de masas de la oligarquía, ésta pudo desarrollarla sólo porque contó con el apoyo de sectores extraños a ella, de los cuales no disponía por sí misma como clase. Y si lo consiguió fue porque del otro lado no hubo una respuesta adecuada, una política del movimiento popular que guardara coherencia con su programa e infundiera confianza a estas capas sociales intermedias de que había para ellas un destino en la nueva sociedad.

La responsabilidad de la vanguardia

Sin duda, un factor decisivo para decidir el pleito en beneficio del pueblo estriba en que la dirección del movimiento popular sea acertada, justa, capaz de orientar, de mantener informadas a las masas, de conducir las a la acción necesaria y precisa en una movilización que dé a esa mayoría política una conciencia madura de sus responsabilidades, convirtiéndola en un conjunto de fuerzas conscientes y unidas. Desde luego, el papel del Partido Comunista es insustituible. Como lo es el de los diversos partidos del espectro popular.

El movimiento popular chileno reúne méritos históricos indudables. Reiteró a lo largo de ese período su iniciativa creadora. Aunque en embrión, desarrolló formas de poder democrático que una historia del futuro deberá tener en cuenta como antecedentes úti-

les de una autoridad verdaderamente democrática, capaz de controlar todos los factores caóticos, cuya fuente generadora derive del pueblo mismo, descosos de transformar la naturaleza de clase del Estado.

Pero la llegada a la presidencia de la república de Salvador Allende no podía cambiar por sí sola la naturaleza de clase del Estado ni el carácter de las fuerzas armadas, de la policía, de la administración pública. Para ello, es menester insistir en que un asunto capital en todo proceso por vía pacífica lo constituye la necesidad de garantizar también una correlación de fuerzas militares favorables al desarrollo de la revolución. Se trata de un asunto clave.

Se planteaba a la Unidad Popular la tarea urgente de introducir dichas modificaciones. Se debía al efecto colocar el aparato estatal bajo la presión organizada del pueblo, hasta lograr ponerlo crecientemente a su servicio. Aún más, había que desarrollar una democracia activa, participante, de masas, arrancando a los sectores reaccionarios trozos de su imperio, que fueran siendo transferidos a la conducción de los trabajadores, de los sectores progresistas de la sociedad, en su más ancha acepción.

No se puede decir que el apoyo popular no se movilizó intensamente durante dichos tres años; pero la confusión de objetivos—democráticos, socialistas y el injerto de otros ajenos al programa o inspirados algunos en la más pura utopía— no permitió orientar en todo momento con claridad la iniciativa de las masas, por el camino acertado, ni asegurar en cada combate un respaldo mayoritario, que sí se tuvo, por ejemplo, para una medida tan patriótica y sentida como la nacionalización del cobre.

Recalquemos que el desenlace penoso de dicho capítulo no debe oscurecer un hecho históricamente diáfano: que el gobierno popular, en menos de tres años, realizó una obra enorme. Aunque luego sus logros hayan sido materialmente barridos por el fascismo, son conquistas válidas que, incorporadas a la memoria viva del pueblo, forman parte de un acervo político indestructible. Se transforma en herencia movilizadora que volverá a desempeñar un papel trascendente cuando el país supere la contingencia actual. No es justo mirar en menos esa experiencia adquirida. Debe examinarse de modo serio la inmensa contribución positiva, la riqueza de los aportes creadores del movimiento popular, tan patéticamente interrumpidos durante este lapso negro.

Pero a la vez consideramos que si las masas no viven a diario la escuela del esclarecimiento y de la acción política no pueden empujarse espontáneamente, por mero instinto, al nivel de conciencia necesario para derrotar al enemigo y participar con ojos abiertos en el proceso histórico. En este sentido, *el papel de la vanguardia política marxista-leninista*, incluso en las difícilísimas condiciones del fascismo, tanto en el interior como desde el exterior del país, *asume la responsabilidad de dar en todo momento dirección científica a la clase obrera como al movimiento popular*. En el cumplimiento de su misión capital, al Partido Comunista, como un partido dirigente que, junto a otros partidos aliados, debe responder por el desarrollo del proceso, se le plantean los dos términos de una ecuación dialéctica: *su calidad unitaria* dentro de un movimiento no exento de contradicciones, que a veces pueden agravarse peligrosamente, y *su papel independiente*, como un partido que bajo ninguna circunstancia, ni menos en situaciones de con-

fusión, puede renunciar a su obligación de exponer sus puntos de vista al pueblo y al país, teniendo *in mente* que no puede sino hacerlo con el objeto de fortalecer la unidad y no de debilitarla.

Apuntes sobre cómo la contrarrevolución contemporánea puede ahogar una revolución

No obstante la erosión gradual, sostenida y al final más pronunciada de las posiciones del campo popular —la cual contribuyó al éxito del golpe—; pese al deterioro de la política de alianzas de la clase obrera y a un desmejoramiento notablemente acentuado en los últimos meses de la correlación de fuerzas en el nivel político y militar, se ha dicho que la causa del epílogo negativo de dicho período de la Revolución Chilena no provino de una decisión del pueblo sino de un corte traumático, de una fractura sanguinaria producida por el «putsch» fascista.

Por una parte, se requiere que el proceso disponga de un apoyo mayoritario del pueblo, pero, aunque dicho elemento es indispensable, el curso de la revolución no está aún sólidamente resguardado, libre de ser atropellado, fulminado y desconocido, si el movimiento popular no se encuentra en condiciones de sumar a la razón de la mayoría los medios eficaces para protegerla.

En este orden no hablamos sólo de armas. Para producir efectos en el campo político el imperialismo y la reacción interna desplazaron, en primer término, su ofensiva al terreno en que eran más fuertes y les resultaba más propicio: el campo económico. La combinaron con el terrorismo individual —que hoy día en América Latina es práctica extendida y cotidiana de la regresión política—. Orquestaron todo un clima de fantástico desorden; un caos, como alguien dijo, muy bien organizado. Lo dirigió la Central de Inteligencia de los Estados Unidos, con la preparación artillera de una ofensiva propagandística sin límites ni escrúpulos. Tal vez nunca antes la contrarrevolución hizo un uso tan a fondo, tan masivo, tan perturbador y demoledor de los medios de comunicación de masas, lo cual constituye otra página digna de minucioso estudio por parte de los revolucionarios. Por cierto, tal plan fue favorecido por la falta de una respuesta única, congruente y orgánica del Gobierno. La conspiración se benefició con las dos líneas políticas paralelas que dimanaban del interés de la Unidad Popular. Por otra parte, aprovechó minuto a minuto el alarde verbal del revolucionarismo extremo, que se ufanaba de fuerzas armadas que no tenía. Queremos con esto decir que esa guerra en que no truenan los cañones exige una política única, nítida, y la necesidad permanente de aclarar las cosas ante las masas. La respuesta eficaz sólo será posible si se logra superar el complot del adversario. Esto no involucra, por cierto, la mera lucha entre servicios de inteligencia o de contrainteligencia. Se trata de un combate político total, para desarticular las fuerzas centrales de la conspiración, a nivel de *infraestructura y superestructura*, en el orden económico, psicológico, en el dominio público y secreto, y desde luego, sobre todo, en el campo militar.

Necesidad de repensar el problema militar

Con resultados una vez más trágicos para el pueblo, el enemigo puso de relieve y reactualizó, bajo una luz sangrienta, el papel de las fuerzas armadas. No es sólo la confirmación de una historia secular. Hoy el imperialismo y sus aliados locales tienden aún más que ayer a sacar al ejército de sus cuarteles. Dicha medida envuelve en el fondo un reconocimiento implícito de que el grado de desarrollo y la fuerza del movimiento popular les hace temer por el mantenimiento de su control de la sociedad y del Estado. Es sintomático que no se trate ya de los antiguos pronunciamientos castrenses, que se dieron por centenares durante un siglo y medio de historia republicana en América Latina. No se trata ya de la conspiración contra un conspirador encaramado, ni de un simple cambio de guardia o de mandón en el palacio de gobierno. Hoy, por lo general, es directamente una acción contra el movimiento popular, emprendida sobre todo cuando no tienen otro modo de impedir el triunfo de las fuerzas de avanzada o de anular una victoria ya obtenida por ellas.

Esto obliga a repensar el problema militar, a mirarlo con ojos contemporáneos. Una puesta al día no se concibe si se pierde de vista algo esencial: que se trata por el imperialismo de un ambicioso esfuerzo por insertar a los ejércitos locales latinoamericanos que consiga influir como piezas integradas en la estrategia global del Pentágono. Según la doctrina importada, hecha suya por varias cúspides castrenses criollas, ahora el enemigo principal no está fuera de las fronteras, sino dentro; lo constituye la «subversión interna». Si en un momento el complejo militar-industrial de los Estados Unidos acuñó el principio táctico de la *vietnamización de la guerra* y propuso «que los asiáticos maten a los asiáticos», su lema actual de hecho dentro de nuestro país es «*que los chilenos maten chilenos*», que las fuerzas armadas declaren y hagan la guerra contra el pueblo. De este modo la seguridad de su dominación y saqueo de Chile le saldrá más barata. En tal sentido no deja de resultar descaradamente tragicómica la confesión de Pinochet en Uruguay de que actuó en beneficio del imperialismo: «Estados Unidos —dijo a la letra— para sacar el comunismo de Chile, no disparó un tiro. Esto no fue Vietnam. No tuvo un muerto.» En efecto, no hubo un muerto norteamericano; pero, si muchos miles de muertos chilenos. Esos muertos chilenos Pinochet no los cuenta.

Varios de los estrategas políticos y militares del Pentágono han declarado que la mejor inversión que pueden hacer es preparar oficiales latinoamericanos en sus academias militares, inculcándoles su mentalidad. Así lo han hecho. William Proxmire, senador norteamericano, informaba en 1971 que Estados Unidos había gastado 175.000 millones de dólares en «adiestrar a 420.000 militares de setenta países independientes», entre 1945 y 1971. En 1965 el entonces director de Ayuda Militar, Robert Wood, señalaba orgullosamente que «casi todos los oficiales de América Latina) han recibido adiestramiento, ya sea en Estados Unidos o en Panamá». Hoy recogen los frutos de su cosecha. Han promovido dictaduras militares reaccionarias a su servicio en varios países de América Latina. Conspiran para lograrlo allí donde no lo han conseguido aún.

Aprendiendo en carne viva, debemos, pues, concluir que para asegurar el desarrollo pacífico de la revolución es indispensable hacer imposible que sectores reaccionarios de las fuerzas armadas las conviertan en el verdugo y en el sepulcro ensangrentado del movimiento popular. O sea, es necesario que el ejército no se comporte como un apéndice, como superpolicía, como tropa colonial criolla a las órdenes del Pentágono, ni oficie como compañía de seguros de vida o guardia pretoriana del monopolio y del latifundio.

Una de las mayores debilidades del movimiento popular chileno fue que este problema se planteara mal, pobre y vergonzosamente, más bien a niveles de personalidad, excluyendo la participación que les correspondía a partidos de fuerte raigambre popular y a las masas mismas. Se mantuvo largamente en el mando a jefes militares y de policía que aparecían remisos al cumplimiento de sus deberes. No se conocía con exactitud el pensamiento interno (por no decir íntimo) de muchas jerarquías castrenses (y el caso de Pinochet es el más abismante, pero de ninguna manera único), lo cual denotó una falla suicida de los servicios de información, en gran parte infiltrados por los conspiradores. Además fue negativo para todo el proceso la falta de cohesión del gobierno en el apoyo al gabinete encabezado por el general Prats y la posterior eliminación de éste del Comando en Jefe del Ejército. Creemos sinceramente que también nosotros, comunistas, adolecimos de un vacío histórico, por la insuficiencia y la debilidad de nuestra política militar y ante las fuerzas armadas.

¿Cómo lograr un cambio positivo en el ejército? Lograrlo es empresa muy ardua. Pero es y debe ser posible. Para dar una respuesta correcta es preciso analizar su naturaleza social y su composición de clase, su función a través de la historia, su papel actual en la sociedad y los mecanismos o, mejor dicho, la dialéctica de su comportamiento.

Las fuerzas armadas latinoamericanas no son entes abstractos ni instituciones diabólicas, eterna e ineluctablemente destinadas a masacrar pueblos. No es el caso mencionar el carácter esencialmente diferente de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba, nacidas de una revolución socialista triunfante. En otros ejércitos del continente —donde no se ha producido una revolución— se dan fenómenos que desautorizan una interpretación fatalista, de pesimismo definitivo sobre el problema. Ya Carlos Marx vislumbraba en el ejército español dos vertientes (e históricamente, como escuela de formación, mentalidad, ambiente y contorno humano, éste tiene algo que ver con los ejércitos de la América Hispana); veía dibujarse en él dos alternativas de conducta política social que continúan siendo válidas. Advertía en sus filas el reaccionarismo obtuso, pero también —como lo demostró el levantamiento de Rafael Riego— una posibilidad latente de iniciativa revolucionaria. Hay que reconocer, sin embargo, que no ha sido históricamente ésta la característica dominante sino la otra: ser garantía armada del régimen de opresión establecido.

Por supuesto, la primera alternativa no puede manifestarse sino en épocas de crisis política. Lenin subrayaba precisamente la relación viva entre el desarrollo del proceso y la agudización de la inquietud dentro del ejército. O sea, establecía la correspondencia

entre el despliegue del movimiento revolucionario y su reflejo en el interior de las fuerzas armadas.

No faltaron entusiastas de la teoría del «particularismo» chileno, «que sostenían que en cierto momento hubo «neutralidad» política por parte del ejército. En honor a la verdad, debe recordarse que siempre éste actúa bajo el influjo predominante de una clase o de un movimiento. Es utópico pensar en la neutralidad política del ejército. *Cosa distinta es producir, en una situación determinada, un periodo de neutralización*, como resultado de la lucha exterior y dentro de las fuerzas armadas, para impedir que se consumen los planes del sector fascista de conducirlo al golpe reaccionario, apoyándose el pueblo para ello en el sector constitucionalista existente en el interior. Ese concepto de *neutralización* puede ser momentáneamente válido dentro de una concepción pacífica de desarrollo de la revolución.

El origen de clase de los miembros del ejército es un dato de primera importancia; pero en definitiva el hecho de que su mayoría sean hijos de obreros y de campesinos pobres sólo se expresa de modo manifiesto hacia el exterior y actúa abiertamente, de modo masivo, bajo el estímulo de una coyuntura revolucionaria y a condición de que exista una organización, un trabajo en el interior de los cuarteles. Mientras esa coyuntura no se produzca, impera y rige la estructura jerárquica, el régimen de coacción interna y el miedo al castigo. Se siguen observando, por lo general, las reglas draconianas de la disciplina prusiana, ajena y contraria a la disciplina consciente. Trata precisamente de amputar o prohibir toda expresión propia del soldado. Deforma en él el reflejo condicionado de la obediencia ciega a órdenes que incluso repugnan a su sentir. Se le inculca la desfiguración sistemática del pensamiento. Se impone a muchos una falsa conciencia social, lo cual obliga a un trabajo político e ideológico mucho mayor y más calificado por parte nuestra.

Aparece como aceptado por estudiosos del problema que dentro del ejército chileno se perfilaban antes del golpe tres tendencias, clasificadas sin gran precisión científica como sectores 1.º «constitucionalista» o «patriótica», 2.º profesional y 3.º «fascista». Dicha clasificación mantiene en sus trazos gruesos su vigencia potencial y vale como una aproximación relativa; pero sería mecanicista si no se diera al dinamismo del proceso, a las modificaciones introducidas posteriormente por factores internos y externos, toda su capacidad de influir alterando dichos lineamientos. La lucha, que es también, por supuesto, ideológica dentro de la sociedad chilena, no obstante el monopolio de la información ejercida por el Estado totalitario, no deja de existir ni de proyectarse al interior de las fuerzas armadas. A este proceso de esclarecimiento en el ejército —que es también de gradual toma de conciencia— deben dar un aporte activo el movimiento popular y democrático, los sectores antifascistas del país.

Existen elementos objetivos: profunda, desastrosa crisis económica; vacío político en torno a la Junta; aislamiento internacional, repudio de la gran mayoría del país, lo cual crea un clima favorable para desplegar dicha acción. Al cabo de tres años de dictadura maduran a la vez diversos factores subjetivos. Se ha robustecido en el último año el papel de la clase obrera. El Partido Comunista, no obstante la persecución salvaje, no deja de impartir orien-

tación, funcionando de dirección a base, a través de todo Chile. Se reestructuran a nivel nacional los principales partidos populares de oposición. Se ahondan las grietas dentro del grupo dominante. Sectores del ejército son sacudidos gradualmente por la comprobación diaria del rechazo creciente, por la abrumadora convicción de que la camarilla castrense no sólo no ha solucionado ningún problema del país sino que los ha agravado todos. Penetra y cunde en las filas la fuerte condena que suscita el ejercicio del terror desenfundado, la crueldad sin parangón de la Junta y los abusos incontables de la DINA, bajo directa dependencia de Pinochet, con su tenebrosa caza del hombre y la proliferación de las listas de «desaparecidos», sombría nómina de prisioneros de la Gestapo criolla, cuyo arresto ésta se niega a reconocer.

El combate, desde luego, asume caracteres cruentos, que la opinión internacional conoce. No sabemos exactamente cuánto durará. Abreviar dicho calvario depende en parte apreciable de nosotros mismos, de la Unidad Popular, de todas las fuerzas antifascistas. Aprendiendo las cien lecciones de la experiencia chilena, muchas amargas, otras luminosas, todas útiles, creemos que el pueblo está abriendo con su lucha infinitamente sacrificada y azarosa, pero creciente y organizada, la ruta hacia un cambio en la situación, que permita un día no sólo devolver Chile a su pueblo, sino contribuir a aclarar ciertos problemas teóricos y políticos de palpitante vigencia que aún continúan pendientes.

1. Odilón Barrot: político conservador de los tiempos de la Segunda República en Francia. Sus conocidas palabras «la legalidad nos mata» reflejaban las intenciones de los representantes de la reacción francesa, a finales de 1848 y comienzos de 1849, de provocar un levantamiento popular y, habiéndolo aplastado, restituir la monarquía. Véase sobre el particular la Introducción de Engels para la edición de 1895 de la obra de C. Marx *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850. Obras escogidas*, 1973, Moscú, Ed. Progreso, t. I, p. 206 (ed. en español).

2. V. I. Lenin. *Obras Completas*, 2ª ed., Buenos Aires, Cartago t. XXVII, p. 129.

3. Fernando Rivas y Elizabeth Reimann. *Un caso de penetración imperialista*. Ediciones 75, México, D. F., p. 7.

Estudios

M. Tulbovic

C.P. 7198, Momentano

Roma

ITALIA

informaciones y documentos

Box 546

135 25 Tyresö

“El M.L.N. (Tupamaros)

es un foco y un partido.”

ANDRES CULTELLI

El 13 de noviembre de 1972 el dirigente del Movimiento de Liberación Nacional, MLN (T), Andrés Cultelli, invitado por la Liga Suiza de los Derechos Humanos, ofreció una conferencia pública en Ginebra seguida de un debate durante el cual Cultelli respondió a las distintas preguntas que se formularon.

El texto que publicamos fue revisado por el conferencista y divulgado por la prensa suiza.

-Quisiera saber cómo puede definirse a los Tupamaros? Como un foco armado o bien como un partido?

★-El M.L.N (Tupamaros) es un foco y un partido. Es un foco porque, -a través de la lucha armada-, se ha propuesto generar una conciencia política revolucionaria o la toma de conciencia por grandes masas. Por eso empezó por ser un foco. Y es, a su vez, un partido porque tiene un conjunto de notas típicas que caracterizan a los partidos. Tiene un Reglamento, tiene un Programa de Gobierno, tiene una Organización que se regula por el principio del centralismo democrático. Esta organización comprende no sólo el aparato militar, en sus distintos niveles, sino, también, todo un aparato político que se desarrolla a su vez, con varios niveles, según la conciencia que corresponda a los miembros. En otros términos: es un partido de masas y es un partido de cuadros dentro de un complejo de organismos que, en el plano militar, se dividen en columnas y, en el plano político, en células y grupos que actúan en los centros de trabajo, en los medios estudiantiles, en los barrios, y que coordinan por seccionales - que responden a un centro zonal o provincial, los que, a su vez, dependen de un aparato político central ligado a la dirección central del MLN (T). En las propias columnas del aparato político-militar, existe una división y coordinación de trabajo en equipo en tres aspectos fundamentales: 1) división militar, 2) división técnica o de servicios y 3) división política. Estos tres factores forman un todo y constituyen los ingredientes básicos de la guerrilla como van guardia o aparato mínimo organizativo. Fuera de esta esfera, pero vinculada a sus órganos de Dirección, se desarrolla el trabajo político en los frentes de masas. En este gran esquema organizativo, el método principal de lucha es el de la lucha armada pero no es el único. Al método de lucha armada se subordinan las otras formas de lucha. Pero allí donde ello es posible, se realizan actividades legales en el plano de la lucha de masas. Dentro de la organización política se realizan actividades clandestinas pero ellas son, preponderantemente, legales y se vinculan a las reivindicaciones corrientes de las masas en el orden comunal, barrial, laboral, etc. aprovechando, dentro de lo posible, los resquicios de legalidad del régimen. El MLN (T) es una organización muy flexible, con distintos organismos en los que rige, -como dije antes-, el principio del centralismo democrático pero, también, una gran descentralización impuesta por la naturaleza de la lucha y por la actividad de los aparatos represivos. Puede agregarse, para terminar, que, tanto en el plano militar como en el político, rige el principio de la dirección colectiva a todos los niveles organizativos.

-Creo que los problemas sociales no son, a pesar de las apariencias, problemas económicos sino, esencialmente, morales. Es peligroso exagerar el rol del factor económico. Al respecto, me gustaría formular una pregunta precisa. En el Tercer Mundo existe una plaga mayor, que es el analfabetismo. La verdadera vida cívica no existe, ya que no puede haber ciudadanos donde no hay un nivel suficiente de instrucción. Hemos oído muchos detalles sobre la situación económica del Uruguay. Me gustaría que el conferencista nos proporcionara indicaciones sobre el grado de alfabetización de las masas populares; el grado actual y, también, el grado que ha precedido esa especie de viraje al fascismo que el conferencista nos ha explicado por la crisis económica, el miedo a la revolución y el crecimiento del fascismo, cuadro que nos recuerda muchas cosas a nosotros los europeos.

★-Contestando al interpelante, vamos a decir que en América Latina hay 300 millones de habitantes. De ellos, las dos terceras partes están mal vestidos, mal alimentados y mal alojados según lo documenta el científico Josué de Castro en su libro "Geografía del hambre". Yo he vivido en zonas rurales y he podido ver cómo para una familia entera hay apenas una cama, cuando la hay. Recuerdo haber estado en un pueblo -Constitución- en el norte del país y al haber llegado la hora del almuerzo, al mediodía, continuarse con el mate amargo porque no había otra cosa que yerba en la casa. He visto como los niños se acostumbran a ver llegar las horas de la cena o del almuerzo sin movimiento alguno en la cocina y como se adaptan a existir con el estómago lleno de aire. Yo mismo trabajé -en mi juventud- en los arrozales donde había que hacer jornadas de sol a sol dentro del agua y las sanguijuelas se nos prendían por todas partes. En esas condiciones parecería imposible que queden reservas morales para poder cultivar el espíritu. Acaso, -teniendo como punto de referencia un mundo desarrollado como éste y al no estar familiarizado con el drama de la miseria en América Latina-, pueda compartirse la afirmación del interpelante. Pero en América Latina y en el Uruguay el problema material es básico, sin el cual no es posible proponerse la alfabetización o cultivar a los hombres en los planos morales o espirituales.

-Cómo era antes?

★-La pregunta es pertinente y, al respecto, conviene señalar que el Uruguay de antes -como lo dijimos en la conferencia- era un país de alto nivel cultural y económico salvo en el medio rural, donde viví en mi adolescencia, y en los clásicos cinturones de miseria de los pueblos y ciudades del interior. De todas maneras, y por el desarrollo tan importante de sus clases medias, se le consideraba una isla en relación a la miseria generalizada de los otros pueblos latinoamericanos. Pero el batllismo, -que fue progresista en época de José Batlle y Ordoñez-, dejó intacto el problema del latifundio y, también, el del latifundio, sin cambiar la estructura de la economía agropecuaria. La tierra continuó concentrándose en pocas manos y ello dió lugar a los males sociales conocidos, -que arrancan de 1870-, con el alambramiento de los campos y la expulsión de las familias "agregadas" en las estancias. Estas familias eran 20 000, según un censo realizado a principios de siglo por la Federación Rural del Uruguay, y continuaron multiplicándose con el tiempo formando los mal llamados "pueblos de ratas".

-La población estaba alfabetizada o era analfabeta?

★-El Uruguay era una isla. Se le llamaba la Suiza de América porque el índice de analfabetos apenas alcanzaba al 10%. Eso era antes: hasta el 55. Pero a partir de 1955 se empezó a dar este proceso de deterioro de la economía, de los servicios públicos, de la enseñanza, a que hemos hecho referencia en nuestra exposición. Sólo en Montevideo, en este momento, hay 40 000 niños que no pueden concurrir a la escuela primaria.

-Me gustaría saber si el MOVIMIENTO DE LIBERACION de Uruguay tiene relaciones con el Movimiento de Liberación de Perú?

★-Comienzo por declararle que no tenemos relaciones con el Movimiento a que ha hecho referencia. De todos modos y de una forma general, ya que el tema ha salido, podemos decir que en Perú hay un régimen "sui generis" o especial que se caracteriza por haber dado algunos pasos positivos en la lucha anti-imperialista y por haber modificado la correlación de fuerzas en América Latina. No obstante, es un régimen con luces y sombras, con contradicciones cuya solución todavía no podemos señalar qué rumbo tomará. En definitiva, y sin abrir juicios sobre el destino de ese régimen, decimos que tiene aspectos positivos pero que será la dialéctica de la historia quien dirá la última palabra.

-Cuál es la situación actual del MLN (T) y cuáles son sus perspectivas?

★-El Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros), ha recibido rudos golpes en su aparato militar durante los ocho primeros meses de este año. Pero no ha fracasado ni está destruido como lo han señalado ciertos medios de comunicación. El aparato político de masas, de donde procede el reclutamiento, está intacto como dijéramos antes. Los grupos o las células que, en el marco de nuestra tendencia, actúan en los barrios, centros de trabajo, medios estudiantiles y universitarios, definiéndose con una línea política propia, pueden realizar tareas clandestinas o legales. Generalmente tienen un funcionamiento o fachada legal o suelen actuar al amparo de organizaciones de masas legales. Sus miembros no son sabidos por los agentes de la represión. Cuando mucho, algunos pueden ser sospechados en razón de las posiciones que sostienen en una asamblea o mitin. Desde luego que no faltan aquellos que se "queman" y deben ser puestos en cuarentena si son objeto de seguimiento, o destinados a cumplir actividades que no sean públicas. La destrucción de este aparato político es imposible porque él está fraccionado y repartido en todos los lugares y a todos los niveles de la vida social, política y sindical. Además está favorecido por la radicalización general de las masas, resultante de una crisis económica cada vez más aguda e insostenible. En el seno de ellas se mueve "como pez en el agua". Tal es así que las propias fuerzas armadas uruguayas han declarado "que el aparato político del MLN (T) está intacto y que por ello los tupamaros siempre pueden reorganizarse". Incluso los ministros de Defensa Nacional e Interior fundaron, a fines de setiembre último (1972), la necesidad de prorrogar por tiempo indeterminado el estado de guerra interno sobre la base de que "han ganado una batalla, pero no la guerra".

El propio general Líber Seregni, líder del Frente Amplio, fue más lejos todavía al afirmar, el 25 de agosto de este año (1972, : "Para obtener la paz hay que impulsar los cambios... Una violencia puede aplastar otra, eso no implica que cambien las condiciones generadoras de la violencia que enfrenta y esto es grave, es nuestra principal preocupación. Ya hemos expuesto nuestro criterio: el exterminio de orientales en subversión no termina con las causas de la subversión sino que las vuelve a alimentar. La política de exterminio no extermina nada; esa es su contradicción".

En suma: los innumerables patriotas muertos en combate en el curso de este año, los que simplemente fueron asesinados al encontrárseles sin armas o por efectos de la sistematización de las torturas, no hacen más que desatar mayores rebeliones en el pueblo y poner en crisis la resistencia de aquellos que todavía acariciaban la posibilidad de que en el país fuera posible alcanzar cambios de estructura mediante métodos políticos pacíficos. Las condiciones subjetivas, son, pues, cada día más favorables a la aplicación de la violencia política como única forma de tomar el poder. Esto es axiomático en el seno de la juventud uruguaya. Por tanto: a mayor violencia represiva, mayores condiciones para el ejercicio de la violencia revolucionaria. La lucha de clases, con ello, llega a su máxima expresión.

Si esto es así, deviene incuestionable que el MLN (T) es indestructible, habida cuenta de su flexibilidad táctica, tanto en el aspecto de la acción militar como política, de su riqueza organizativa y de la gravitación que tiene en el corazón del pueblo uruguayo. Estos días leíamos un folleto de Lenin ("El Socialismo y la Guerra") y comprobábamos cómo la línea política y organizativa del MLN (T) coincidía, de extremo a extremo, con la directiva que él formulaba cuando escribía: "Sin renunciar en ningún caso ni circunstancias a aprovechar para la organización de las masas y la propaganda del socialismo la más pequeña posibilidad legal, los partidos socialdemócratas deben romper con el servilismo ante la legalidad. "Tirad vosotros primero, señores burgueses", escribía Engels haciendo alusión, precisamente, a la guerra civil y a la necesidad para nosotros de infringir la legalidad burguesa después de que la misma burguesía la hubiese violado. La crisis ha demostrado que la burguesía está violando la legalidad en todos los países, incluso en los más libres, y que no se puede llevar a las masas a la revolución sin crear una organización clandestina que propague, discuta, aprecie y prepare los medios revolucionarios de lucha". (Pág. 24, Editora Política, La Habana, Cuba 1963).

Como dijéramos antes, la lucha armada no es para el MLN (T) la única forma de lucha revolucionaria. En el segundo semestre de 1971 el MLN (T) decretó una tregua de las acciones militares, con motivo de la campaña electoral (después de haber declarado su apoyo crítico al Frente Amplio) y, durante ese período, las formas simplemente políticas de lucha pasaron a transformarse en el objetivo principal de la militancia tupamara.

Desde luego que, para el MLN (T), es un hecho incuestionable que la toma de conciencia política por la masa y los individuos que la componen es cualitativamente distinta según tenga por fuente el foco armado operante o las formas

tradicionales del quehacer político de la izquierda. Cuando la desalienación y ruptura de la conciencia con el sistema capitalista se genera en la guerrilla, el individuo arranca pensando al margen de la legalidad burguesa. Si el movimiento dialéctico de la conciencia lo hace avanzar en su conciencia política, - identificada con el quehacer revolucionario de la guerrilla, el individuo se siente motivado por poderosos estímulos que lo tensionan y lo revolucionan interiormente, colocándolo frente a graves contradicciones de clase que debe resolver antes de asumir el compromiso militante. Por ello debe llevar la lucha de clases en el interior de su conciencia hasta sus últimas consecuencias para poder resolver la contradicción principal resultante de verse ante el riesgo de tener que pasar a la clandestinidad, si es detectado por los servicios de inteligencia, con todo lo que ello significa: pérdida del trabajo, separación de su familia, desprendimiento de sus intereses materiales, etc., y ello, aunque sólo se resuelva a actuar a un nivel muy periférico, o sea, a nivel de la tendencia política en los frentes de masas. Si continúa avanzando en su compromiso, a través de los distintos niveles organizativos del MLN (T), -como suele ocurrir generalmente-, entonces las contradicciones que ha de resolver y los contenidos de clase que debe vencer en su conciencia, son mayores: las nuevas opciones lo colocan ahora ante el riesgo de perder la libertad o la vida en la lucha. Estos estímulos, tan cruciales para su maduración y la de su personalidad y para desterrar de su conciencia los contenidos de clase depositados por la educación y la influencia de la sociedad burguesa, no tienen lugar en el militante cuando se inicia a la lucha mediante la acción política legal o expresa su conciencia de clase a través de ella. Por eso tenemos que distinguir entre grados y formas cualitativas de la conciencia de clase. Las que se manifiestan en el marco de la guerra revolucionaria y las que tienen lugar fuera de ella. Con todos los grados y matices que pueden darse en uno y otro campo, con retrocesos y estancamientos, cual los que se dan en militantes que suelen fijar su conciencia en una etapa de la lucha; que no avanzan conforme a los movimientos y cambios del mundo exterior y de los correlativos cambios dialécticos que deben operarse en el quehacer político-militar, para que la organización revolucionaria pueda estar a la altura de los nuevos tiempos. Sabido es que, en tiempos de revolución, el movimiento y el cambio de las cosas es muy rápido.

Por otra parte, en el orden militar, la situación del MLN (T) es de repliegue y reorganización. En este aspecto hay dos problemas a resolver: 1) reponer las pérdidas sufridas y 2) colocar al aparato militar en condiciones de enfrentar la nueva situación, que nace después del 14 de abril de este año (72) y que constituye una etapa cualitativamente distinta a las anteriores.

La cuestión principal, pues, no es reponer las pérdidas sufridas para volver a accionar y retomar la iniciativa. Eso es fácil si se tiene en cuenta las reservas de todo orden de que dispone el MLN (T) y su experiencia al respecto. No hay que olvidar que, después de diciembre de 1966, la represión proclamó su aniquilamiento. Lo mismo ocurrió después del 8 de octubre de 1969 (Pando) y, también, cuando la caída de Raúl Sendic y de tantos otros compañeros en agosto de 1970. Proporcionalmente, y teniendo en cuenta lo que era la organización en las fechas preindicadas y lo que es en 1972, las pérdidas en hombres y cosas no son más severas ahora que las sufridas en las anteriores adversas circunstancias. Después de cierto repliegue e intervalo operativo, siempre fue posible remontar a nuevos y más eficaces niveles de acción político-militar.

Por cierto que, además, nos hemos hecho autocrítica. En virtud de ella, comprobamos que se cometieron serios errores desde el punto de vista táctico militar. Ellos consistieron en valorar mal la situación y considerar como hechos aislados los golpes recibidos el 14 de abril y días siguientes y no como una ofensiva planificada y a fondo; en no ordenar una inmediata respuesta que desorganizara al enemigo y quebrara sus planes, en una línea de flexibilidad y sin jugar las fuerzas, como corresponde a las leyes del accionar guerrillero, pero sin perder la iniciativa, etc.-

La cuestión más difícil en estas circunstancias, y la que demandará más tiempo e ingenio para su solución, es que la clase dirigente uruguaya apretó a fondo el acelerador de la contrarrevolución. Llevó la guerra hasta sus últimas consecuencias. Acaso no tenía otra salida en razón del crecimiento y capacidad operativa alcanzada por la guerrilla, en su fase más plena de dualidad de poder y porque la crisis económica era de tal índole que la propia existencia del régimen era ya incompatible con el quehacer revolucionario y amenazaba con derrumbarse. Ahora mismo se esperan -para diciembre próximo- cierres en cadena de establecimientos comerciales e industriales.

En consecuencia, la lógica de la guerra desembocó en sus máximos extremos, en el plano de los hechos, y, entonces, el Uruguay conoció la sistematización

de la violencia represiva en los mismos términos en que se aplica en Viet-Nam , en Guatemala o en Brasil. Esa clase dirigente, asociada al imperialismo, no concibe la necesidad de cambios de estructura que afecten sus privilegios. No tiene otro expediente político que las recetas del Fondo Monetario Internacional , traducidas en la congelación de los salarios y en la represión, a fin de pavimentar el terreno para las inversiones extranjeras mediante una "pacificación" social alcanzada a fuego y sangre. Cuando se rompen todas las vallas existentes -como sucedió en Uruguay- para llegar a estos extremos, no hay retroceso.- Las leyes propias del proceso fascista son las que determinan la conducta del poder político, fuere este civil o militar. Las etapas anteriores, durante las cuales las fuerzas represivas debieron medir sus actos a efectos de cuidar su imagen, pasaron a la historia. También los años 1969, 1970 y 1971 en que, salvo excepciones, los prisioneros del MLN (T) no eran torturados. Fueron años en que los militantes de otras organizaciones, cuando eran detenidos, recibían un duro trato de la represión al carecer del respaldo de una política de represalias - contra los torturadores como la aplicada por el MLN (T) contra jefes policiales.

Por tanto, de lo que se trata ahora es de poner el aparato político-militar de la Organización a nivel cualitativamente distinto al que pudo tener en etapas anteriores. Hay muchos problemas nuevos a resolver y frente a los cuales debe procederse cuidadosamente y sin apresuramientos. Está documentado en nuestras tesis de uso interno -que pronto daremos a publicidad- que siempre concebimos el proceso revolucionario uruguayo como una guerra larga, con altibajos, pero en la que se daría la conjuntura insurreccional que nos colocara en condiciones de lanzarnos al asalto del poder e inaugurar una revolución social.

-Qué piensa Ud. de las fuerzas armadas y de una eventual colaboración de los tupamaros con los militares ?

★-Los mandos de las fuerzas armadas tienen problema de conciencia por los recientes crímenes cometidos y por los métodos medioevales que la oficialidad viene aplicando con los prisioneros políticos. Ellos saben que procedimientos tan bárbaros han deteriorado su imagen ante las grandes masas e incluso en sectores del centro y de la derecha política. Dentro de su estrategia, enderezada a sustituir progresivamente el poder civil, sienten que las repercusiones de sus actos no son buenas. Cuanto han hecho de inhumano, no responde más que a los intereses impopulares de la oligarquía y el imperialismo. Cuando pulsán la opinión pública sobre tan triste papel, comprueban que el pueblo está claro a este respecto y entonces se proponen modificar las imágenes que fluyen de sus actos. Por ello han incursionado en el área de los delitos económicos sin entender que la corrupción constituye uno de los efectos y no la causa de un sistema económico y político que impone males e infortunios a las clases populares.

En el Uruguay no existen posibilidades de una salida "peruanista" porque la CIA ya tomó nota de esa experiencia y tiene suficientes controles para impedir su repetición. Y porque, además, la tendencia peruanista en las fuerzas armadas es minoritaria y no alcanza para producir un pronunciamiento de tal índole. Como tendencia y, también, porque las fuerzas gorilas y fascistas al contar con mandos de tropas son mucho más significativas en el seno de las fuerzas armadas. Los legalistas, o de centro, acaso sean la mayoría pero suelen ser muy vacilantes y, generalmente, se inclinan ante quienes tienen mayores poderes concentrados en el ámbito de su institución. Los oficiales que son de izquierda : tupamaros, comunistas, etc. son también minoría y, generalmente, cumplen funciones administrativas toda vez que han sido detectados por el SIM (Servicio de Inteligencia Militar).

Con éste panorama, sólo pueden esperarse pronunciamientos militares "Made in USA". Más, si se tiene en cuenta que la tercera parte de los oficiales uruguayos han pasado por cursos en Panamá y en otras escuelas del Pentágono dentro del Programa de Asistencia Militar (PAM), al que está ligado Uruguay.

En tales condiciones parecería innecesario puntualizar que el Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros) no ha colaborado con las fuerzas armadas. Eso sí: hay dos o tres personas que, a raíz del rigor represivo, se han transformado en traidores de la Organización y colaboran con las fuerzas armadas. Es el caso de Héctor Amodio Pérez que, por eso mismo, ha sido condenado a muerte por la Dirección del MLN (T).

-EL MLN (T) atraviesa actualmente una crisis en su historia. No se trata solamente de saber lo que sucede en Uruguay. Lo que interesa saber es qué pueden esperar de nosotros aquí, en Europa, los revolucionarios de Uruguay?

★-Le contesto a su pregunta. Primero: estas cosas y otras que podemos decir sobre los hechos, importa actualmente divulgarlas en oposición a las deformaciones que en materia de noticias divulgan las agencias internacionales. Segundo: el Uruguay se está vietnamizando progresivamente. En consecuencia, va a ser necesario el concurso solidario y efectivo de todas las personas preocupadas por el destino de la humanidad, en favor de la lucha de liberación que allí se está librando y que, lógicamente, será larga y demandará muchos sacrificios.

-Quisiera hacer una pregunta relacionada con el plano interno, con el plano económico. Quisiera saber si el Uruguay con sus riquezas económicas puede vivir en circuito cerrado o si está obligado a relacionarse económicamente con los otros países para mantener intercambios económicos. Las ideas que expone el conferencista nos remonta a lo sucedido en España en 1936, cuando se pensaba que un cierto cambio podía hacerse en un sólo país al margen de los demás. Yo pienso que es necesaria una cierta solidaridad entre todos los pueblos latinoamericanos para poder encontrar una solución económica en esa zona y no creo que la lucha solitaria de un sólo país latinoamericano asegure su liberación y el mantenimiento de su independencia. La lucha debe situarse en otro plano: en el plano internacional; primero, en el plano latinoamericano y luego en el contexto internacional.

★-La respuesta que podemos dar es muy objetiva y, además, se remite a los hechos. El punto de vista señalado por el compañero es muy ideal pero no se traduce en el plano de la realidad. Hay un concepto importante que podemos manejar aquí y es el de la conciencia posible. En estas circunstancias históricas, la conciencia posible hace que la lucha se desarrolle en cada país. Ojalá que en el curso de un tiempo breve sea posible desenvolver la lucha como usted la plantea. Hoy por hoy sólo es posible -de acuerdo con el nivel de conciencia y maduración política de los pueblos- que se realice la lucha en cada país, en primer término, a partir del análisis concreto de la situación concreta.

-No... yo hablo desde el punto de vista económico y pregunto si el Uruguay puede bastarse a sí mismo y si puede vivir...

★-Le contesto: en términos ideales nosotros somos partidarios de la integración latinoamericana. Artigas ya lo había propuesto en el siglo pasado pero, para que ello sea posible es necesario que haya cambios de estructura en América Latina porque, de lo contrario, la integración se hace dentro de las redes de los monopolios imperialistas internacionales. La ALALC es un ejemplo de esto -que digo: es una integración digitada por las directivas del FMI y las grandes empresas imperialistas que se han instalado en la zona. En beneficio de ellas es que se hace la integración. La integración de América Latina será una realidad cuando los pueblos se hayan liberado, sean independientes y puedan promover su desarrollo sin influencias foráneas y sin la explotación imperialista.

-No estoy del todo satisfecho y, si usted lo permite, quiero llegar hasta el fondo de mi pregunta. Digamos, entonces, que un país consigue desarrollarse y luego es boicoteado económicamente por todos los otros países que lo rodean. -Puede este país vivir por sí mismo y desarrollarse o su economía no le permitirá dejar de ser tributario de países extranjeros?

★-Queremos decir, a este respecto, que, difícilmente, la economía de un país puede ser autárquica...

-Ahí está! Eso es lo que quería oírle decir.

★-... sobre todo tratándose de un país subdesarrollado. De todas maneras -diré que Cuba fue bloqueada por el imperialismo y pudo desarrollar su economía. Creo que el Uruguay también puede subsistir y concluir por desarrollarse a pesar del bloqueo imperialista. Yo he pasado por Cuba antes de venir a Suecia y pude comprobar que su economía está en situación de despegue y desarrollo y -puede comprobar que su economía está en situación de despegue y desarrollo y -ello ha tenido grandes repercusiones en el plano educacional, por ejemplo. Hay que ver lo que significa la Isla en cuanto al progreso económico y social. La enseñanza, por ejemplo, es obligatoria hasta los 18 años y, naturalmente, las posibilidades de desarrollo de la personalidad alcanzan niveles desconocidos -en América Latina.

Presidente: -Veo muchas manos que se levantan y ello prueba el interés que ha despertado en ustedes esta conferencia. Les ruego que sean breves.

-Cuál es su opinión sobre la actuación de las iglesias en el contexto de la lucha del pueblo uruguayo ?

★-En lo que se refiere a los protestantes invoqué, durante la conferencia, algunos de sus pronunciamientos más recientes y que considero altamente positivos como aportes al triunfo de la revolución en el Uruguay. Debe tenerse presente que, en estos mismos momentos, hay pastores que han sido encarcelados y sobrellevan -como presos políticos- los martirios impuestos por los esbirros en los distintos campos de concentración.

La iglesia católica uruguaya es muy progresista y renovada. Las nuevas tendencias post-conciliares han calado nondo en ella y la propia jerarquía explica la guerrilla tupamara por sus causas socioeconómicas, afirmando la necesidad de cambios de estructuras como una condición necesaria para la pacificación del país. Ha condenado, además, las torturas infligidas por el régimen contra los presos políticos y todos los abusos de la represión. En su actitud militante se ha opuesto al método de la lucha armada, pero ha dejado librado a la responsabilidad de sus fieles su participación en ella si estiman que la opresión y la violencia del régimen dan mérito al ejercicio de la violencia revolucionaria.- Por eso el MLN (T) cuenta con muchos católicos en su seno. Varios sacerdotes han sido torturados, imputándoseles ser tupamaros, sin descontar a innumerables legos. Tampoco podemos olvidar la virtud de un sacerdote ejemplar, Indalecio Olivera, muerto en un combate entre tupamaros y fuerzas represivas.

A partir del célebre Juan XXIII, en la mayoría de los católicos uruguayos se produjo un profundo proceso de desalienación que los condujo a un riguroso examen de conciencia. La conclusión resultante fue advertir que la iglesia tradicional había estado al servicio de los ricos y que lo que procedía en adelante, conforme al Cristo Evangélico, era ponerla al servicio de los pobres sin escatimar ningún sacrificio para contribuir a la liberación de los oprimidos.

-Los tupamaros han perdido su mejor líder. La represión gubernamental no se ve a la larga favorecida por la existencia de la organización clandestina ?

★-Primero: la represión nace y se desarrolla en el Uruguay a partir de 1968 y a consecuencia de la crisis económica y contra el movimiento sindical y la lucha por el aumento de los salarios. Esto, que hemos calificado de fascismo colonial, consiste en desarrollar una política económica de salarios congelados para tener una mano de obra barata para los monopolios y se puede sostener, únicamente, a través de una gran represión. Eso es lo que ocurre, también, en el Brasil. En definitiva, con o sin lucha clandestina, la represión persistiría igual. Basta ver lo que ocurre en Brasil, donde la guerrilla no actúa desde hace mucho tiempo y, sin embargo, la represión sigue igual a fin de mantener una mano de obra barata y esclava al servicio de los monopolios imperialistas. La estrategia criminal del gobierno brasileño consiste en dejar morir lentamente a los presos políticos en islas donde se les inyecta la malaria y otras enfermedades tropicales para exterminarlos. Por lo tanto, el dilema es someterse a la opresión o de lo contrario luchar por la liberación. La lucha podrá aumentar o no la represión pero, en definitiva, es necesaria para conquistar la liberación de los pueblos.

Voy, ahora, a contestar la primera parte de su pregunta: la referente a la caída del compañero Raúl Sendic. La caída del compañero Sendic no constituye un hecho irreparable. Recuérdese que en el epílogo de "Actas Tupamaras" sostenemos: "La labor de dirección, lo mismo que todas las otras, son en la guerrilla urbana como una carrera de postas: cada compañero debe estar pronto para llevar la antorcha determinado trecho y de pasarla sin riesgos para la organización si es que él llega a caer. En tal sentido la organización debe prepararse con igual criterio, en todos sus niveles; no pueden haber secretos técnicos en una sola mano; no pueden haber compañeros ni organismos insustituibles".

En el orden interno del Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros), el compañero Sendic figura entre los más destacados militantes pero su opinión es una más en el organismo que le toque integrar dado que el principio de la dirección colectiva se aplica a todos los niveles. Sin lugar a dudas, es Sendic uno de los compañeros a quien más le debe la Organización. Por su voluntad de sacrificio, por su austeridad personal, por esa especie de instinto político que le permite ubicarse de inmediato, y con claridad, sobre cualquier problema, por su tenacidad respecto de cuanto se propone, incluso en la defensa de una tesis errónea. Sendic, como cualquier otro compañero, sea cual fuere el nivel que en el plano organizativo le toque actuar, ha participado en diversas acciones por-

que para el MLN (T) es una regla que todos y cada uno deben participar de los riesgos que impone la acción y porque no se tiene la condición de cuadro político-militar sin foguearse y madurar en la acción militar y en la formación política. La práctica en los dos campos es inseparable de la condición de tupamaro, sin perjuicio de lo que pueda aportar la teoría. No se puede ser un combatiente sin estar claro por qué se lucha y contar con una formación política adecuada pero tampoco se es un militante político del MLN (T) sin haber pasado por la prueba de la acción militar y la formación que le es inherente.

El compañero Raúl Sendic no es el líder del MLN (T) porque la organización tiene dirigentes, no líderes. Raúl Sendic es el líder de los trabajadores rurales del norte del país y el fundador de la "Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas" (UTAA). Desde 1963 -año en que Sendic debió pasar a la clandestinidad- esta organización sindical lleva su figura en los estándares que empuñan rudas manos proletarias en mitines y marchas combativas. Hasta el día de hoy estas demostraciones están encabezadas por la siguiente consigna: "POR LA TIERRA Y CON SENDIC". Raúl Sendic es, además, un héroe nacional y, por eso, el compañero que tiene más prestigio en el seno de las masas populares uruguayas. Su característica personalidad ha trascendido las fronteras del Uruguay. Por ello, y habida cuenta de la experiencia que arroja el asesinato del también heroico Comandante Che Guevara, las fuerzas armadas y la CIA trataron de salvarle la vida después de recogerlo gravemente herido en combate.

La presencia y el ejemplo de Sendic para el pueblo uruguayo valen tanto con él vivo o muerto.

-Yo quiero preguntar si los tupamaros son un grupo autónomo, como en el Brasil donde los grupos de lucha armada son autónomos con respecto a los partidos de izquierda. El partido comunista y el socialista no participan directamente en la lucha armada sino que tienen un trabajo diferente o trabajan a nivel de sindicatos. Los tupamaros o el MLN son autónomos o el partido comunista y el partido socialista forman parte de él?

★-Bien; el MLN (T) es independiente del Partido Comunista y del Partido Socialista. En consecuencia, se regula por sus propias autoridades sin ingerencia de otros partidos o grupos. Sin embargo, nosotros desarrollamos, en el plano interno y en el internacional, una actitud muy amplia con respecto a los demás sectores de izquierda con los cuales tenemos o deseamos tener relaciones fraternas.

-En el Uruguay, a raíz de las últimas elecciones, se formó el Frente Amplio que recogió más de 300.000 votos en una población de 3 millones. El Frente Amplio está integrado por el Partido Comunista, el Partido Socialista, el Partido Demócrata Cristiano y otros partidos independientes. Mi pregunta tiene que ver con la que se propuso recientemente. Yo no quiero que los asistentes a esta conferencia tengan una idea errónea acerca de lo que pasa en Uruguay. Aparte de los tupamaros existe este Frente Amplio que tiene relaciones con el movimiento tupamaro pero también discrepancias. El Frente Amplio tiene 5 Senadores y 18 Diputados; yo querría que el conferencista me diga cuáles son las relaciones entre el Frente Amplio y los tupamaros.

★-Dentro de las limitaciones que me impone el hablar en público, trataré de dar una respuesta muy genérica a su pregunta. A partir del desarrollo y crecimiento del MLN (T) se crean en el país tres cosas nuevas. El foco armado provoca un gran proceso de desalienación a nivel político; también, como consecuencia del accionar de la guerrilla, se produce una polarización política e, igualmente, se produce, a consecuencia de la guerrilla, de la acción de los estudiantes -con sus barricadas en las calles- o de las huelgas obreras, una radicalización y crecimiento de la represión. El proceso de desalienación comprende grandes áreas de la población. Se origina en la guerrilla, tiene incidencia en el Frente Amplio y en los resultados de las elecciones. El fenómeno de la polarización incide, también, en la creación del Frente Amplio y en los resultados electorales. Debe tenerse en cuenta que la izquierda, en su conjunto, solamente recogió 80.000 votos en las elecciones anteriores (1966). En las elecciones del año 1971 (noviembre), alcanzó a 304.000 votos. Nunca se ha visto, -hablando históricamente-, que los votos de las izquierdas se multiplicaran de esta forma. El proceso de polarización, a que hice referencia antes, dió lugar a que la Democracia Cristiana y sectores del Partido Nacional y del Partido Colorado pasaran a integrar el Frente amplio porque de lo contrario deberían votar, según la Ley de Lemas, dentro de otro "frente": el colorado, que era el frente del fascismo y las fuerzas represivas. La otra opción era concurrir electoralmente en forma independiente. Las fracciones que así lo hicieron quedaron reducidas a su mínima expresión a raíz de la polarización electoral.

En definitiva el Frente Amplio, en sus fundamentos y en sus resultados, tiene algo que ver o mucho que ver con los efectos de la polarización y de la desalienación provocadas por la guerrilla. Debo recordarles, para dar un ejemplo, - que en julio ppdo. se realizó un acto público en el cual habló un sólo orador - en representación de dos senadores y de 9 de los 18 diputados del Frente Amplio y de otras organizaciones. En ese discurso se estableció la siguiente línea política: en primer término se planteó la liberación de todos los presos políticos y, en segundo lugar, la participación activa del pueblo en la lucha revolucionaria. En consecuencia, puede usted sacar las conclusiones que ello significa. Pero esto no quiere decir que el Partido Comunista, el Partido Socialista o el Demócrata Cristiano y los otros sectores de la izquierda no contribuyan a la lucha del pueblo uruguayo. Ellos juegan un papel también valioso, a su manera. Pero usted, que es uruguayo, no puede incurrir en un paralogismo de falsa oposición, como diría Vaz Ferreira. No es cuestión, pues, de oponer el Frente Amplio al MLN (T) o viceversa.

-En caso de que se produjera la conquista del poder de que nos habla el Señor Cultelli, cuál sería la forma política que, en espíritu de los miembros del Movimiento, podría tener el gobierno de la República?, qué clase de instituciones tendría y si se considera posible aprovechar las estructuras políticas existentes y la colaboración con la realidad política existente ahora o habría un cambio total?

★-Nuestros muertos, los patriotas muertos, no pueden ser traicionados. En consecuencia, una vez que tomemos el poder, haremos una revolución social con todos los cambios de estructura que sean necesarios para promover el desarrollo de la economía y de otras áreas que aseguren el bienestar humano. El MLN (T) -, por su gravitación notoria en los medios universitarios, tiene los técnicos suficientes para encarrillar el país por los cauces de la reconstrucción y para crear un nuevo Uruguay. El país tiene que desarrollar una política soberana, independiente de toda ingerencia extranjera. En definitiva, buscaremos el camino que corresponde a la realidad propia del país.

Podemos agregar que nosotros tomamos del marxismo el método como herramienta científica para efectuar el análisis de la realidad y como guía en nuestro quehacer revolucionario. No somos partidarios de efectuar pomposas declaraciones en el plano teórico, ni creemos tener posiciones acabadas a este respecto. -Nuestras concepciones teóricas y políticas son muy amplias desde que en nuestras filas hay militantes que provienen de distintas escuelas filosóficas. Nuestro objetivo estratégico no es fundar una academia para purificar las corrientes del pensamiento contemporáneo, sino hacer una revolución. Y, volvemos a repetir, una revolución no se realiza sin la participación activa de las masas y sin el concurso de los amantes sinceros de la justicia social. Fueren católicos o protestantes, comunistas o socialistas, revolucionarios independientes o demócratas sociales. La única condición común a todos ellos es que participen, de algún modo, en la lucha por la liberación nacional, de acuerdo con los dictados de la conciencia posible de cada uno. A veces esa conciencia posible, que nunca debe forzarse o pedirle más de lo que pueda dar, sólo se expresa aportando a la guerrilla una información importante, un material valioso o una contribución en dinero. Pero la conciencia política y sus grados no son estáticos, salvo excepciones. Entonces la misma persona, que antes hizo un aporte circunstancial, da un paso más y cede su casa para una reunión clandestina, presta un vehículo -dentro de ciertas reglas-, o mantiene a un clandestino por la noche en su hogar, etc. Si todavía sigue avanzando, concluye por integrar el Movimiento y su compromiso lo coloca en el riesgo de poder perder la vida o la libertad y hace, entonces, suya nuestra consigna antiguista de "Libertad o muerte". Naturalmente que a mayor integración dentro de los distintos niveles de la Organización, requerirá el militante mayor formación teórico-política y técnica. A veces esta formación, como puede ser entendida en Europa, no es posible. Hay muchas veces o casos en que la experiencia dura de la vida la sustituye dado que la Organización no alcanza, siquiera, a alfabetizar al militante. Es el caso de nuestros "peludos"; así llamamos a los asalariados rurales del norte del país, que tanto han contribuido a la implantación del segundo frente o guerrilla rural. A partir de 1966 ellos integran las primeras listas de presos tupanaros y forman parte de nuestros mártires. En una reciente encuesta hecha por las FFAA, sobre la base de un total de 862 presos políticos, entre los miles existentes, el 8% eran "peludos".

En José Artigas, el prócer del Uruguay, y en sus gloriosas tradiciones históricas, se enraiza el MLN (T). El es el continuador de su ejército popular y el depositario de sus enseñanzas en la lucha contra el poder extranjero y contra "los malos americanos" o latifundistas. La vocación nacionalista y la defen-

sa de la soberanía, inscripta en las banderas de aquellos tupamaros que siguieron al Libertador, son de la misma esencia política por la que los actuales tupamaros dan su sangre. La Reforma Agraria, la nacionalización del comercio exterior, de la banca y de la gran industria, -que integran nuestro programa de gobierno-, constituyen las principales soluciones a los problemas del Uruguay de hoy pero representan, también, el propósito de reivindicar al Prócer hasta ahora traicionado.

-Yo quisiera preguntarle cómo ve el MLI (T) a los restantes movimientos - que se han creado en América Latina con el objeto de liberarse de la dominación imperialista ?, cómo los aprecia ? y cómo los evalúa ?

★-En la Argentina, en estos momentos, hay actividades guerrilleras de gran importancia y que se efectúan cotidianamente. Este nuevo desarrollo de las guerrillas argentinas abre una nueva perspectiva en cuanto a la participación de las grandes masas en la lucha por la liberación. Respecto al Perú, he dado nuestra opinión. En lo referente a Chile, consideramos que el proceso seguido por el gobierno popular ha significado pasos muy positivos en su primer año de gobierno. Estos se refieren a la afirmación de su soberanía y a la lucha anti-imperialista. Sin embargo, por los medios políticos a través de los cuales se realiza este proceso, él debe sortear un conjunto de contradicciones que hacen muy difícil, y cada vez más difícil, su gestión. Contradicciones a nivel de la Unidad Popular, contradicciones a nivel de los partidos obreros, contradicciones entre el programa de la Unidad Popular y la legalidad burguesa, que limitan y paralizan al Gobierno. Contradicciones entre el gobierno popular y las fuerzas armadas, dado que allí las fuerzas armadas con una institución de clase. Contradicciones entre la Unidad Popular, el Parlamento y el Poder Judicial; contradicciones entre el gobierno popular y una derecha muy poderosa y fascista. Todo esto permite concluir que el destino del régimen chileno es muy incierto por las trabas que a sus buenos propósitos opone la legalidad burguesa.

En Colombia hay guerrillas asentadas que combaten en las selvas y hay, también, actividad clandestina en las ciudades. La lucha es difícil pero puede producirse un remonte. Por otro lado, en la Guatemala, martirizada y esclavizada por el imperialismo, hay acciones armadas esporádicas.

Finalmente, tenemos a Cuba. Revolucionaria y vanguardia de Latinoamérica. Por la gallardía de su lucha anti-imperialista, por la voluntad combatiente y por la madurez política de su pueblo. Porque en la Isla gloriosa la construcción del socialismo va ! Es una realidad tangible en todas las manifestaciones de la vida. El florecimiento del Hombre Nuevo, de que hablara el heroico Comandante Che Guevara, es algo de carne y hueso, con lo cual uno se emociona e ilumina en todas partes. Pero Cuba también es la vanguardia. Porque practica con amplitud el internacionalismo proletario cediendo, por ejemplo, todos sus créditos de este año, y más, en favor del gobierno popular chileno; apoyando, sin condiciones y con gran esfuerzo, a todos los movimientos revolucionarios que luchan contra las oligarquías y el imperialismo en nuestro continente.

-Cuál es la posición del Brasil, -fuere desde el punto de vista político o desde el económico-, con respecto al Uruguay ?

★-La intervención del Brasil en los asuntos uruguayos es creciente y notoria. Se ejerce a través de la economía, pues el Uruguay le está debiendo, en estos momentos, alrededor de 200 millones de dólares. Es decir: la balanza de pagos es desfavorable al Uruguay en 200 millones de dólares. Pero, además, en oportunidad de realizarse las elecciones de noviembre de 1971, el Brasil apostó 100.000 hombres en la frontera uruguaya para presionar en ese proceso electoral e intervino directamente en el mismo pertrechando a las bandas fascistas que atentaron contra los locales del Frente Amplio y contra distintas personalidades de la izquierda. Los brasileros han instalado en el Uruguay un gran aparato de inteligencia que funciona, además, junto a los servicios uruguayos. Asimismo tienen representación activa a todos los niveles de inteligencia nacionales, participando en sus operativos. Personalmente, puedo decir que cuando caí preso - fui interrogado por un uruguayo, un brasileño y un yanqui. Los allanamientos y asaltos a la Universidad de la República se han efectuado con participación visible de los brasileros. Siguiendo la línea de los Sionistas de Israel se han dedicado, en estos últimos tiempos, a comprar estancias en el Uruguay y, particularmente, en zonas fronterizas.

-En "L' HUMANITE" del 25 de setiembre de 1972, el periodista comunista uruguayo Niko Schwarz publica una nota en que dice que "en abril la situación fue peligrosa"; "que los fracasos de los grupos que practican las tácticas de sensación política y de terror individual, no son sólo políticos y de organización, sino que, también, son ideológicos"; que "el fracaso sobre la línea, -lo que no

quiere decir que este movimiento no pueda reaparecer en otro momento-, es la de mostración del carácter falso, negativo, de toda concepción que sitúa la metodología arriba de la teoría". "El precio pagado es alto y doloroso; sus objetivos, tal como se deduce de los últimos documentos del MLN, esta organización se contenta con ser reconocida o que una situación de facto favorable a ella se en camente en el poder. Esto es: que éste o aquél gobierno acepten la existencia de este grupo". Y concluye Niko Schwarz: "Bien que todavía las amenazas sobre las libertades democráticas no son todavía reales, bien que hay todavía muchos prisioneros políticos y que la práctica de la tortura es un hecho reconocido, el clima político conoce una cierta mejoría y las luchas populares se desarrollan". Qué opina usted de estas afirmaciones que le he citado ?

★ -Nosotros no practicamos la guerrilla verbal en el ámbito de la izquierda. Cuando formulamos una declaración, ella es para enjuiciar al enemigo común: la oligarquía y el imperialismo o para explicar una acción con la que hemos golpeado a estos en los hechos. Generalmente tenemos buenas relaciones con todos los sectores de la izquierda. Sin descontar algunos altibajos en esas relaciones, y cuando hacemos contactos con las direcciones de esos sectores, les recordamos - que en tal o cual oportunidad hemos sido objeto de ataques infundados y que la lucha ideológica es bueno desarrollarla con altura, sin calificativos, con objetividad y sin deformar los hechos o las posiciones sobre los que ella versa. Somos contrarios a todo oportunismo y a todo sectarismo. Tenemos paciencia y no nos inquietan las críticas. Nos definimos teóricamente más por la aplicación de una línea política y los resultados concretos que ella arroje que por la polémica verbal. Esta, a menudo, se transforma en un diálogo de sordos en el que cuentan más las calificaciones agresivas, entre unos y otros, y donde suele perderse de vista el enemigo común y derrocharse preciosa militancia que estaría mejor empleada en el quehacer específico del proceso revolucionario. Hacer una revolución, lógicamente, no es cosa fácil ni siquiera posible sin el concurso de las grandes masas. Hay veces en que nos conformamos con neutralizar a algunos sectores de opinión, considerando que es mejor eso, aunque sea poco, que tenerlos como enemigos y porque por algo se empieza... Nunca atacaremos a nadie, ni estableceremos nuestras diferencias tácticas frente a otros sectores de la izquierda, utilizando "documentos" que emanen de la reacción y, menos, las simplificaciones o "slogan" con los cuales nuestro enemigo de clase preten de caricaturizar a quienes amenazan sus privilegios.

Nuestra estrategia política nos conduce a realizar o preveer alianzas para acumular fuerzas y nos obliga a una gran amplitud en las relaciones con los demás sectores de la izquierda, sean cuales fueren sus tácticas o las formas de lucha que utilicen para llegar al poder. Pensamos que de esa manera aceleramos el proceso revolucionario y, por tanto, ahorramos la sangre generosa de tantos patriotas que luego podrán emplear sus fecundas energías en la construcción del socialismo.

Aplicando esta línea en lo externo, en la gira que hacemos en representación del MLN (T) por Europa hemos mantenido relaciones con toda la izquierda, sin exclusiones. Con partidos comunistas y con organizaciones maoístas, con católicos y protestantes, con socialistas e incluso con representantes del Partido Socialdemócrata sueco. Hemos dialogado, también, con un representante del Ministerio de Relaciones Exteriores de Suecia en un programa de televisión en el que participó, además, el delegado de ese país ante el Consejo Mundial de Iglesias. La revista teórica de la socialdemocracia sueca nos publica un extenso trabajo. Otra revista, "Kommentar", de los jóvenes más radicales de aquel país, dedicará el próximo número a la inclusión de una grabación de más de dos horas en la que se nos formularon diversas preguntas sobre el proceso revolucionario uruguayo. El Partido Socialista suizo, aquí, en Ginebra, ha prometido publicar tres artículos en distintos periódicos. No sabemos decir que pasará en otros países de Europa porque es Suiza el segundo país que visitamos. Creemos que, de esta forma, estamos contribuyendo a que los problemas de nuestros pueblos explotados de Latinoamérica sean comprendidos por amplios sectores de opinión y que, además, se advierta que nuestra causa, la de los tupamaros, forma parte de los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo. En ese sentido queremos destruir la imagen de terroristas con la cual nos califica la contrarrevolución uruguaya y sus agentes internacionales. A propósito de esta imagen, cabe recordar lo que escribía Lenin en "La guerra de guerrillas": "El marxismo en modo alguno se limita a las formas de lucha posibles y existentes solamente en un momento dado, sino que reconoce la inevitable necesidad de formas de lucha nuevas, desconocidas para quienes actúan en un período determinado y que surgen al cambiar la coyuntura social dada". Y más adelante, refiriéndose a una guerrilla muy primaria en relación a la que actualmente practica el MLN (T),

agrega Lenin: "La lucha guerrillera es una forma de lucha inevitable en tiempos en que el movimiento de masas ha llegado ya, de hecho, hasta la misma insurrección y en el que se abren intervalos más o menos grandes entre las "grandes batallas" de la guerra civil".

"Lo que desorganiza el movimiento no son las acciones guerrilleras, sino la debilidad del partido que no sabe tomar en sus manos estas acciones".



Golpes y contragolpes de la lucha ideológica

Régis Debray

Una tesis política se elabora ante todo por antítesis. Trivialidad que no deja de tener consecuencias: la antítesis imprime su sello invertido a la tesis cuya aparición condiciona y, por este hecho, anuncia la desaparición. No puede eludirse la fatalidad de este "muere y realízate". En esto también la historia —un momento determinado de la lucha ideológica en América Latina, la cual es siempre más encarnizada en período de reflujo— ha impuesto su marca a las proposiciones resumidas por *¿Revolución en la revolución?*

"Únicamente en la lucha puede desarrollarse el marxismo." Si se admite este aserto: que el conocimiento del movimiento real es en sí mismo un movimiento real, sujeto a la misma contradicción motriz; que el desarrollo de la teoría revolucionaria no sigue una línea apartada de la del desarrollo de la lucha de clases, en un medio aséptico y neutro, según una continuidad rectilínea; sino que las mismas leyes que rigen el desarrollo de las luchas de clases rigen también el desarrollo de la teoría de esta lucha —admítase entonces que la contradicción habita en el más dogmático de los enunciados. No la contradicción en abstracto, sino una contradicción determinada, concreta, inserta en la lucha contra el "peligro principal" del momento que no era el mismo en el momento precedente ni seguirá siendo el mismo en el momento siguiente. Cada época política tiene su orden de prioridades teóricas, su jerarquía de las urgencias. Dime de qué tienes que defenderte, y te diré lo que tienes que decir. Todas las obras mayores o menores de la historia marxista, las que cuentan, tanto como las que no cuentan, las obras teóricas (hay que dejar al término "crítica", en el subtítulo de *El capital*, su ambivalencia —kantiana y polémica) como las obras ideológicas, las obras de ciencia como las obras de coyuntura, podrían ir o van efectivamente precedidas de la preposición "contra". Es propio de la esencia de todo enunciado materialista dialéctico colocarse en oponente, desarrollarse por negación de la negación contraria. Ahora bien, divulga-

do fuera de su contexto, difundido fuera de su "momento actual", el relativo se encuentra disociado de su correlativo y transformado en absoluto, en dogma. Descondicionar una tesis, cualquiera que sea, es desfigurar su contenido.

No traemos a colación estos principios elementales de la crítica histórica en busca de un refugio filosófico, a fin de eludir una responsabilidad política personal. No tenemos por qué pedir disculpas en nombre del carácter polémico de *¿Revolución en la revolución?*: la polémica no es únicamente la atmósfera, el elemento en que se mueve por naturaleza toda investigación ideológica y política, sino su motor, su razón de ser. Cuando las condiciones objetivas de la polémica desaparecen, la teoría marxista muere con ellas. Debemos explicar únicamente a qué nos ha expuesto la polémica, lo que es diferente. Nos ha arrastrado en esta dinámica propia de la lucha ideológica —y que no hemos sabido controlar, aunque no depende por entero de la voluntad individual— según la cual la corrección de una desviación produce una desviación de sentido opuesto, la rectificación de una posición errónea tiende a producir un error inverso hasta que la experiencia misma (porque estas correcciones sucesivas no se hacen, repitémoslo, en el seno de una continuidad teórica, sino a partir de una experiencia real examinada críticamente) impone una nueva rectificación. Esta corrección por entrecruzamiento es un *proceso*, no es instantánea, la producción de la línea acertada supone el tiempo necesario para que la línea errónea desarrolle sus errores en una práctica, y después el tiempo para que la corrección se desarrolle hasta poder corregirse a sí misma. No cansaremos al lector con los ejemplos célebres de esta ley trivial: que examine la historia de la formación del partido bolchevique, la historia de las etapas atravesadas por la III Internacional y la historia más contemporánea del Partido Comunista Chino. Lo importante es comprender por qué, al primer martillazo, no se clava el clavo donde hace falta. Y como el "se" a que hacemos alusión es sin duda demasiado ilustre o demasiado encumbrado para ser convincente, tomemos ejemplos más cercanos a nosotros.

Podríamos citar el del trabajo teórico "en la cima" (lejos de la práctica política, al nivel de los textos y de su análisis) de Louis Althusser, ya que le hemos hecho intervenir en este debate: ¿cómo negar que lo que llaman las tesis o el objetivo althusserianos se han visto desviados hacia cierto teoricismo *porque* fueron tomados en el contexto preciso, históricamente determinado, de un combate contra el pragmatismo y contra el oportunismo ideológico? ¿Cómo negar que la reacción "acertada" a estos peligros, que eran los peligros principales de cierto momento, al alterar la integridad de la teoría materialista dialéctica, entrañó la renovación de formulaciones ultradogmáticas? Además, la difusión en modo o en "escuela" hace ver con lente de aumento las limitaciones propias de la teoría madre, dando a unas lagunas coyunturales status de principios, de acuerdo con la regla que dice que no hay peor infidelidad que la fidelidad por exceso, literal.

Pero tomemos nuestros ejemplos a nuestro nivel (la práctica política, lejos de los textos clásicos y de su análisis), a ras de tierra, en América Latina. Todos conocemos, por estar todos más o menos expuestos a ellos, los peligros de la reacción actual a los "errores" recientes del movimiento revolucionario. Todos conocemos a esos camaradas que, salidos apenas del "vanguardismo

que critican con razón y sobre la base de su propia y amarga experiencia, se encuentran de pronto impulsados a posiciones "populistas"; camaradas que, después de haber estado en la punta extrema del terrorismo revolucionario, se tapan hoy los oídos a las palabras de "lucha armada" y no quieren oír hablar más que de luchas en igualdad de fuerzas, abiertas, "populares". Después de haber querido alinear a las masas en la vanguardia —postulado e ilusión del "vanguardismo"—, quieren ahora alinear la vanguardia sobre las masas, que es el postulado y la ilusión del "populismo". "¡Cualquier cosa con tal de tener acceso a las masas!", suspiran estos camaradas que no saben, sencillamente, dar un viraje, controlar su máquina, patinando y exponiéndose a "accidentes" tan terribles, ya que no más, que los de ayer. Cierto es que la vanguardia ha de tomar en consideración las necesidades esenciales del pueblo en una coyuntura determinada para expresarlas en consignas, cierto es que no se puede determinar una política "por los deseos, las opiniones, el grado de conciencia y de preparación para la lucha, de un solo grupo o de un solo partido", cierto es que hay que "tener en cuenta todas las fuerzas, todos los grupos, partidos, clases, todas las masas que actúan en el país" (Lenin). Pero es falso que la vanguardia deba renunciar a su trabajo de educación, abdicar sus perspectivas propias, a largo plazo, en beneficio de objetivos inmediatos, adecuar en toda circunstancia su paso al del avance de la conciencia política de los sectores atrasados de las masas. Criticar el voluntarismo para caer en el barranco del fatalismo socialdemócrata, el aventurerismo para hundirse en el seguidismo, el insurreccionismo para caer en el legalismo más incoloro —del oportunismo de izquierda al oportunismo de derecha, es fácil ir y venir a capricho de los flujos y reflujos del movimiento. Lo único que hay que preguntarse, en el fondo, es: ¿cómo dar esos virajes, ya que hay necesariamente virajes, a la izquierda, a la derecha y así sucesivamente, sin romperse la cabeza?

¿Cuál era el enemigo principal del proyecto político-militar a que nos hemos referido? ¿Contra qué había que combatir en 1966? ¿De qué "desviaciones" surgíamos? Surgíamos de un momento en el que un caparazón de concepciones, de reflejos y de modos de organización, había sofocado e impedido, en no pocos lugares, el crecimiento de las potencialidades de la lucha armada; en el que el factor "político", en el sentido tradicional de la palabra, había inhibido el desarrollo de las virtualidades del factor "militar", de la lucha armada revolucionaria; de un momento en el que en numerosos países, las vanguardias constituidas habían actuado con retraso, en determinadas coyunturas cruciales, con respecto al movimiento de las masas, al cual no habían sabido encuadrar, organizar, capitalizar, transformar en avanzadas reales y en adquisición permanente, por falta de audacia y de pugnacidad a veces, pero lo más frecuentemente por falta de una línea política adecuada que se adaptara a las circunstancias. Era, pues, urgente acelerar la liquidación de estas concepciones, reflejos y modos de organización que dificultaban el desarrollo de las luchas entonces posibles, es decir, en la práctica como en la teoría, insistir en el factor "militar" más que en el "político", sobre el factor "iniciativa" más que sobre el factor "organización" o "agitación" o "propaganda". Era inevitable que se cayera en la exageración de algunos rasgos a fuerza de subrayarlos y que se

respondiera a un desarrollo unilateral de ciertas facetas del combate político por el desarrollo unilateral de las facetas opuestas, hasta entonces subdesarrolladas. Para comprender por ejemplo cómo pudo hacerse hincapié en la "estrategia" revolucionaria en detrimento de su complemento dialéctico, la "táctica", hay que recordar que la inflación del "tacticismo" estrechamente nacional y sin futuro de las luchas políticas locales era la característica dominante de las líneas de conducta de la "izquierda" organizada en América Latina, hasta la Revolución cubana y más allá. Hay que releer el admirable y sardónico análisis que podía hacer de ello el Che Guevara en un texto capital escrito inmediatamente después de la crisis de octubre de 1962 y publicado después de su muerte, titulado: *Táctica y estrategia de la revolución latinoamericana*, colocado bajo el epígrafe siguiente de Clausewitz: "La táctica enseña el uso de las fuerzas armadas en los encuentros, y la estrategia, el uso de los encuentros para alcanzar el objetivo de la guerra."

Tras de haber definido el papel estratégico del movimiento revolucionario como la construcción de un ejército popular capaz de quebrar la columna vertebral de los aparatos de Estado, y de haber recordado los mandos continentales de esta labor indicada por la Segunda Declaración de La Habana, describía así "el otro lado" (no la pareja, sino la cara opuesta de este objetivo revolucionario, no como su complemento sino como su negación, que lo era entonces en los hechos):

Frente a esta táctica y estrategia continentales, se lanzan algunas fórmulas limitadas: luchas electorales de menor cuantía, algún avance electoral, por aquí; dos diputados, un senador, cuatro alcaldías; una gran manifestación popular que es disuelta a tiros; una elección que se pierde por menos votos que la anterior; una huelga que se gana, diez que se pierden; un paso que se avanza, diez que se retroceden; una victoria sectorial por aquí, diez derrotas por allá. Y, en el momento preciso, se cambian las reglas del juego y hay que volver a empezar.

¿Por qué estos planteamientos? ¿Por qué esta dilapidación de las energías populares? Por una sola razón. En las fuerzas progresistas de algunos países de América existe una confusión terrible entre objetivos tácticos y estratégicos; en pequeñas posiciones tácticas se ha querido ver grandes objetivos estratégicos. Hay que atribuir a la inteligencia de la reacción el que haya logrado hacer de estas mínimas posiciones defensivas el objetivo fundamental de su enemigo de clase.

En los lugares donde ocurren estas equivocaciones tan graves, el pueblo apronta sus legiones año tras año para conquistas que le cuestan inmensos sacrificios y que no tienen el más mínimo valor. Son pequeñas colinas dominadas por el fuego de la artillería enemiga. La colina parlamento, la colina legalidad, la colina huelga económica legal, la colina aumento de salarios, la colina constitución burguesa, la colina liberación de un héroe popular... Y lo peor de todo es que para ganar estas posiciones hay que intervenir en el juego político del Estado burgués y para lograr el permiso de actuar en este peligroso juego, hay que demostrar que se puede estar dentro de la legalidad burguesa. Hay que demostrar que se es bueno, que no se es peligroso, que no se le ocurrirá a nadie asaltar cuarteles ni trenes, ni destruir puentes, ni ajusticiar esbirros ni torturadores, ni alzarse en las montañas...

Contradictorio cuadro el de América; dirigencias de fuerzas progresistas que no están a la altura de los dirigidos; pueblos que alcanzan alturas desconocidas; pueblos que hierven en deseos de hacer y dirigencias que frenan sus deseos. La hecatombe asomada a estos territorios de América y el pueblo sin miedo, tratando de avanzar hacia la hecatombe,

que significará, sin embargo, la redención definitiva. Los inteligentes, los sensatos, aplicando los frenos a su alcance al ímpetu de las masas, desviando su incontenible afán de lograr las grandes conquistas estratégicas: la toma del poder político, el aniquilamiento del ejército, del sistema de explotación del hombre por el hombre. Contradictorio, pero esperanzador, las masas saben que "el papel de Job no cuadra con el de un revolucionario" y se aprestan a la batalla. ◊

Quien no ha sufrido las consecuencias de esta miopía criminal de los políticos de corta visión no tiene título alguno para juzgar erróneo el acento unilateral puesto sobre el aspecto estratégico, continental, armado, de la lucha revolucionaria. Ciertamente es que hay que *saber* luchar, saber combinar lo táctico con lo estratégico, el trabajo legal con el ilegal, ocupar, llegado el caso, tal o cual pequeña colina parlamentaria sin volver la espalda a la montaña del poder proletario. Pero aquel que jamás ha sentido hasta qué punto *hay* que luchar para no dejarse aplastar a cada paso por la roca de Sísifo del reformismo, no hace más que repetir un A B C de manual del que ni siquiera adivina la legitimidad. Así fuesen finalmente idénticas, así hubiesen de enunciarse en los mismos términos, una verdad que se engendra en el esfuerzo y el trabajo de la verificación histórica no tiene nada en común con la que se desprende de pronto, como una hoja volante, de un tratado de marxismo-leninismo.

Cuando no se es parte interesada en una lucha de clases en la que, si bien no están permitidos todos los golpes, las reacciones son al menos inevitables, se corre menos el peligro de caer en posiciones "erróneas", porque no hay que luchar contra los errores más amenazadores defendiendo la opinión contraria. Los más atentos de nuestros detractores han señalado las contradicciones entre nuestros primeros trabajos (*El castrismo*, *La larga marcha* y *Problemas estratégicos*) y *¿Revolución en la revolución?* Nos referíamos entonces, en 1965, a la imposibilidad de repetir la experiencia cubana, a la necesidad de una ideología proletaria, a la preeminencia del trabajo político sobre el trabajo militar, etc. La perspicacia está al alcance de cualquiera que "estudie" unas experiencias pasadas sin incluirse él mismo en un proyecto. Pero la lucidez que abarca todos los aspectos de un mismo problema, el "punto de vista de conjunto" que capta, en mitad de la polémica y del trabajo militante, lo que sus facetas opuestas tienen de complementarias, constituyen los atributos de los dirigentes proletarios de un temple teórico excepcional. Se nos perdonará que no sostengamos la comparación: los pequeñoburgueses no saben ser a la vez objetivos y partidistas. Se nos excusará igualmente que señalemos a muchos de nuestros perdonavidas que la mayoría de sus objeciones a *¿Revolución en la revolución?* no nos eran del todo desconocidas, puesto que las habíamos formulado personalmente, unos años antes, refiriéndonos a ciertos arrebatos "foquistas" consecutivos a la Revolución cubana.

La prueba de que el arte de los balanceos ponderados y de los ritmos equilibrados, de los prudentes "no sólo... pero aun así", de los sagaces "de un lado... del otro", no es tan difícil de

◊ Che: notas tomadas en octubre-noviembre de 1962, publicadas en *Verde Olivo*, revista de las Fuerzas Armadas cubanas (6 de octubre de 1968).

dominar, es que basta retirarse por poco que sea de los entusiasmos de la esperanza y del esfuerzo para verlo reaparecer. En el ocio sombrío de la prisión, a principios de 1968, pudimos poner a punto una revisión o una corrección de *¿Revolución en la revolución?* bajo cuatro enunciados:

1. *Dar todo su lugar a la ciudad* (no reducir la retaguardia urbana a un simple aparato logístico, mejorar las comunicaciones y cuidar las transmisiones como a las niñas de los ojos, articular frente rural y frente urbano, etc.);
2. *Unir orgánicamente la estrategia y la táctica* (evitar la utopía a-nacional sin caer en las emboscadas del "nacionalismo revolucionario", enlazar los grandes objetivos fundamentales a un programa de transición y a las reivindicaciones inmediatas de las masas, explotar las contradicciones del campo opuesto, llevar una política de alianzas correcta, etc.);
3. *Implantarse localmente en las masas* (preparación política de la zona de operaciones, trabajo de enrolamiento en los pueblos, formación de los grupos de apoyo clandestinos, etc.);
4. *Arraigarse profundamente en la historia nacional* (comprender lo delicado de las intervenciones exteriores, porque la "causa externa" no puede actuar sino por medio de la "causa interna", puesto que las masas hacen la historia donde se encuentran, en el interior de su propio horizonte).

Estas observaciones de sentido común eran propias también de un reformismo teórico de cortos alcances. No habíamos llegado aún al núcleo racional de la guerra del pueblo —LA LIQUIDACIÓN DEL PRINCIPIO DE IDENTIDAD. No podíamos, por lo tanto, llegar hasta la raíz de las guerras de vanguardia que hace inevitable la aparición de semejantes fisuras y deja sin esperanza su ininterrumpida reparación.

Capítulo V de "La crítica de las armas", 1974



Revolución Socialista

Periódico del
núcleo uruguayo
de COMBATE.

Box 5103
16305-SPÅNGA 5
Sweden

alternativa

"...es el fruto del esfuerzo de un grupo de uruguayos en el exilio, y no tiene otro compromiso que el que emana de su identificación con el destino del Uruguay y América Latina".

BOX 1028
16212 Vällingby
SUECIA

Información/Solidaridad

COMITE "URUGUAY" de Suecia (URUGUAY-kommittén)

El 8to. Congreso de Organizaciones de Solidaridad con Uruguay en Suecia, efectuado durante los días 8, 9, 22 y 23 de setiembre ppdo., en las ciudades de Lund y Växjö respectivamente, de acuerdo a lo informado en nuestro número anterior, aprobó, por mayoría y con modificaciones, el proyecto elaborado por el Grupo de Trabajo editor del URUGUAY-bulletinen y APORTES.

Por el nuevo Estatuto, que sustituye al del Congreso, se crea un comité nacional (URUGUAY-kommittén) al que se integran los distintos comités y grupos de trabajo locales. Las funciones ejecutivas las realiza un Secretariado Nacional (de cinco miembros) encargado de aplicar las resoluciones del Congreso Nacional de Delegados que es, a su vez, el órgano máximo del URUGUAY-kommittén de Suecia.

La creación del comité nacional es el fruto de un largo y complejo proceso unitario que tiene sus orígenes en las primeras reuniones efectuadas a partir de agosto de 1977 y que, lógicamente, no termina con la instrumentación del organismo nacional.

Para quienes en Suecia han luchado por la creación del Comité Nacional, se cierra una etapa y comienza otra en la solidaridad con la lucha del pueblo uruguayo contra el fascismo y por el socialismo.


Será tarea de todos el defender y consolidar, avanzando y profundizando el proceso unitario, el Comité Nacional. En esta etapa, como en la anterior, también estaremos nosotros.

URUGUAY-bulletinen (Boletín de Uruguay)

Al crearse el Comité Nacional el Uruguay-bulletinen, -editado por nuestro grupo en Lund y cuya redacción estaba integrada con delegados de la mayoría de las organizaciones del anterior Congreso de Organizaciones de Solidaridad con Uruguay en Suecia-, se transforma en el órgano oficial del URUGUAY-kommittén.

Con una edición regular de 1000 ejemplares, en idioma sueco, el Uruguay-bulletinen ha publicado 13 números desde noviembre de 1974. Los dos últimos destinados a informar sobre la "Historia del movimiento sindi

cal uruguayo" y "Educación y medios de información en Uruguay" (2300 y 1200 ejemplares respectivamente) fueron financiados, en parte, con una ayuda de 5000 coronas concedida por el SIDA (Swedish International Development Authority).

 **URUGUAY**
bulletinen



N. 1179

La transferencia del URUGUAY-bulletinen al Comité Nacional significa que será responsabilidad de su Secretariado Nacional editar, a partir del número 14, este boletín. Para ello se ha procedido a los trámites legales correspondientes y al cambio de firma de los responsables del postgiro 822844 - 7.

El Secretariado Nacional del URUGUAY-kommittén de Suecia, finalmente, recibe el URUGUAY-bulletinen sin deudas y, además, con una ayuda de 5000 coronas otorgadas también por el SIDA para la publicación de dos números destinados a informar sobre la "Situación de la mujer en Uruguay" y "Situación del niño en Uruguay", respectivamente.

DECLARACION DEL II Congreso Latinoamericano de Periodistas.

La Comisión Nro.3 del II Congreso Latinoamericano de Periodistas, presidida por Federico Fasano, de Uruguay, actuando como secretario, Guillermo Weyer, de Paraguay y como relatora Begonia Ibarra, de Perú, con la intervención de delegados de Argentina, Brasil, Bolivia, Cuba, Chile, Colombia, El Salvador, México, República Dominicana, Perú, Paraguay, Nicaragua, Haití, Ecuador, Panamá, Venezuela, Jamaica y Uruguay y con só la inasistencia de Costa Rica, Honduras y Puerto Rico, reunidos para analizar la situación del periodismo en América Latina.

CONSIDERANDO:

-que la dictadura cívico-militar que asaltó las instituciones republicanas uruguayas, arrasó con todo vestigio de libertad de prensa, clausurando definitivamente 33 periódicos nacionales, y parcialmente, en 84 oportunidades, a 39 órganos de expresión, mediante 107 inapelables decretos de facto;

-que el país de mayor número relativo de presos políticos en el mundo y la cámara de torturas más sanguinaria de América Latina, como bien lo definiera el alcalde de Nueva York, Edmundo Koch, se ha ensañado particularmente con los trabajadores de la prensa, declarando ilegales a todos sus gremios, asesinando a periodistas de la talla de Zelmar Michelini, Gutiérrez Ruíz, Julio Castro y Luis Martirena, procesando hasta con penas de 45 años de prisión a varios de ellos, como al redactor Samuel Blixen García, manteniendo confinados en campos de concentración a sus principales directivos como el secretario general de la Asociación de la Prensa Uruguaya, Rubén Acoosuso y medio centenar de periodistas más, alcanzando el largo brazo del despotismo a los periodistas refugiados en otros países - como es el caso de Elsa Antuna, presidente del Sindicato de Profesionales, de Gerardo Gatti, periodista del diario "Epoca", secuestrados en Buenos Aires por comandos uruguayos y trasladados la primera a un campo de concentración infrahumano de detención femenina, desconociéndose desde hace tres años el paradero del segundo. La dictadura uruguaya también ha desterrado al exilio a la mayor parte de los periodistas;

RESUELVE:

1. Enviar una delegación de alto nivel de la Federación Latinoamericana de Periodistas a examinar in situ, la situación de la prensa y los periodistas en Uruguay, reclamando la libertad de medio centenar de trabajadores de la información que están prisioneros y la presentación pública de los periodistas secuestrados.

2. Rendir un emotivo homenaje a los héroes uruguayos del periodismo libre Zelmar Michelini, Gutiérrez Ruíz, Julio Castro secuestrados, y, al igual que Luis Martirena, asesinados por los tiranos que someten la patria artiguista.

Venezuela, Caracas a 23 de julio de 1979.

LOS PRISIONEROS POLITICOS URUGUAYOS SON AMENAZADOS DE MUERTE POR SUS CARCELEROS.

En muchas oportunidades han sido denunciadas las condiciones de reclusión en las prisiones uruguayas, pero hasta ahora estas no habían alcanzado el estado actual. En dichos establecimientos carcelarios, califica

dos por ex-prisioneros como lugares de reclusión "que tienen como objetivo la destrucción física y moral de los encarcelados", hay entre 3000 y 5000 prisioneros - políticos. El más grande ellos es el Penal de "Libertad" donde están encarcelados 1300 hombres. En este penal, a partir de junio, se ha desatado una escalada de terror contra los prisioneros. Las informaciones de ex prisioneros recientemente liberados y familiares de detenidos, afirman que la situación ha empeorado a partir de setiembre.

En una declaración pública el ex-prisionero Héctor Spinelli (liberado en febrero de 1979 y refugiado en setiembre del mismo año), afirma que los ejercicios de alarmas y los controles de los dispositivos de seguridad se han intensificado. Aparentemente ellos deberían efectuarse cada 15 días pero hoy se realizan dos o tres veces por semana y a cualquier hora del día o de la noche. Durante estas maniobras y ejercicios de la guardia penitenciaria, los presos deben tirarse al piso, con la boca contra el suelo, sin hacer ningún movimiento. Los guardianes actúan con armas cargadas y las celdas son revisadas con perros amaestrados.

Todo indicaría que la intensificación de la represión dentro del Penal de Libertad sería el intento de provocar un motín de los reclusos a los efectos de poder la dictadura efectuar un "Trelew" con los prisioneros políticos uruguayos, o, como denuncia Spinelli, "la ejecución de un plan llamado "Attica" a finales del 79. Este plan estaría basado en la matanza de prisioneros políticos organizado por los carceleros del penal de Attica en Estados Unidos, donde hubieron 40 muertos, y consistiría en crear "una provocación ("tentativa de fuga", "motín", etc.) que posibilite una acción represiva contra los detenidos en el segundo piso del Penal de Libertad".

Los prisioneros del 2do. Piso son considerados peligrosos por la administración del Penal. Algunos de ellos han sido amenazados de muerte, directamente, por sus guardianes. Entre ellos, Samuel Blixen y Antonio Más Más.

Finalmente, en una medida sin antecedentes, los militares han trasladado al Penal de "Libertad" alrededor de 20 presos comunes que podrían ser los encargados de poner a punto la provocación.

Traducido del boletín mensual del COMITE DE DEFENSE DES PRISONNIERS POLITIQUES EN URUGUAY, 1979.

PATRIA GRANDE

"Nada tenemos que esperar,
sino de nosotros mismos"

ARTIGAS

●
Suscripciones

16, Rue Marcel Cachin
911 00 Corbeil-Essones
FRANCIA

hacia una
confluencia

revolucionaria
por el socialismo

Poste Restante
101 10 Stockholm, SUECIA

Prensa Libre

Box 3059

14303 VÅRBY GÅRD

SWEDEN

DIALOGO

CC. RUCHMANN

Boîte Postale nro. 42
750 13 París

FRANCIA

Por la Patria

PARTIDO NACIONAL

Apartado de Correos
nro. 17156

Madrid

ESPAÑA



**CUADERNOS
DE MARCHA**

Las solicitudes de sus-
cripción en Europa deben
dirigirse a:

GRISUR
Compte Nr.12-14847
Geneve
Suiza

UTAA: la larga marcha

Guillermo Chifflet

Publicado el 30.4.1971, en

MARCHA



Desde la una y media hasta las cuatro conversamos, sentados en rueda sobre el pasto, al sol y bajo el azul profundo del cielo de otoño. Los cañeros (hombres, mujeres, niños) se turnan para contestar, firme y serenamente, cada pregunta. Las verdades brotan sencillas, claras ("como agua de manantial").

-Nosotros lo vemos así -nos dice un cañero -: violencia están aplicando los dueños de todo cuando niegan trabajo a un padre mientras a los hijos los mata el hambre, o cuando los peones no tienen techo, tienen que vivir en aripucas, no tienen con qué taparse, y no hay hospitales, ni hay escuela y el niño no puede estudiar".

Quien habla -evitamos publicar los nombres- indica: "Diga otro, ahora, qué es violencia -para él". La rueda sigue:

-Violencia es para nosotros cuando, por falta de trabajo, tenemos que agarrar a nuestros hijos y quitarlos de la escuela y llevarlos -al surco a ganar un peso más, porque se trabaja sólo tres meses".

Se incorpora y, de rodillas, una joven morocha, ojos oscuros, dice con una nota emotiva en la voz:

-Para nosotras, las mujeres, es violencia cuando nuestros maridos se van lejos, porque aquí sólo hay tres meses de trabajo y nueve -tienen que ir a Brasil, a los arrozales, o a las remolacheras, y al quedar sola hay que buscar de hacer un contrabando con tal que a nuestros hijos no les falte alimento. Eso es violencia para nosotras, las mujeres. O cuando tenemos que ir a un hospital y tenemos que levantarnos a las cuatro de la mañana porque si no nos quedamos sin número y sin atención médica".

Otra cañera dice:

-Para mí es violencia cuando tenemos que abandonar la aripuca cuando termina la zafra y hay que cruzar campos, leguas y leguas, a pie a veces con niños de quince días o un mes, o cuando los niños se nos enferman de vivir al aire libre y vamos de un doctor a otro y no nos atienden porque no tenemos plata, y vemos a nuestros hijos con hambre y a los hijos de los ricos, nutridos y abrigados".

"El Petizo" arranca un pasto y, complementado a veces por otros compañeros, explica los trabajos de UTAA: "En las primera quincena de enero empezamos a propagandear la marcha: pintar las columnas de las calles, explicando -las consignas de la marcha (excepto la vivienda, que fue posterior). Después se hizo volanteada casa por casa en Bella Unión. Fue una volanteada bastante completa, explicando por qué hacíamos la marcha y qué pretendíamos".

"Después se empezó a recoger opiniones de pueblo y a alistar peludos. Se decía "de UTAA" y la gente lo miraba con simpatía; no pasaba lo que en un primer momento. La gente se identificaba con la marcha. Se abría y estaba dispuesta a la charla, apoyaba las consignas. También se propagandear la puesta en funcionamiento del campamento, con parlantes, por todo el pueblo". (Después el gobierno prohibió la marcha, invocando una ley de 1896; se hicieron nuevas gestiones y se pudo partir el 23 de marzo, luego de un acto al que concurren dos mil personas).

El camino es una larga historia de lucha y represión.

La quinta marcha reitera la consigna "Por la tierra y con Sendic". Después de nueve años y cuatro marchas fueron expropiados campos de Silva y Rosas, pero la tierra permanece abandonada. ("Reclamamos herramientas, máquinas, tractores, porque sólo tenemos nuestros brazos". "También créditos, semillas, etc.").

Y ustedes creen que les darán tierra para trabajar?

-Pueden dar algún pedazo para que el peludo trabaje. Pero van a buscar el medio de oprimirnos por el financiamiento. Ellos pretenderán demostrar que el cañero no quiere trabajar. No aceptarán que demos un gran ejemplo. El viernes, un grupo de compañeros fue a hacer gestiones al Instituto de Colonización. Llegaron tres minutos después de cerrar. Gritaban "UTAA, por la tierra y con Sendic", reclamando la tierra y la libertad de los presos políticos, de hombres que lucharon por el bienestar de nuestra clase".

El relato lo hacen ahora algunos cañeros testigos:

-Cuando nos íbamos, un compañero gritó: "ahí viene la policía". Habíamos trepado al camión cuando llegó una de esas que ustedes... cómo le llaman?

Una chanchita?

-Esa. Con seis policías. Pero aparecieron, también, unos de allá, otros de acá, de participar, que sacaban pistolas. Empezaron a tirar tiros y nos bajaron a prepo del camión. Cada uno que bajaba recibía de palos; también las mujeres; y nos hacían parar de cara contra la pared, con las manos en la nuca y las piernas abiertas. Al pasar, el que contaba -nos daba un palazo a cada uno en las paletas. También al cura Mauricio.

Un sacerdote que hizo la marcha con ustedes?

-No. Nos acompañó aquí, en Montevideo, para hacer las gestiones.

"A Mauricio lo escupieron"; "A un menor le dieron con el taco de la bota en la cara"; "A Amaral, porque se viró cuando estaba contra el muro, le tiraron un tiro que pegó en la pared"; "Al compañero "Cacerola" le pegaban por que anunció que llegaban los tiras"; "Al compañero Tatú le dieron un codazo porque no estaba firme"; "A otro le cortaron la boca de un sopapo"; "El compañero Jeres se desmayó, en la Jefatura, porque el tiene problemas de salud, y no lo levantaron; lo sacaron de arrastro de las patas, nomás".

"Y un viejo, con una panza un poco grande, lo apuntaba a Mauricio en la cabeza con un revólver y decía: "Viene también el cura éste; por fin lo tengo".

"Y también sentíamos que le pegaban a un estudiante (cayeron seis con nosotros), y sentíamos sus gritos. Después nos tuvieron como hasta las diez de la noche parados, mientras tomaban los datos, hasta que nos hicieron pasar por la escalera y nos golpeaban y hacían que nos atropelláramos. Nos sacaron fotos, de frente y de perfil, revisaron a los hombres, y las milicias levantaban la ropa a las cañeras y las revisaban".

Una cañera explica: "A mí, una milica me empujó de cabeza a la celda. Me di vuelta y le dije: "A mí no me rempuje, grandísima puta." Ella entonces me dió dos cachetadas. Y entré a la celda, y yo dije para mí: aquí, las dos solas sí que nos agarramos. Pero a ella se le cerró la puerta y empezó a gritar para que la sacaran".

Los hombres quedaron, también de a uno, en las celdas. Los menores, que fueron liberados por gestiones 'del Ariel' y de una compañera de Salud Pública, explican: "Mejor se duerme acá en el pasto que en esa cama"; "Una colchona en el suelo, sin frazada y hay que dormir enroscado como víbora".

"Ellos querían saber quiénes eran los cabecillas y pedían nombres. Nosotros les dijimos: cabecillas somos todos, pero los nombres de los demás peludos no los sabemos".

Un jovencito explica: "Nos decían por qué no nos habíamos quedado quietos en Bella Unión, preguntaban, anotaban. Y el que apuntó, después me mandó leer".

Qué te preguntaban? Qué contestabas?

-Decir todo va ficar medio feio aquí.

No...

-Bueno. Me revisaron y me encontraron dos cartas de amor.

De amor?

-Sí. Una declaración, y la despedida. Ellos leían y leían y me preguntaban.

Qué decían, qué era lo que leían?

-Las cartas. Una decía... a ver si me la lembro; sí, decía:

"Mi querida Luisa: Disculpa me chamá-la de querida, mas costumo chamar assim a tudo o que é belo, tudo o que é fascinante para mí: querí da lua, queridas estrelas, querido sol (...)"

En la rueda festejan, las muchachas sonríen, y 'El Brasilerito' recuerda: "Eu dije: vae ficar medio feio".

No. No queda. Y la otra carta? Dime un párrafo.

-Decía: "Meu inesquecível amor: Não foi preciso dizer nada. Não houve palavras entredós. Apenas o gesto e o olhar. Eu compreendi que era o adeus".

En la Jefatura leían eso y qué te decían?

-Me hicieron firmar y comparaban mi letra y la de la carta. Uno me dijo: "Hasta que año fuiste a la escuela?".

Y yo: tercer año; no pude estudiar, soy asalariado agrícola.

El me olhava, y disse: "Qué es un asalariado agrícola?".

Y tú, qué le dijiste?

-Dije: se llaman asalariado rural a aquellos trabajadores contratados por mes, por año, o por día, que no tienen tierra, no tienen herramientas y sólo pueden vivir de su fuerza de trabajo, pues viven en ranchos miserables, comen magro ensopado todos los días y viven en estado de miseria y desesperación.

"Siga", me dice. Y yo digo así: "Qué se cree, que un asalariado agrícola sea un burgués, con tanta palabra?" Y así medio le tomé el pelo y ahí se entregó..."

Te pidieron documentos?

-Sí. Le dije: no tengo papel, ni tengo cédula, ni sé si represento algo aquí en Uruguay. Sé que nací en Artigas.

Cómo llegaste, sin documentos?

-En Colonia Palma me mandaron de vuelta, pero yo quería seguir con los compañeros. Crucé un arroyo; no era muy hondo (me daba por el pecho) y después unos amigos de una estación me pusieron en el ferrocarril en un cajón, que yo cerraba por dentro, con alambre. Me pesaron (setenta y cinco kilos) y vine, con un letreiro de frágil, hasta Paysandú. Cuando el vagón se ponía en marcha yo salía. Y antes de cada estación me metía de nuevo. Un viejo que manipulaba las maletas a veces me empujaba de un lado al otro, fuerte, a pesar de que el cajón decía FRAGIL, bien grande. Después, en Paysandú había policía por todas partes, porque habían agarrado al Pereira ese. Hasta que llegó eso de la carrera ciclista y unos bancarios me trajeron a Montevideo.

Otro cañero explica la vida en la cañera Campo 1, "donde es difícil encontrar un cortador uruguayo; la mayoría son brasileños que desde hace diez o quince años vienen a morir allí. El salario es bajo, pero si juntan algo les resulta, luego, por el cambio, y en Brasil son ricos por unos días. En Campo 1 es difícil llevar conflictos. No toman gente de UTAA y allí hay que pegarle al trabajo desde las últimas estrellas hasta un pedazo de la noche. Allí hay gente todavía que no tiene mucho sentido de clase".

Quién de ustedes conoció a Sendic?

-Yo lo conocí.

Cómo?

-Todo encarbonao. Cortando caña. El vino a mí, y le diré: yo le deposité poca confianza al principio.

-El estaba trabajando?

-Como un peludo más. Yo estaba armando un cigarro, él vino y me dijo, cansado: "Es brava la cosa". Yo le dije: "Usted no es de acá?"

El me dijo que había trabajado en remolacha, en las azucareras, y que antes había sido estudiante. Y después habló que con un tablón de caña los gringos pagan toda la zafra, y que el obrero tendría que organizarse. Recuerdo que dijo: "Todavía que las leyes las hacen ellos, no las cumplen". El siempre explicaba y andaba con esas cosas. Y le digo: cuando yo lo veía venir derecho a mí, agarraba un desvío.

Pero después él pudo llegar a unos compañeros, tres o cuatro, y ellos me explicaron a mi modo y yo también entendí. Pero al principio, cuando él decía esas ideas libertarias que él tenía, nos parecía imposible. Estábamos encerrados y adaptados en aquello".

Y esos tres o cuatro compañeros cómo los conseguí?

-Lo entendieron. Quizá más estudio, en fin.. Y él les dijo que consiguieran a otros bien conocidos, que hubieran convivido con ellos, que estuvieran hermanados, para enseñarles lo que Raúl les había enseñado a ellos. Hasta que un día, disimulando -uno llevaba unas piolas, como para pescar, otro una ropa para lavar-, nos reunimos treinta cerca de un arroyo. Cuando estuvimos todos, otro compañero fue a buscar a Sentic, que estaba escondido en el monte, y él vino y habló. Después fue lo de Cainsa. Allí no se pagaba licencia, ni se cumplían ley de ocho horas, los jornales eran bajos. Estuvimos tres días dialogando. Al cuarto, acampamos alrededor del escritorio y nos mandaron desalojar. Nos fuimos al arroyo Itacumbú, unas cuerdas de allí, estuvimos de asamblea casi que todo un día. Y decidimos: "Nada de ablandarse". Ocupamos los escritorios con los directores adentro. Y cuando vinieron los milicos dijimos que si querían tirar que tiraran. Los jefes estaban encerrados, les dábamos agua y lo que ne cesitaban. Comida no; bastante nos habían hambreado.

A las 24 horas pagaron. Allí se vio que la UTAA era un verdadero sindicato y que iba a en

frentar la cosa, y se empezó a hablar de Sentic.

Qué decían?

-De peón a peón se corría la voz. Decían : ha llegado un justiciero a Bella Unión. Y muchos venían a conocerlo, y él les hablaba del sindicato. A veces se hacía leguas y leguas, de noche, a pie, para estar a la salida del sol en una estancia. Hasta que la policía pidió la captura de él en todos los pueblos.

Antes de lo del Tiro Suizo?

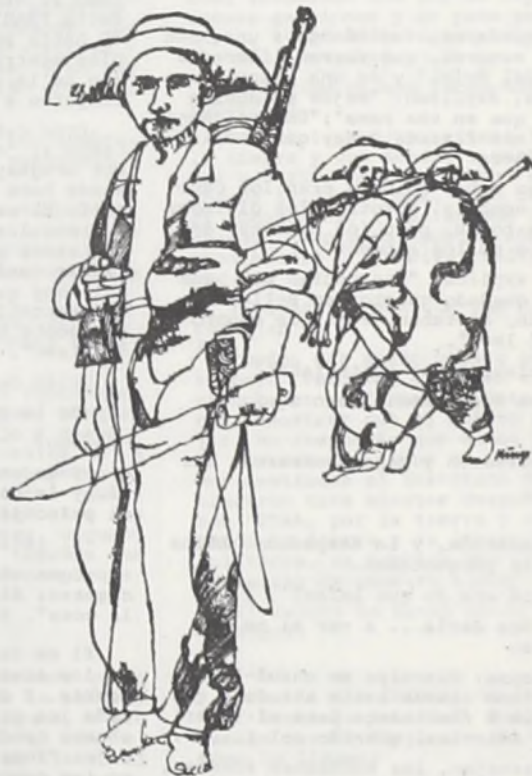
-Sí. Mucho antes.

¿Cómo es Sentic?: alegre, triste, cómo lo veían?

-Es de hablar muy calmo y mirar bastante fijo. Tiene una mirada que "despeya" ternura, que siente lo que sienten los demás".

Ya cuando organizó el gremio nos decía:

"Quié- ro que entiendan bien y sepan guiarse ustedes mismos. Mi presencia entre ustedes va a durar poco".



brindis con el viejo

MAURICIO ROSENCOFF

para mis padres

Yo sé que los domingos, casi al mediodía,
abrís con cautela el viejo aparador
y vertís en un vaso del mismo licor
que en los buenos tiempos con vos compartía.

Yo sé que a ese licor le falta alegría
y que al tomarlo no le hallás sabor,
porque a veces suele borrar el dolor
su gusto al vino y la luz al día.

Pero vos sabés que la tormenta pasa,
y que el implacable sol no se detiene
cuando un nefasto nubarrón lo tapa.

Por eso yo sé que volveré a tu casa,
algún domingo que el almanaque tiene,
para beber con vos una risueña grappa.



CROQUIS PARA ALGUN DÍA

(fragmento)

M. BENEDETTI

a no preguntar más
que será de nosotros
se acabó la derrota

en un surco cualquiera de la patria confiable
allí donde esparcimos nostalgias germinales
algo empieza a ocurrir está ocurriendo
inevitable pero lentamente

en la calma con gallos lejanísimos
si se alerta el oído se descubre
cómo alumbra o germina
no el país en pedazos que así éramos
sino este pueblo entero que así somos



SUSCRIBASE a



APORTES

enviando
este cupón
(o indicando, en papel
simple, los datos que
en él se solicitan)



APORTES aparece cuatrimestralmente.

Precio del ejemplar: 10 coronas suecas.

Suscripciones por un año: 35 coronas en Suecia y 8 dólares, en otros países.

(Los envíos al exterior son por vía aérea)

Los giros deben hacerse al postgiro 441 69 24 - 1, y a nombre de APORTES,

BOX 760

22007 LUND

SUECIA

SUSCRIPTOR

DIRECCION

CODIGO POSTAL, CIUDAD

PAIS

Adjunto cheque/ giro
por.....
coronas/dólares.....



en el próximo

número



Dependencia, democracia y movimiento popular en América Latina, Enzo Faletto.

Democracia y lucha socialista en América Latina, Ernesto Laclao.

Reflexiones sobre el democratismo consecuente de los comunistas uruguayos, Enrique Rodríguez,

entre otros materiales y, además, iniciando la publicación de materiales editados en 1972 por la Universidad de la República, del CURSO sobre la REALIDAD ECONOMICA NACIONAL, el capítulo: "Historia Económica" de Julio Millot y Roque Faraone.

ISSN, 0348 - 6400

**«Nada tenemos que esperar
sino de nosotros mismos.»**

Artigas



POSTGIROT

Mottagardel

Meddelande till betalningsmottagaren

Suscripción anual 35 kr
 Suscripción de apoyo 70 kr
 Bono de apoyo 100 kr

1980

Avsändare (namn och postadress)

INBETALNING / GIRERING B

Arkivdel 2 • Konto • Avg • Bel •

Till postgirokonto nr

441 69 24 — 1

Avgift

I-stämpel/Datumstämpel

Betalningsmottagare (endast namn)

APORTES

Avsändare (namn och postadress)

Eget kontonr vid girering

Underskrift vid girering från eget konto

Till postgirokonto nr

441 69 24 — 1

Kronor

öre

Kronor

öre

I FÄLTET NEDAN FÄR ANTECKNINGAR INTE GÖRAS - RESERVERAT FÖR POSTGIROT

59798

Bl 2021.02 (jan 74)

#

44169241#02#



POSTGIROT

Mottagardel

Meddelande till betalningsmottagaren

Suscripción anual 35 kr
 Suscripción de apoyo 70 kr
 Bono de apoyo 100 kr

1980

Avsändare (namn och postadress)

INBETALNING / GIRERING B

Arkivdel 2 • Konto • Avg • Bel •

Till postgirokonto nr

441 69 24 — 1

Avgift

I-stämpel/Datumstämpel

Betalningsmottagare (endast namn)

APORTES

Avsändare (namn och postadress)

Eget kontonr vid girering

Underskrift vid girering från eget konto

Till postgirokonto nr

441 69 24 — 1

Kronor

öre

Kronor

öre

I FÄLTET NEDAN FÄR ANTECKNINGAR INTE GÖRAS - RESERVERAT FÖR POSTGIROT

59798

Bl 2021.02 (jan 74)

#

44169241#02#



1980-02-10, Lund

A nuestros suscriptores y amigos:

En este número de APORTES (10), debemos hacer algunas aclaraciones sobre el atraso en su distribución y las razones de mantener la fecha de septiembre como la correspondiente a su edición.

Distintas cosas han conjurado contra nuestros intentos de regularizar la aparición de la Revista. Entre ellas, razones financieras, lógicamente, y otras de carácter práctico. Las financieras son conocidas: los costos de impresión y distribución han seguido aumentando y las suscripciones y la venta directa de la Revista no cubren, sencillamente, los mismos. Ello nos hace dependientes del crédito que tenemos en la imprenta de ABF, Lund, y a aceptar el criterio de prioridades que los amigos de ABF otorgan a los distintos materiales que imprimen en sus talleres. Primero, entonces, nos alcanzó la furia preelectoral de agosto y septiembre ppdos. y luego, la enfermedad del impresor y nuestra incapacidad de sustituirlo en el manejo de las máquinas de la imprenta.

En enero y parte de febrero, la propaganda en relación al plebiscito sobre el uso de la energía nuclear !

Ahora, después de "hacer cola" casi 5 meses, logramos imprimir el número 10 y para manejarnos con criterios optimistas lo fechamos en septiembre 79, empezando a imprimir el número 11, fechado en diciembre 79, con el cual cumplimos nuestro compromiso de entregar 3 números anuales a nuestros suscriptores.

Para remontar nuestras dificultades financieras debemos aumentar en un 50% las suscripciones. En ese sentido, adjuntamos dos boletas postales de suscripción para los 3 números de 1980. Una, para que nuestros suscriptores renueven sus suscripciones y otra para que traten de ayudarnos a aumentar la cantidad de suscripciones. Creemos que APORTE cumple con los fines de aportar materiales y artículos que enriquecen y elevan el nivel de la lucha ideológica y política del exi-